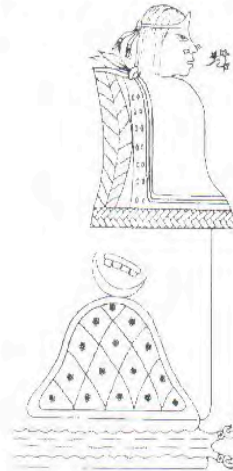




UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFÍA

EL PAISAJE DE TEPATETIPA EN METZTITLAN, HIDALGO. UNA LECTURA DESDE LA GEOGRAFÍA CULTURAL



TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN GEOGRAFÍA

PRESENTA:

JOSE LUIS CARDENAS MONCADA

DIRECTOR DE TESIS:
DR. FEDERICO FERNANDEZ CHRISTLIEB



CIUDAD UNIVERSITARIA. MEXICO, D.F. MARZO, 2010.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi familia

A la UNAM

A la comunidad de Tepatetipa

ÍNDICE

Introducción	4
Capítulo 1 Evolución del paisaje	8
1.1 Localización y medio físico	9
1.2 El <i>altepetl</i> prehispánico	23
1.2.1 Elementos del paisaje en el <i>altepetl</i>	25
1.3 El <i>altepetl</i> de Tepatetipa-Metzitlán	29
Capítulo 2 El paisaje de Tepatetipa en la actualidad	
2.1 Lectura del paisaje	38
2.1.1 Reconocerse	39
2.1.2 Orientarse	40
2.1.3 Marcar	42
2.1.4 Nombrar	38
2.1.5 Institucionalizar el lugar	68
2.2 Las representaciones simbólicas en el paisaje: el caso de los <i>aires</i>	79
2.2.1 Origen de los <i>aires</i> en el México prehispánico	80
2.2.2 Creencias actuales sobre los <i>aires</i>	82
2.2.3 Los <i>aires</i> en Tepatetipa	85
Capítulo 3 Saberes locales: conocimientos tradicionales sobre el acceso y manejo de la diversidad ecológica y paisajística	
3.1 Diversidad cultural, ecológica y paisajística en el área mesoamericana	91

3.1.1 Metztlán Área Natural Protegida.	92
3.1.2 Saberes tradicionales sobre el aprovechamiento y uso de los recursos naturales en Tepatetipa.	92
3.2 Saberes tradicionales y manejo de la diversidad eco-geográfica con fines agrícolas.	95
3.2.1 Los saberes tradicionales de la agricultura en Mesoamérica	95
3.2.2 El paisaje agrícola de Tepatetipa	98
Conclusión	101
Índice de figuras	105
Fuentes orales	109
Bibliografía	110
Agradecimientos	113

Introducción

El paisaje de Tepatetipa se presenta como un texto a cuya lectura se exponen cotidianamente sus habitantes. En él se pueden leer tanto rasgos impresos por las fuerzas propias de la naturaleza como por las actividades humanas, en donde aparecen elementos, formas y objetos de diferentes épocas plasmadas en el mismo espacio.

San Agustín Tepatetipa o Tipa, como es conocido por la gente del lugar, es una pequeña localidad de 441 habitantes que pertenece al municipio de Metztlán ubicado en la parte central del estado de Hidalgo, a 85 Km. al norte de Pachuca, a menos de 200 km. de la ciudad de México y a unos 3 km. al noroeste de la cabecera municipal. Se encuentra a una altitud aproximada de 1460 msnm., su clima es cálido y seco, y la vegetación xerófila que la caracteriza está compuesta de cactáceas como biznagas, garambullos, nopales y órganos entre otros.

El paisaje natural del que forma parte Tepatetipa pertenece a un área conocida como barranca de Metztlán. Esta zona está compuesta por la barranca en cuyo interior corre el río Venados que nace en los campos volcánicos de Tulancingo que su vez da origen a la fértil llanura lacustre aluvial conocida como la vega de Metztlán y desemboca en el lago que lleva el mismo nombre.

De tradición mesoamericana, Metztlán fue centro de una extensa confederación de gran diversidad cultural y ecológica, que a la llegada de los europeos se conservaba independiente de los mexicas y fue reconocida como el Señorío de Metztlán, donde Tepatetipa pudo haber sido el asentamiento dominante y la primera cabecera reconocida por los españoles (Fernández, *et al.*, 2006^a: 480).

Rodeado de cerros y cañadas, Tepatetipa se asienta sobre una ladera de pendiente ligera que se prolonga rumbo al vecino pueblo de Iztayatla. Al frente del pueblo, sobre una explanada que está en el borde de una cañada y mirando al exterior se encuentra la iglesia de San Agustín, construida por el orden de los agustinos en el siglo XVI.

En los lomeríos que están en los alrededores de la comunidad se observan terrenos agrícolas de temporal circulados con pequeñas bardas de piedras sobrepuestas. Una parte de ellos se encuentra en desuso debido a que la mayoría de la gente se dedica al trabajar como jornaleros en la vega, y en las tierras del ejido que le pertenecen a Tepatetipa.

La población de Tepatetipa es campesina con tradición indígena de origen nahua que con el tiempo se ha ido desvaneciendo. Hasta hace unos años, como afirman los pobladores, era costumbre hablar en mexicano. Aunque en la actualidad el idioma es hablado por muy pocas personas, existen aspectos culturales de esta tradición que aún sobreviven en la memoria de la gente, en

ciertas creencias, en algunas costumbres, en la toponimia y en el paisaje.

Por su situación geográfica Tepatetipa se encuentra aislado de la dinámica que se lleva a cabo en la vega. Este hecho ha favorecido la permanencia de dichos aspectos culturales, como es el caso de los *aires* y los *encantos*, creencias respecto al origen de algunos padecimientos en la salud, donde están involucrados elementos del paisaje como los cerros, las cuevas, las cañadas, los manantiales, los cruces de caminos, etc.

Precisamente uno de los parajes más llamativos de Tepatetipa es el “cerro encanto” o Tepenamique, que es un segmento de una cañada muy profunda que se angosta y sus paredes casi verticales serpentean el terreno. Pablo Escalante en su artículo sobre la iglesia sumergida menciona que ha escuchado que la gente se queda encantada en una piedra por el rumbo de Tepatetipa, posiblemente se refiera a esta formación (Escalante, 1994: 49).

Es en el paisaje donde se puede observar que Tepatetipa se encuentra en una posición privilegiada respecto a los demás pueblos que se asientan en las orillas de la vega. La selección de sitio, heredada por los antiguos pobladores, fue hecha con base en la observación y la experiencia sobre el lugar, donde desarrollaron una serie de conocimientos sobre el medio y con los cuales formaron parte de su cultura.

Estos conocimientos se tradujeron en beneficios prácticos respecto al acceso a los recursos naturales, al manejo del paisaje con fines agrícolas, a la protección contra invasiones e inundaciones. Creemos que en cierta medida algunos de estos conocimientos respecto al paisaje siguen vigentes hoy en día, planteamiento que da inicio nuestra investigación.

En principio partimos de la hipótesis de que existe una herencia cultural aun vigente en los pueblos campesinos indígenas legada de la tradición mesoamericana. Esta refiere a una serie de conocimientos y creencias que se tienen sobre el paisaje, a las formas tradicionales de percibirlo, de nombrarlo y simbolizarlo. De esta manera nuestro objetivo principal ha sido realizar una lectura del paisaje e indagar acerca de estas creencias y conocimientos que se tienen sobre dicha unidad espacial.

El paisaje es uno de los conceptos que tradicionalmente ha utilizado la geografía cultural para estudiar algunos aspectos de la realidad espacial. Este puede definirse como un espacio preciso compuesto de elementos físicos no desintegrados, ya sea de origen natural como el relieve o el clima, o cultural como la pirámide o la milpa (esto cuando un grupo social lo produce), o bien puede definirse como la representación de un espacio preciso (cuando lo describe o cartografía un investigador) (Fernández, 2006b: 235).

El enfoque que privilegia la óptica cultural intenta mantener unido el objeto de su

estudio: el espacio, sin separar los componentes naturales de los sociales; asimismo asume que la realidad espacial es compleja y que todo espacio es producto tanto de los fenómenos de la naturaleza como de la actividad de los grupos sociales (Fernández, 2006b: 220).

Se puede decir que un paisaje se produce cuando se registra un proceso en el que al mismo tiempo que los humanos se adaptan al ambiente local, perciben el entorno y arman con estos estímulos su idea del mundo, el grupo social modifica su medio; son el clima, el relieve, la vegetación, la hidrografía, la fauna, la posición de los astros y demás elementos del medio los ingredientes con los que se tendrá que formar la cultura del grupo (Arnold, 2000). Paul Claval dice que para que opere este proceso el grupo social que se ha establecido en un lugar tiene que “reconocerse en él”, “orientarse a partir de él”, “marcar su territorio”, “nombrarlo” e “institucionalizarlo” (Claval, 1999: 162-187); (Fernández, 2006b: 231).

Para estudiarlo desde una perspectiva cultural el investigador no separa cultura y natura, puesto que ambas explican su objeto de estudio. Al hacer una lectura del paisaje se trata de seguir el mismo recorrido intelectual que el grupo social utilizó al producirlo donde reconocerse en el lugar resulta de una relación sensorial con el espacio que se recorre a pie en todas direcciones, pues el paisaje se lee con los pies; son la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato los sentidos que captan ese clima y ese relieve (Claval, 1999: 162-187).

Orientarse a partir de él implica saber hacia donde moverse al interior de ese espacio y saber donde están unos objetos con respecto a otros. También se identifica las marcas del territorio, se averiguan los nombres y se enumera las instituciones más visibles que lo caracterizan (Claval, 1999: 162-187).

Para realizar la lectura cultural el trabajo de campo se vuelve nuestro principal recurso metodológico. Los recorridos a pie son necesarios para formarse una mejor idea del lugar y para sentir lo que se ve, al mismo tiempo que se identifican los rasgos más sobresalientes; también el entrevistarse con la gente de la comunidad es necesario para indagar acerca de los saberes y creencias que colectivamente se tienen sobre ese paisaje.

Otro aspecto importante es participar con la comunidad, en la medida de lo posible, en diferentes actividades que tengan que ver con sus tradiciones y costumbres. Un recurso más es el uso de la cartografía a diferentes escalas para referenciar lugares importantes en el paisaje asignados por la comunidad y terminar con la producción de una nueva cartografía, su cartografía.

El contenido de la tesis se divide en tres capítulos. En el primer capítulo se ubica el lugar de estudio y se da un marco físico para tener mayores elementos al tratar de comprender la dinámica de los diferentes componentes naturales que caracterizan a este lugar. Después retrocedemos en el tiempo para hablar de las

nociones del paisaje mesoamericano, cuya unidad mínima de organización territorial fue conocida como altepetl, y de cómo los antiguos pobladores integraron elementos del paisaje en su cosmovisión. Siguiendo esta misma línea terminamos el capítulo hablando del altepetl de Metztlán-Tepatetipa, con el fin de comprender la selección de sitio que hicieron los antiguos habitantes en este lugar.

A partir del segundo capítulo nos enfocamos en el paisaje cultural de Tepatetipa en la actualidad. Dicho capítulo trata sobre el paisaje descrito por la comunidad, el cual se desarrolló mediante el trabajo de campo realizado a través de varios meses de estudio con visitas frecuentes, recorridos y entrevistas con personas de la comunidad. En el segundo apartado de este capítulo hablamos de los *aires*, un elemento cultural presente en nuestro lugar de estudio y que vincula de una manera muy especial al grupo social con su entorno. Se trata de las representaciones simbólicas en el paisaje que les da identidad y arraigo.

El tercer capítulo, titulado “saberes locales”, trata sobre la diversidad ecológica y paisajística del área mesoamericana en general. Sobre el área Metztlán como una zona de alta diversidad biológica y de los conocimientos que se desarrollaron aquí, saberes que la gente de la comunidad de Tepatetipa tiene respecto al entorno, al acceso y manejo de los recursos naturales y a la adecuación del paisaje con fines agrícolas.

Por último, a manera de conclusión se presentan algunos puntos que consideramos sobresalientes de nuestra lectura cultural.

Capítulo 1: Evolución del paisaje

En el presente trabajo hacemos referencia a la Geografía como una disciplina que estudia la manera en que las diferentes sociedades producen y organizan el espacio. El paisaje como tal es una expresión cultural de esta dimensión espacial (Claval, 1999: 162-187).

Para la Geografía son dos las acepciones más socorridas para utilizar el término paisaje. Para definir la primera, más apegada al enfoque cultural, podemos evocar la etimología latina que nos remite a su raíz pagus (“pago”), es decir “país” (Fernández, 2006b: 237). El país es el terruño al que un grupo humano se va adhiriendo generación tras generación, al que está indefectiblemente ligado por tradición e identidad, en el que entierra a sus muertos y realiza diversos ritos.

Del ambiente natural que caracteriza dicho país, el grupo social nutre su cultura. Así, la identidad de un grupo está depositada en el país donde vive y en una serie de tradiciones reconocidas colectivamente. El paisaje es la representación de ese espacio preciso, tomando en cuenta todas sus características físicas, sean de origen natural o cultural. El paisaje también puede definirse como “lo que se ve del país” (Brunet, 1992; en Fernández 2006b: 232).

En la segunda, más empleada por la geomorfología, el paisaje “es entendido como un hecho real que existe sobre la superficie terrestre; un hecho complejo y dinámico cuya naturaleza y caracteres son independientes del significado que le atribuyen los grupos humanos” (García Romero y Muños Jiménez, 2002: 15). Ambas acepciones coinciden en que el paisaje implica una dimensión espacial en la que podemos leer tanto los rasgos aportados por la naturaleza del lugar como por las acciones que las sociedades imprimen en ella.

Aunque para los propósitos de este trabajo nos es más afín la primera acepción, en el momento que exploramos los rasgos físicos del paisaje en la búsqueda de patrones reconocibles para los actuales pobladores utilizamos esta segunda acepción.

En la metodología de nuestra investigación el trabajo de campo cumple un importante papel. Durante los primeros recorridos que realizamos en Tepatetipa nos percatamos de la existencia de diversas interrogantes, por parte de la gente de la comunidad, sobre el origen de algunos de los elementos naturales de este lugar, sobre todo de aspectos geológicos y de geomorfología.

En nuestro propósito de realizar una lectura del paisaje compartimos algunas de estas interrogantes. Por tal motivo elaboramos un apartado donde se explican las características más relevantes del medio natural que caracterizan al área donde se localiza Tepatetipa, que a primera vista se presenta complicado por sus distintos orígenes pero una vez analizado resulta más sencilla su

interpretación.

1.1 Localización y medio físico - biológico

San Agustín Tepatetipa es una localidad de 441 habitantes que pertenece al municipio de Metztitlán, ubicado en la parte central del estado de Hidalgo, a unos 85 kilómetros al norte de Pachuca y a menos de 200 kilómetros de la ciudad de México. Tepatetipa y toda la zona de Metztitlán se encuentra en un área de transición entre la Sierra Madre Oriental y el Sistema Volcánico Transversal (Fig. 1), lo cual explica gran parte de sus características físicas y los fuertes contrastes naturales. (INEGI, 2004)



Figura 1. Mapa de las provincias fisiográficas del estado de Hidalgo. Fuente: INEGI, México, 2009.

Por su ubicación, esta zona fue el paso obligado de los antiguos pobladores, o en otras palabras, el camino natural que une la porción alta y fría del altiplano con la región caliente y húmeda de la Huasteca. Y por esa vía natural se efectuaron las invasiones, las emigraciones y el comercio, por ser la salida o entrada más fácil (Cantú, 1953: 11).

A esta parte de la Sierra Madre se le conoce desde la época colonial como la Sierra Alta, en ella pueden distinguirse dos unidades principales: al norte las montañas con clima húmedo y vegetación exuberante y al sur la vega de Metztitlán y las montañas que la circundan con un clima seco.

Tepatetipa se encuentra al noreste, en la parte montañosa de esta última unidad (Fig. 2 y 3), sobre una colina alargada de pendiente suave que se prolonga poco más de 2 kilómetros de oeste a este rumbo al vecino pueblo de Iztayatla, a una altitud aproximada de 1460 metros sobre el nivel del mar, situado en la intersección del paralelo 20° 38' norte y el meridiano 98° 46' oeste. (INEGI, 2004) .



Figura 2. Imagen satelital del área de Metztitlán. Fuente: Google Earth, 2009.

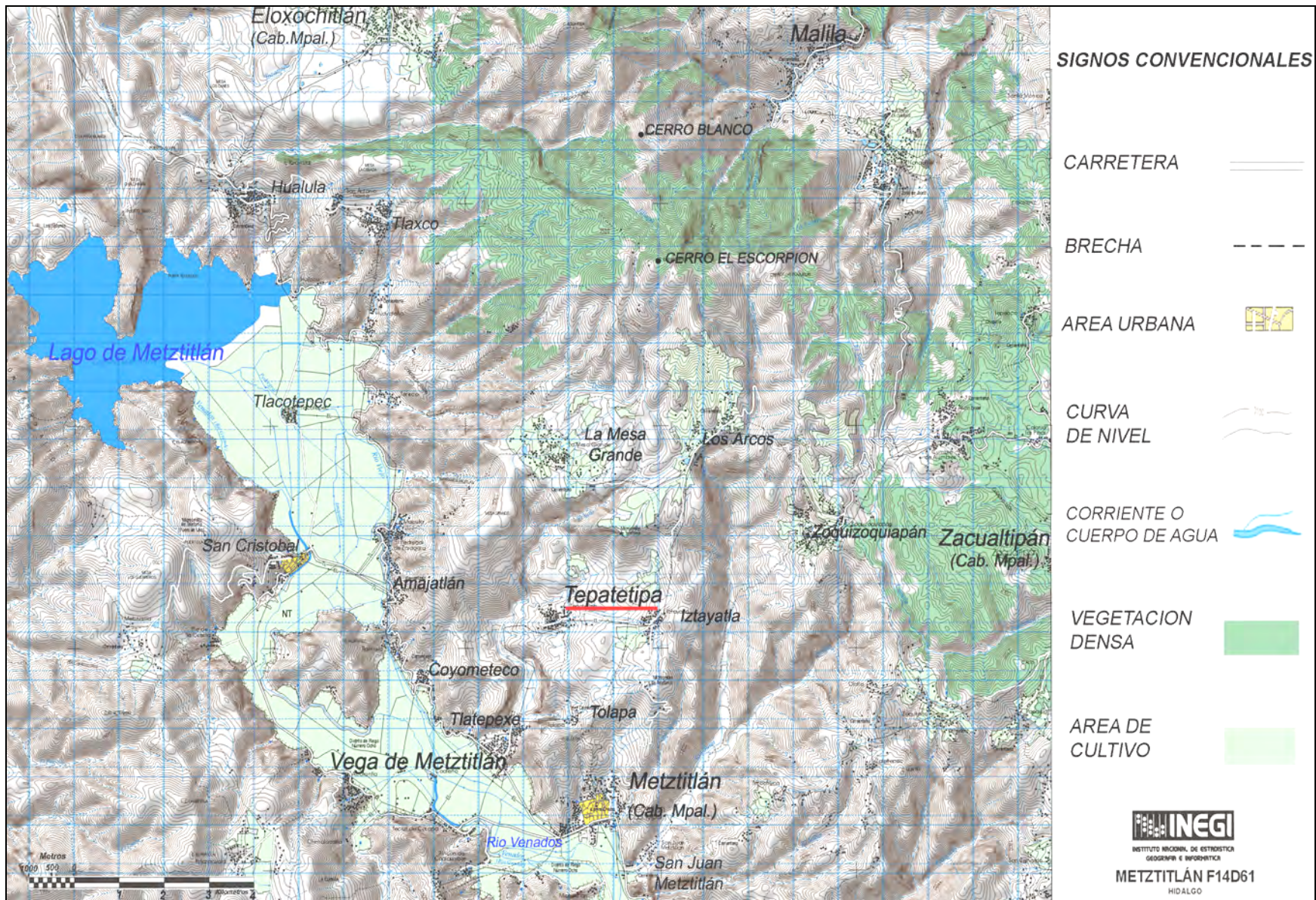


Figura 3. Mapa Topográfico de la zona de Metztlán. Fuente: carta topográfica 1:50 000, F14D61 Metztlán, Hidalgo. INEGI, México, 2000.

A continuación se mencionan de manera general los elementos físicos más relevantes de la zona de Metztitlán, esto con el propósito de conocer mejor el área donde se ubica nuestro lugar de estudio.

Clima

Prácticamente toda la zona de Metztitlán queda comprendida en el clima seco, que se acentúa en el occidente aunque existen importantes variaciones climáticas incluso entre áreas muy próximas entre sí, debido a que las montañas de la sierra madre oriental desempeñan un importante modelador del clima, tanto por los efectos de la altitud como porque constituyen una barrera a los vientos húmedos dominantes del Golfo de México. Esto se puede apreciar claramente en la parte noreste, justamente donde se encuentra Tepatetipa, ya que al ascender a las partes más altas, a pocos kilómetros el clima y la vegetación cambia radicalmente.

Así mientras en la vega de Metztitlán el clima es seco y semicálido con una temperatura promedio anual de 18° a 22°C y una precipitación anual menor a 420 mm, en la sierra Alta a 1800 metros de altitud y a tan solo 12 Kilómetros de distancia el clima es templado húmedo y se presentan lluvias de 1,750 mm al año (García, 1988). Estas altas precipitaciones garantizan un constante suministro de agua que finalmente drenan hacia el valle a través de cauces subterráneos.

Con respecto a los ciclones y a las masas húmedas de aire que entran del océano, principalmente provenientes del Golfo de México, en esta zona son fenómenos de gran importancia. Sobre todo para las comunidades que conservan la tradición de sembrar de temporal en las laderas de los cerros, ya que aportan las lluvias benéficas para la agricultura.

Estos fenómenos atmosféricos también presentan sus efectos en la vega de Metztitlán, cuando esta llega a inundarse deja poblados incomunicados y se pierden cosechas, pero al mismo tiempo se deposita una carpeta de sedimentos que aumenta la fertilidad de la misma.

Hidrología

Hidrologicamente, el río Grande de Tulancingo y el lago de Metztitlán constituyen los cuerpos de agua naturales más importantes del estado de Hidalgo. El Río Grande nace en los límites de Hidalgo y Puebla y a lo largo de sus 100 km cambia su nombre de acuerdo a la región. Se identifican tres segmentos importantes: el primero conocido como río Grande, el segundo como río Venados en la unión con el río san Sebastián y el tercero donde inicia el distrito 08 Metztitlán con el nombre de río Metztitlán que desemboca en el lago del mismo nombre (CONANP, 2003: 23) (Fig. 4).

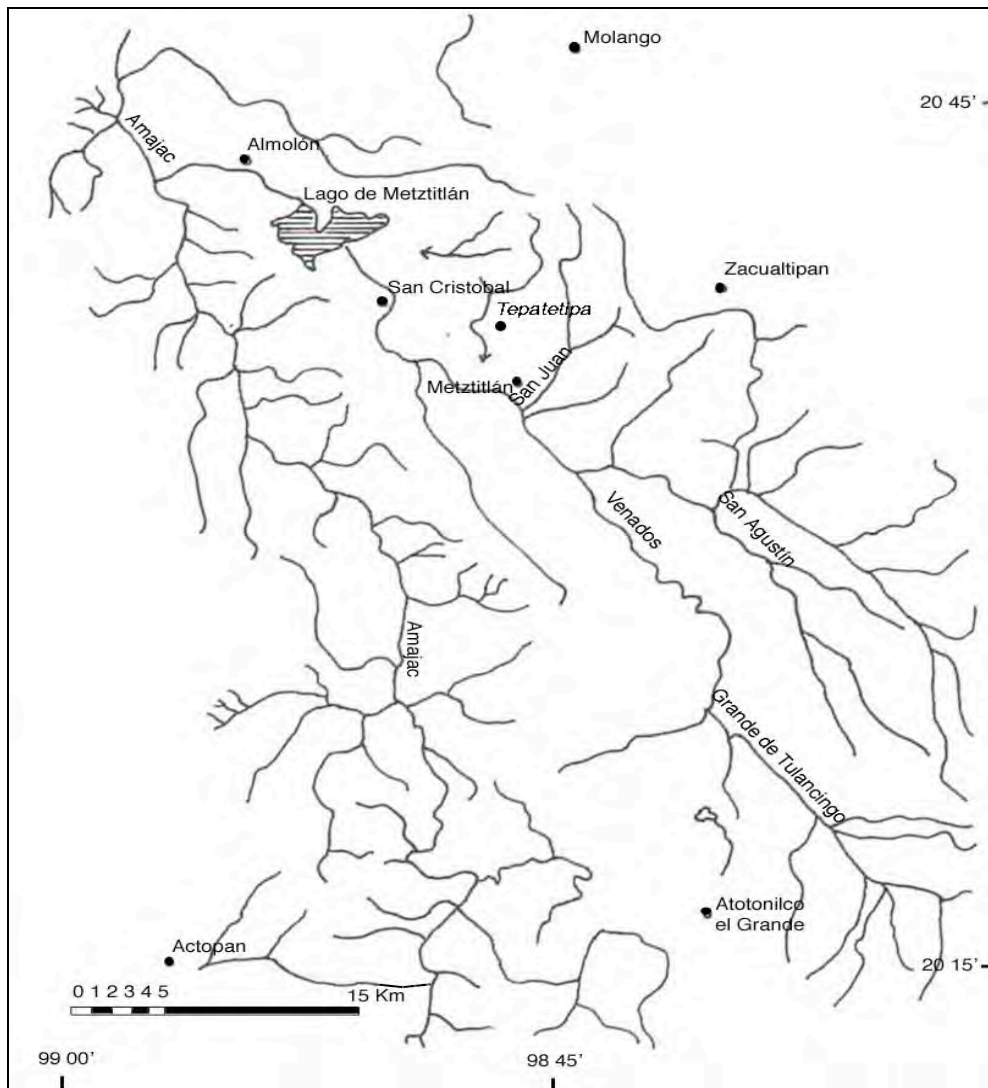


Figura 4. Cuenca hidrológica del río Grande de Tulancingo, Venados y Metztitlán. Fuente: García 1995.

El lago de Metztitlán desagua de manera artificial del otro lado del cerro El Tajo donde recibe el nombre de Río Almolón, que más adelante se une a las aguas del Amajac, para desembocar en el Moctezuma, tributario del Pánuco, perteneciente a la vertiente del Golfo de México.

Dada la irregular topografía y el carácter calizo de la mayoría de las rocas en la zona, la erosión hídrica es patente. Si bien en la zona prevalece el clima semiseco, las serranías y tierras más altas son más húmedas y con mayor precipitación; parte de esta escurre formando numerosos cauces que desembocan en el río Venados. Los afluentes tienen mayor desarrollo en las montañas de la margen oriental de la vega, de las cuales drenan el río san Agustín, los arroyos de San Juan, Tepatetipa y Papaxtla entre otros. Su régimen es torrencial.

Los escurrimientos que se observan en las montañas circundantes de la vega se

explican por los diferentes tipos de litología y por las estructuras geológicas. El agua se infiltra en el subsuelo, escurre a través de las fracturas o planos de falla o contactos litológicos que siguen los principales arroyos, o de acuerdo con la composición química y mineralógica de las rocas y su grado de porosidad y permeabilidad, lo que se comprueba por la presencia de manantiales cercanos en el área. (García, 1995: 15)

Geomorfología

Las características del relieve de la zona de Metztitlán están controladas por estructuras geológicas mayores, por los procesos de erosión de las diferentes unidades rocosas y por la intensa acumulación de sedimentos en el fondo de la vega (García, 1995: 20).

La construcción de la barranca esta asociada primero al debilitamiento de las formaciones sedimentarias marinas en las zonas de fracturas y fallas, y posteriormente a la imposición de las fuerzas erosivas que profundizaron su cauce original. Inicialmente el valle debió haber sido profundo, estrecho y con gran caudal, pero los enormes derrumbes que obstruyeron el drenaje original y formaron el lago invirtieron el trabajo de erosión fluvial por el de acumulación, comenzando así la formación de la vega de Metztitlán (Cantú, 1953: 13).

El relieve de la zona consiste en sierras paralelas originadas por intensos plegamientos y afallamientos, en mesas de lava, en el fondo plano que constituye la vega y en derrames fisurales que demuestran el origen tectónico (García, 1995: 20). De las sierras plegadas se distinguen dos tipos principales: montañas de suaves pendientes fuertemente erosionadas y elevaciones con laderas abruptas, interfluvios redondeados y cañadas profundas.

Mesas basálticas se encuentran coronando las formaciones cretácicas y son las formas mejor conservadas por su juventud y constitución de rocas resistentes. Un ejemplo de estas formaciones lo encontramos en el paraje conocido como Mesa Grande, ubicado en el poblado que lleva el mismo nombre.

Sobre las elevaciones calcáreas, en la porción central poniente de la vega, se localizan derrames fisurales, alineados y aislados entre sí formando elevaciones de poca altura y laderas abruptas (García, 1995: 22).

Las elevaciones están sometidas a los agentes erosivos que actúan de forma diferencial sobre los puntos más débiles, estructurales y litológicos. Por ello es común encontrar en la zona valles transversales y valles profundos con fondo estrecho, asociados a fallas, fracturas y contactos litológicos, que facilitan el encajamiento de los ríos. Las vertientes están surcadas –sobre todo las constituidas por formaciones arcillosas-, por una serie de corredores de escombros y barrancos, que descienden a pequeñas rampas, conos de detritos y aluviales.

Las laderas verticales son comunes, y por lo general están controladas por la

estructura de la roca (estratos verticales) o por la litología resistente en estratos gruesos.

Por otra parte el clima seco, donde las escasas precipitaciones siguen a periodos de sequías prolongadas, favorecen un régimen torrencial, con circulación violenta y de corta duración, que provoca el transporte de enormes cantidades de material en poco tiempo, que es depositado al pie de las montañas obstruyendo caminos y en algunos casos destruyéndolos.

Los factores mencionados anteriormente permiten explicar que en el área existe una gran dinámica en cuanto a la variedad de procesos hídricos y gravitacionales; lo mismo sucede en cuanto a las formas acumulativas, ya que a cada uno de estos procesos suele corresponder un tipo de depósito específico, con variaciones de tamaño, forma, naturaleza y composición.

Estratigrafía

La secuencia estratigráfica de la zona se compone de 10 unidades rocosas, seis de las cuales consisten en rocas sedimentarias marinas del Mesozoico originadas en ambiente de cuenca y plataforma, y el resto por unidades terciarias de origen continental e ígneo que sobreyacen a las mesozoicas, para su descripción nos basamos en datos de García (1995) y Pérez (2003); (Fig. 5).

Formación Tamaulipas Inferior. Esta unidad está compuesta de calizas puras de grano muy fino color gris claro y ante. Se reconoce en laderas abruptas y escarpes rocosos y su mejor exposición se observa en los flancos del Cerro Partido, en el camino hacia Tepatetipa y en el río San Juan.

Formación Otates. Compuesta de calizas arcillosas de color gris oscuro, sus estratos tienen un espesor de 20 a 30 cm. Se presenta en lomas muy suaves como línea divisoria que contrasta entre las formaciones Tamaulipas Inferior y Tamaulipas Superior. Su espesor total reducido es de sólo 3 m. Afloramientos de esta formación se localizan en las cercanías de Zoquizoquipan y el Cerro Partido.

Formación Tamaulipas Superior. La constituyen calizas poco arcillosas de color gris claro o crema, sus capas son de 10 a 60 cm., los afloramientos son en laderas empinadas y verticales. En esta zona tiene un espesor total de 225 m, aparece en ambas márgenes de la vega de Metztlán.

Formación Tamaulipas Superior. La constituyen calizas poco arcillosas de color gris claro o crema, sus capas son de 10 a 60 cm., los afloramientos son en laderas empinadas y verticales. En esta zona tiene un espesor total de 225 m, aparece en ambas márgenes de la vega de Metztlán.

ERA	PERIODO	EPOCA	ESTRATIGRAFIA	SIMBOLOGIA	LITOLOGIA	
CENOZOICO	CUATERNARIO	RECIENTE	Rellenos Antropogenicos Suelos Residuales y Aluvion		Gravas, Arenas, Limos y Arcillas	
		PLEISTOCENO	San Cristobal		Basalto	
	TERCIARIO	PLIOCENO	Atotonilco El Grande		Conglomerado Pumicita Caliza Lacustre Arcilla Lacustre Brecha Basaltica Conglomerado de Caliza	
						MIOCENO
		OLIGOCENO	Grupo El Morro		Conglomerados Polimictico	
		EOCENO				
		PALEOCENO				
	MESOZOICO	CRETACICO	SUPERIOR	Formación Méndez		Lutitas Calcareas
				Formacion San Felipe		Caliza Margosa
				Formacion Agua Nueva		Calizas Arcillosas y Lutitas
INFERIOR			Tamaulipas Superior		Calizas con bandas de Pedernal	
			Otates		Calizas y Lutitas	
			Tamaulipas Inferior		Calizas con Lentes y Nódulos de Pedernal	

Figura 5. Columna estratigráfica. Unidades de roca que afloran a lo largo de la carretera de Puente Venados-Metztlitlan. Fuente: Pérez (2003).

Formación agua Nueva. Está constituida por calizas puras en la base y arcillosas en la cima, de color gris claro de estratificación delgada. Aflora en ambas márgenes de la vega y su mejor exposición se localiza al suroeste de Metztitlán, a lo largo de la carretera que conduce al lago.

Formación San Felipe. Consiste en una alternancia de calizas y lutitas de color gris verdoso, de estratificación delgada y con pequeñas capas de bentonita verde. Aflora en la margen oriental de la vega y en las orillas del lago, a lo largo de la carretera Venados - León - Metztitlán su espesor es de 120 m.

Formación Méndez. Esta compuesta por margas grises y azules con estratos de distinto grosor, desde unos centímetros hasta 1 o más metros. Aflora a lo largo de la Vega a partir del puente de venados y en áreas restringidas a lo largo del lago. En Metztitlán se han medido espesores de 200 a 300 metros.

Grupo El Morro. Es un conglomerado de origen continental, producto de la erosión que actuó como respuesta al levantamiento de las rocas mesozoicas.

Presenta como componentes principales cantos rodados de calizas, areniscas, pedernal y rocas volcánicas de color gris claro a café cementados por calcita. Al intemperizarse todo el conjunto produce un color rojizo. Se localiza en superficie en el arrollo San Juan, en el camino a Tepatetipa y en los alrededores de los poblados de Metztlán, San Juan y el Salitre.

Formación Atotonilco El Grande. Compuesto por material clástico erosionado de rocas volcánicas terciarias. Aflora en el valle de Metztlán a unos pocos kilómetros de Zacualtipán.

Basalto San Cristóbal. Es un derrame basáltico masivo, de color gris oscuro con tonos rojizos, de moderado a fuertemente fracturado. Se distingue coronando las partes altas de las montañas que forman las mesas de Hualula y Mesa Grande. Está asociado a derrames de fisuras característicos del periodo Cuaternario.

Depósitos reciente. Están representados por aluviones y suelos depositados en el fondo de la barranca, formado por gravas, arenas, limos, arcillas y materia orgánica. Al pie de las laderas se aprecia la caída de bloques de roca.

Geología Estructural

La zona de Metztlán se localiza estructuralmente en la parte norte del Anticlinorio de Huayacocotla, una de las mayores estructuras que componen la Sierra Madre Oriental y está formada por pliegues cuya orientación preferencial es NW-SE 45° (Pérez, 2003: 26). Los pliegues formados son de tipo asimétrico, recumbentes y de *chevrón* (semejando una "M") (Fig. 6).

Las estructuras presentes en la zona fueron originadas por deformaciones continuas (pliegues) y discontinuas (fallas).

Las estructuras producidas por la deformación continua en las unidades litológicas de la zona son esencialmente anticlinales y sinclinales angostos y alargados, fuertemente asimétricos. La estructura de mayor dimensión corresponde al sinclinal Metztlán–Lago de Metztlán, cuyo eje se sitúa en la margen izquierda del Río Venados, pasa a través del valle, corta al cerro partido y continúa por el mismo valle hasta el lago (García, 1995: 33).

El núcleo del eje de este sinclinal está formado por lutitas y calizas arcillosas de la Formación Méndez, su flanco oriental lo forman margas y calizas de las Formaciones San Felipe, Agua Nueva y Tamaulipas, mientras que el flanco occidental está formado por las calizas de la Formación Tamaulipas (García, 1995: 35).

La deformación discontinua en el área está caracterizada por fallas inversas, dando lugar a cabalgamientos en las rocas cretácicas y por fallas normales de menor dimensión. De estas primeras la estructura de mayor importancia en la zona corresponde a un cabalgamiento de más de 30 Km. que se extiende sobre

el valle de Metztitlán (Pérez, 2003: 27).



Figura 6. Pliegues rocosos en Tepatetipa tipo *chevrón* semejando una “M”, producidos por mecanismos de flexión por compresión. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Suelos

Son nueve las unidades de suelo presentes en al área de Metztitlán: litosol, rendzina, regosol, fluvisol, feozem, vertisol, cambisol, luvisol y planosol, dominando las seis primeras (CONANP, 2003: 26). Las márgenes del río Venados y las zonas de aluvión tienen suelos fluvisoles calcáricos y feozems calcáricos. Los fluvisoles tienen capas alternas de arena, arcilla y grava, dado que son producto del acarreo de materiales por inundaciones o crecidas.

Los fluvisoles calcáricos, asociados con feozems calcáricos, son ricos en nutrientes y tienen una profundidad mayor a 50 cm, así como una permeabilidad moderada, lo que junto con el paso del río Metztitlán, da una alta fertilidad a la vega de Metztitlán.

Esta zona de aluviones, que se encuentra a lo largo de la mayor parte del río Venados y con mayor amplitud al Norte de la Barranca de Metztitlán, es uno de los mejores suelos agrícolas en el estado de Hidalgo, sobre los cuales se practica la agricultura de riego

En la zona NE de Metztitlán predominan litosoles, seguidos por rendzinas y luvisoles. En la porción Sur, aledaña al río, se encuentran regosoles calcáricos y regosoles éutricos. En la zona E-centro hay algunas rendzinas, mientras que al

SE hallan feozems háplicos y vertisoles. En las porciones más altas del NE se encuentran luvisoles vérticos y cambisoles vérticos (CONANP, 2003: 27).

Los litosoles son suelos poco evolucionados, con una profundidad menor a 10 cm. En el área de Metztlán se encuentra solo o asociado con otras unidades de suelo como la rendzina, el regosol éútrico y el calcárico. Las rendzinas están caracterizadas por contar con una capa superficial abundante en humus descansando sobre roca caliza. Su profundidad es de hasta 50 cm, son arcillosos las más de las veces y presentan un desarrollo moderado.

Los regosoles no exhiben horizontes, son similares a la roca que les dio origen. Su fertilidad y erodabilidad son variables. En el área se encuentran las subunidades calcárica (rica en cal y fértil entre los regosoles) y éútrica (fertilidad media a moderada). Los suelos feozem, cuentan con una capa superficial de color oscuro, con materia orgánica y nutrientes, profundidades superiores a 50 cm y tienen gran desarrollo.

Los suelos vertisol son típicos de áreas con estación seca y lluviosa, son fértiles, agrietados durante la sequía, y exhiben problemas de drenaje. Cuando secos, estos suelos son duros.

La demanda de mano de obra que se tiene en la vega de Metztlán, contribuye a que exista poca presión sobre el suelo en las partes altas donde el uso agrícola es restringido por las condiciones ambientales. La mano de obra de las comunidades ubicadas en la parte alta se mueve al valle para trabajar en la agricultura de riego.

Vegetación

En el área de Metztlán la diversidad de ecosistemas se encuentra representada por matorrales xerófilos, bosque tropical caducifolio, matorral submontano, bosque de coníferas, pastizales y vegetación ribereña. Para su descripción nos apoyamos en datos proporcionados por la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (CONANP, 2003: 27-38).

El bosque tropical caducifolio se puede observar en algunos parajes cercanos a la carretera que lleva a la cabecera municipal de Metztlán, en los cerros al este del río Venados, en la base de los cerros El León y Partido. Se encuentra sobre roca sedimentaria y suelos someros, en altitudes que van de 1,100 a 1,500 metros sobre el nivel del mar. Los árboles son de baja altura entre los 8 y 12 metros.

El Matorral xerófilo es característico de las zonas áridas y semiáridas de México, las cuales conforman cerca del 60% del territorio nacional; en Metztlán abarca grandes extensiones y se aísla de las demás comunidades de xerófilas del altiplano mexicano, por tal razón este ecosistema ha desarrollado una intensa especiación y es en la barranca de Metztlán donde se ha registrado el mayor

número de plantas endémicas (Armella, 2003: 53).

Las cactáceas, familia que incluye a los cactus, biznagas, garambullos y nopales entre otros, son elementos estructurales importantes de las comunidades vegetales que se desarrollan en este tipo de ambiente y en Metztitlán existen cerca de 60 especies distintas de la familia de las cactáceas, que representan casi la mitad de las que se reportan para el estado de Hidalgo (Armella, 2003: 53); (Fig. 7).



Figura 7. “Organo” o “Candelabro” *Isolateocereus dumortieri*, cactacea candelabriforme de gran tamaño que sobresale de los arbustos espinosos en el area de Tepatetipa. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

El Matorral submontano se puede observar en lomeríos de pendiente suave sobre calizas y suelos someros, entre los 1,600 y 1,800 msnm, de manera característica lo encontramos en los alrededores de la comunidad de Metznoxtla. En México el matorral submontano es un ecosistema que ha sido fuertemente presionado por el cambio en el uso del suelo y por sobrepastoreo, por lo que su presencia se encuentra bastante reducida. En la zona de Metztitlán se encuentra bajo condiciones favorables, ya que la abrupta topografía, la baja densidad de población y la poca productividad del suelo que lo sustenta han permitido su conservación en un alto grado.

El Bosque de coníferas se encuentra en el extremo noreste, en la proximidad de las poblaciones de Mesa Grande, los Arcos y Zoquizoquipan, en altitudes que van de los 1,800 a los 2,500 msnm y sobre sustratos de origen volcánico. Este tipo de vegetación se constituye por un conjunto de comunidades vegetales

perennifolias que se desarrollan preferentemente en zonas de climas frescos y semihúmedos, pero extendiéndose también a los húmedos y semiáridos.

El bosque de juníferos se observa de manera característica en la parte alta de la Barranca de Ixcatlán, ubicada al Oeste del poblado Mesa Grande, con presencia dominante de *Juniperus flaccida* (sabino). Se encuentra sobre pendientes pronunciadas y rocas basálticas entre los 1,650 a 1,920 metros sobre el nivel del mar.

El bosque de pino-encino está presente en una pequeña porción en las proximidades de las poblaciones de Zoquizoquipan y Los Arcos a una altitud promedio de 2,160 msnm. La partes bajas donde se distribuye esta asociación vegetal han sido modificadas por el cambio de uso de suelo para conversión en terrenos agrícolas y ganaderos, esto se observa en las poblaciones de Mesa Grande, Los arcos, Tlaxco y Eloxochitlán (Fig. 8).



Figura 8 . Cambio de uso de suelo para conversión en terrenos agrícolas o ganaderos en la población de Mesa Grande. Al fondo se observa el lago de Metztitlán y las montañas que lo circundan. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

El bosque de encino se encuentra en las partes altas en la transición entre el matorral y en colindancia o asociación con el bosque de pino-encino. Se observa al Noreste de la Barranca, en la cercanía de los poblados de Tlaxco y Mesa Grande. La madera de estos árboles no es utilizada comercialmente, sólo se usa a nivel domestico para construcción de casas, cercas y como combustible.

El pastizal se observa en el paraje conocido como Mesa Grande a una altitud de 1,980 msnm sobre un sustrato de roca ígnea y suelos de tipo vertisol. La presencia de esta vegetación se debe a un proceso de perturbación motivado por la eliminación del arbolado a través de un largo periodo, ya que la población refiere que existía encino en el lugar.

Fauna

Metztitlán se halla en una zona de transición entre dos regiones zoogeográficas: la neártica y la neotropical, lo que permite que en conjunto tenga una fauna muy diversa con afinidad a ambas regiones. Lo anterior aunado al factor topográfico, que con un sistema de cañadas conectadas a los sistemas hidrológicos le da características muy particulares a sus comunidades biológicas.

De la fauna registrada en la Reserva, sólo el 1.5 % son peces, el 2 % son anfibios, todos ellos pertenecientes al Orden Anura (ranas y sapos), el 9 % de las especies son reptiles, el 69 % son especies de aves y el 17 % son mamíferos (CONANP, 2003: 43). A continuación se describe la fauna presente en Barranca de Metztitlán a partir de datos de la CONANP (2003) y Sánchez Mejorada (1978).

En el grupo de los mamíferos se reportan tlacuache, gato montes, zorrillo, coyote armadillos, varias especies de ardilla, liebre, conejos, tuzas, zorras, comadrijas, cacomixtle, roedores y murciélagos que integran un conjunto de 60 especies de mamíferos de las cuales sobresalen 22 de murciélagos y 19 especies de roedores.

Las Aves presentes en el área de Metztitlán son 215 especies entre las que destacan: el achiquiliche (ave acuática zambullidora), ceniztonle, gorrión, tórtolas, calandrias, cardenal, saltaparedes, gavián pollero, chichicuilotos, correcaminos, tecolotes, lechuzas, colibríes, carpintero, cuervo, diferentes especies de palomas, patos, garzas, zopilotes, golondrina y una gran variedad de especies acuáticas migratorias entre otros.

Los reptiles conforman un grupo de 46 especies y 17 especies de anfibios, la mayoría endémicos de México: camaleón, cascabel (la cual muestra una reducción en su población), víbora prieta, culebras de agua, víbora coralillo, chirrionera y ratonera por mencionar algunas.

La ictiofauna está representada por las familias Poeciliidae, Cichlidae y Cyprinidae, siendo ésta última de origen exclusivamente neártico, mientras que las dos primeras son de origen neotropical transicional, lo que indica que la zona de Metztitlán actúa como un corredor entre estas dos regiones. La distribución de estos peces se remite al Lago de Metztitlán y al río del mismo nombre, así como a otros dos ríos y canales aledaños a estos sitios.

A pesar de la antigüedad en la práctica de la pesca en el lago de Metztitlán, hace apenas unos años que se lleva a cabo la utilización pesquera sistemática del embalse. A partir de entonces se han introducido peces como tilapias:

Oreochromis aureus, O. niloticus, Tilapia rendalli; carpa: Cyprinus carpio y bagre: Ictalurus punctatus, introducciones que se han justificado ante la escasez de ictiofauna, sobre todo por las condiciones fluctuantes del lago, que en ocasiones han resultado en la pérdida total del espejo de agua.

Consideraciones finales

Con este panorama general del medio físico de la zona de Metztlán se pretende ilustrar las diferentes asociaciones que se dan entre los elementos naturales del paisaje al que forma parte Tepatetipa y a cuya lectura se exponen constantemente sus habitantes. Además nos será de gran utilidad cuando veamos cómo eran incorporados estos elementos del medio físico en la cosmovisión de los antiguos pobladores que se establecieron en este lugar.

Las condiciones geográficas de grandes variables en relieve, el clima, la vegetación y fauna, descritas para el caso de Metztlán son muy comunes en el área donde se establecieron los pueblos mesoamericanos. En el siguiente apartado se describe la manera en que estos elementos del medio natural fueron tomados en cuenta para la selección de los asentamientos poblacionales en la época prehispánica, donde la unidad mínima de organización territorial fue conocida como *altepetl*.

1.2 El *altepetl* prehispánico

En la tradición mesoamericana la selección y delimitación de un sitio para el establecimiento de un grupo conllevaba justificaciones míticas y religiosas, pero dichas explicaciones estaban sustentadas en un paisaje preciso, sobre un medio físico conmensurable. El ambiente que les rodeaba además de tener un valor simbólico debía de procurar sus satisfactores básicos.

El paisaje de Tepatetipa representa un espacio cultural característico del área mesoamericana; sus límites y ubicación tienen una explicación en el entorno. Para darnos una mejor idea de este asentamiento poblacional en la época prehispánica, de la forma de organización espacial y de cómo eran integrados los elementos del medio natural en su cosmovisión, a continuación hablaremos sobre el concepto de *altepetl*.

Altepetl fue el término utilizado por los hablantes del náhuatl antes de la conquista para denotar sus unidades básicas de organización política, social y territorial. (Fernández, 2006a: 11). Apenas terminada la guerra de conquista contra los nahuas, los españoles se enfrentaron a la necesidad de organizar el territorio para poder dominarlo y administrarlo de manera ventajosa.

Para interpretar la realidad espacial que se mostraba ante sus ojos, los europeos aplicaron su imaginario medieval-renacentista. Ellos miraban un territorio marcado por algunas- muy pocas- ciudades (como Cempoala, Cholula, Tenochtitlan y Zaachila) y por extensas tierras de vocación rural en las que vivía

buena parte de la población esparcida sobre laderas de difícil acceso o entre terrenos agrícolas integrados con su medio (Fernández, 2006b: 236).

Las aglomeraciones de alta densidad arquitectónica y demográfica fueron reconocidas por ellos efectivamente como ciudades pero en el caso de las áreas sin núcleos urbanos visibles, su reconocimiento tuvo mayores problemas. Se tiene como ejemplo el área nahua, en ella todo asentamiento desde una gran urbe como Tenochtitlan hasta un caserío disperso recibían en náhuatl la categoría de *altepetl* (Licate, 1980: 27-45).

Para los españoles del siglo XVI debe haber sido inconcebible la homologación de estas dos realidades en una sola categoría espacial, de manera que la traducción de *altepetl* al castellano fue “pueblo” y también “ciudad” (Molina, 2001). Ante la dificultad de imponer la forma de gobierno española, se sirvieron de la estructura política que ya existía en Mesoamérica y cuya unidad territorial más elemental fue denominada “pueblo de indios” (Fernández, 2001: 51).

El “pueblo de indios” tradicional, que entre los naturales siguió llamándose *altepetl*, constaba de un territorio gobernado por un *tlatoani*, “cacique” según los españoles, perteneciente a uno de los *calpolli* o “barrios” que lo componían. La preeminencia política no estaba depositada siempre en el mismo *calpolli*, sino que era rotatoria. Siguiendo la posición geográfica que ocupaba en el terreno en dirección opuesta a las manecillas del reloj, que era como supuestamente se generaba el tiempo (López Austin, 1994), les correspondía el gobierno por turnos (Lockhart, 1999).

Dicho de otro modo, si un *altepetl* estaba formado por cuatro *calpolli* y cada uno de ellos estaba ubicado hacia un punto cardinal, primero gobernaría el *tlatoani* del oriente, luego el del norte, después el del poniente y por último el del sur, antes de que se repitiera el ciclo otra vez. Del mismo modo, las demás actividades colectivas estaban regidas por esta rotación; por ejemplo los turnos de trabajo comunitario, la organización de las fiestas y la recolección del tributo (Fernández, 2003: 74).

El *altepetl* también constaba de un *tianquis* o “mercado”, un templo piramidal consagrado a un dios protector y un territorio de límites reconocidos. Así, se trataba de una especie de ciudad-estado nominalmente soberana. (Fernández, 2001: 51).

Los conquistadores se sirvieron de estos asentamientos bien jerarquizados para congregar a las poblaciones indígenas y organizar el trabajo forzado así como la evangelización y el tributo. En el lugar del templo que consideraban pagano, obligaron a construir una iglesia o un convento y ordenaron trazar de nuevo las calles de manera rectilínea para ordenar la vivienda y los nuevos edificios públicos (Fernández, 2001: 51) .

Las congregaciones que los españoles concibieron para los indios y a las cuales llamaron “pueblos” o “pueblos de indios”, fueron concentraciones de una alta

densidad arquitectónica y poblacional establecidas en un terreno llano que prefería dar la espalda al ámbito rural y a la naturaleza silvestre y montañosa.

Los núcleos urbanos del *altepetl* fueron inmediatamente jerarquizados dando mayor importancia al asentamiento en donde vivía el *tlatoni*, al que identificaron como señor o monarca. A ese asentamiento le llamaron “cabecera” y los demás de la misma jurisdicción sufrieron una suerte de degradación al ser llamados “sujetos”. Asimismo, convirtieron al cristianismo a la jerarquía indígena y le asignaron cargos políticos de dirigencia con el objeto de controlar eficazmente a la población nativa (Fernández, 2006a: 12).

1.2.1 Los elementos del Paisaje en el altepetl

Para los nahuas que habitaron esos pueblos de indios, la noción original de *altepetl* era mucho más amplia que sólo el aspecto de organización comunitaria. Estrictamente, el término deriva de las raíces *atl*, agua, y *tepetl*, cerro (Sahagún, 1999). El glifo que lo representa, recurrentemente inscrito en los códices, muestra un cerro en cuya base se abre una cueva de la que puede descender un río (Fernández, 2001: 51) (Fig. 9).



Figura 9. Forma tradicional del glifo que indica el cerro, de su parte inferior fluye el agua. La Gran Pirámide de Cholula, Tlachihualtepetl, pintada en la Historia tolteca-chichimeca.

El glifo del cerro como carácter locativo aparece por primera vez en Mesoamérica en los topónimos zapotecas de Monte Albán II (300-100 a.C) (León-Portilla, 1983: 40). Con variantes, pero siendo sustancialmente igual la referencia ideográfica al cerro o monte, este glifo perduró a todo lo largo de la

historia mesoamericana e incluso sobrevivió a la conquista. Dicho glifo fue inventado por sacerdotes y sabios de filiación lingüística zapoteca, de ellos lo recibieron más tarde los mixtecos y de estos los nahuas cuya expresión de *altepetl* como cerro y agua connotó metafóricamente la idea de asentamiento humano (León-Portilla, 1983: 41).

Si embargo *altepetl* es un concepto que originalmente no sólo implicaba aspectos territoriales, urbanísticos o sociopolíticos, sino también de índole estético, simbólico, ecológico y geográfico pues el asentamiento poblacional estaba indefectiblemente ligado al paisaje circundante. Dicho concepto asociaba la población y sus construcciones a la existencia de un monte sagrado que los proveía de gran parte de los mantenimientos necesarios: de agua, semillas, frutos hierbas comestibles y medicinales, animales de caza, madera para la construcción y otros bienes materiales y espirituales (Fernández, *et al.*, 2006a: 484).

En la sociedad prehispánica la observación de la naturaleza abarcaba los conocimientos de lo que hoy conocemos como geografía, astronomía, botánica, zoología, etc., es decir, en términos más amplios se refería a la interacción del hombre con el entorno natural en el cual se situaba la vida de la comunidad (Broda, 1989:). Las nociones prehispánicas acerca de la geografía y el clima formaban una parte importante del cuerpo de conocimientos exactos que desarrollaron estas culturas a lo largo de su historia (Broda, 1989).

Los conocimientos sobre el medio ambiente tenían una particular importancia dadas las condiciones geográficas de Mesoamérica, caracterizado por un paisaje accidentado, donde las diferencias altitudinales promueven una infinidad de microclimas que dan acceso a pisos ecológicos muy diversificados. Esta enorme variabilidad es una de las características más sobresalientes de Mesoamérica.

La observación de las condiciones naturales se combinaba en Mesoamérica con conceptos religiosos y mágicos generándose una *cosmovisión*. Esta puede definirse como la visión estructurada en la cual las nociones sobre el cosmos, la naturaleza y la vida del hombre eran integradas en un sistema coherente (Broda, 1991).

En la cosmovisión mesoamericana los cerros, las cuevas y el agua jugaban un papel destacado. Según el cronista fray Bernardino de Sahagún:

"Los antiguos de esta tierra decían que los ríos todos salen de un lugar que se llama Tlalocan, que es como paraíso terrenal, y también decían que los montes que están fundados sobre él, que están llenos de agua, y por fuera son de tierra, como si fuesen vasos grandes de agua, o como casas llenas de agua; y que cuando fuese menester se romperán los montes, y saldrá el agua que dentro está, y anegará la tierra; y de aquí acostumbraban a llamar a los pueblos donde vive la gente altepetl, quiere decir monte de agua o monte lleno de agua" (Sahagún, 1956).

Tenemos como ejemplo más cercano el caso *mexica*, pues para ellos las montañas, llenas de agua, eran sagradas y se concebía como deidades atmosféricas. El dios Tláloc era una antigua deidad atmosférica que representaba tanto a las fuerzas benéficas de las lluvias que engendraban la vida así como los aspectos negativos del clima donde las tormentas, las heladas y las inundaciones constituían una constante amenaza para la agricultura de temporal. Tláloc era también una deidad de la tierra y sobre todo un dios de los cerros (Broda, 1991).

En el ciclo anual de fiestas, dos de ellas estaban dedicadas a los *tloaque* como dioses de los cerros, seres pequeños que producían la tormenta y la lluvia y formaban el grupo de los servidores del dios Tláloc. *Tepeilhuitl* “la fiesta de los cerros” correspondía climatológicamente al fin de la estación de lluvias. Los *mexica* creían que durante *tonalco*, la estación seca (“el calor del sol”), los cerros retenían el agua en su interior, para soltarla de nuevo durante la estación de lluvias (Broda, 1989).

Sin embargo no sólo el líquido vital se conservaba dentro de las montañas, sino también el maíz y otros alimentos básicos. La montaña mítica arquetípica era el *Tonacatepetl*, “el Cerro de los Mantenimientos”; según varios mitos aztecas, los dioses de la lluvia (*tloaque*) eran los dueños originales del maíz desde tiempos inmemoriales (Broda, 1991).

La fiesta de *Hueytozoztli* tenía lugar durante el apogeo de la estación seca y marcaba el tiempo para la siembra del maíz (Broda, 1991). Estos ritos prehispánicos encuentran su continuación hasta nuestros días en la fiesta de la Santa Cruz (3 mayo), que se celebra en las comunidades indígenas tradicionales de México y Guatemala como una de las principales fiestas del año.

Su simbolismo sigue vinculado con la sequía de la estación, la petición de lluvia, la siembra del maíz y la fertilidad agrícola en general; y también se relaciona con el culto a las cuevas y los cerros. En todas las comunidades indígenas tradicionales desde el altiplano central hasta el sur de México y Guatemala, los principales cerros siguen siendo los puntos de referencia de su comunidad o región, y como tales se les sigue dando culto. Estas circunstancias reflejan tradiciones muy antiguas.

Existen numerosos ejemplos. Prácticamente todas las comunidades tenían -y tienen- su cerro sagrado. Los antiguos mexicanos conocían el importante papel que los cerros jugaban en los procesos hidrológicos, de la formación de las nubes portadores de la lluvia las cuales procedían del mar.

El paisaje escarpado de México y la existencia frecuente de agua subterránea fueron interpretados por las culturas prehispánicas en el sentido de que existía una conexión debajo de la tierra que comunicaba a las cuevas y las fuentes con el mar (Broda, 1989). El mar se concebía como la expresión absoluta de la

fertilidad, se le denominaba el *huey atl*, o agua en su forma absoluta (Broda, 1989).

Para el caso mexicana Sahagún transcribió en el siglo XVI las siguientes imágenes evocativas acerca del mar, en relación con la tierra y sus espacios subterráneos:

“La mar, a la cual llaman *teoatl*, ... que quiere decir agua maravillosa en profundidad y en grandeza; llámase también *ilhuicaatl*, quiere decir, agua que se juntó con el cielo, porque los antiguos habitantes de esta tierra pensaban que el cielo se juntaba con el agua en la mar, como si fuese una casa que el agua son las paredes y el cielo está sobre ellas y por esto llaman a la mar *ilhuicaatl*, como si dijese agua que se juntó con el cielo ...

...La mar entra por la tierra, por sus venas y caños, y anda por debajo de la tierra y de los montes; y por donde halla camino para salir fuera, allí mana, o por las raíces de los montes [sic] o por los llanos de la tierra, y después muchos arroyos se juntan y juntos hacen los grandes ríos; ... de manera que los ríos grandes salen de la mar por secretas venas debajo de la tierra, y saliendo se han fuentes y ríos” (Sahagún, 1956).

Las cuevas tenían además un importante papel por ser la entrada a este reino subterráneo sumergido en el agua y el recordatorio del origen mítico, es decir, del monte primordial de cuyas entrañas habían salido los hombres. En cierta manera, las cuevas y los cerros formaban los dos lados de la misma moneda; así, las montañas se vinculaban también con los ancestros, el origen y la legitimización de los grupos étnicos (Broda, 1989).

En numerosos puntos del paisaje -en las cumbres de los cerros, en barrancas, cuevas y en los manantiales- existían antaño adoratorios de los dioses de la lluvia que constituían el *paisaje ritual de la cosmovisión*. Estos lugares sagrados estaban marcados por medio de sencillas estructuras, muchas veces orientadas hacia la salida del sol en determinadas fechas del año; estaban señalados adicionalmente por piedras labradas, "maquetas", petroglifos y/o esculturas talladas en la roca conformando un *paisaje ritual* lleno de significado (Broda, 1997).

Este simbolismo de los lugares de culto no estaba desligado del medio ambiente sino que incorporaba numerosas observaciones sobre las condiciones geográficas, geológicas, el clima y la hidrología de estos elementos destacados del paisaje.

A manera de conclusión se puede afirmar, desde la óptica privilegiada por la geografía, que no hay *altepetl* sin agua y sin los cerros que la contienen y que todo asentamiento poblacional indígena estuvo asociado a un paisaje en el que eran importantes los ríos, los arroyos, los lagos y lagunas, los manantiales, las grutas y cuevas, los sumideros, las cascadas, los cenotes y las corrientes subterráneas.

1.3 El *altepetl* de Metztitlán-Tepatetipa

Metztitlán fue uno de los pocos territorios que a la llegada de los españoles se conservaba independiente de los mexica (Davies, 1968). Se trataba de una extensa confederación que en la época colonial fue reconocida como el Señorío de Metztitlán y cuya cabecera fue la suntuosa villa de del mismo nombre (Fernández, *et al.*, 2006a: 480).

Las primeras fuentes coloniales dan por sentado que Metztitlán era el pueblo cabecera desde tiempo prehispánico. Para Escalante (1994) y Fernández (2006a), la sede principal de la confederación prehispánica y la del señorío colonial temprano no fue la villa de Metztitlán sino el vecino pueblo de Tepatetipa. Fueron los colonizadores quienes ejercieron el cambio de esta y otras sedes.

La confederación de Metztitlán llegó a tener un territorio aproximado de 3,600 kilómetros cuadrados en el momento de la conquista y pudo haber contado con una población aproximada de 180,000 a 200,000 personas (Fernández, *et al.*, 2006a: 505). Dicha confederación estuvo estructurada en torno a un núcleo cargado de simbolismo: el cerro El Escorpión. De todo el territorio se trata de la cumbre más elevada que alimenta de agua y otros recursos a las principales poblaciones. Sus vertientes detentan la mayor variedad ambiental de la región.

Su cima más elevada alcanza los 2600 msnm. y está controlado por dos estructuras geológicas distintas. Se trata de plegamientos sedimentarios en su vertiente atlántica y de un cono ígneo y campo volcánico anexo por el poniente. Por este mismo rumbo la pendiente es más o menos suave y por de bajo de extensas mesetas basálticas se localiza Tepatetipa. Una de estas mesetas basálticas posiblemente tenía un gran carga simbólica y actualmente podría dar pautas para explicar el por qué del nombre de este *altepetl*, como se verá más adelante.

La variabilidad altimétrica del cerro El Escorpión, traducida en una gran variedad biótica, le permitió ser el núcleo aglutinante de la confederación. El estado que se estructuró en torno al macizo El Escorpión era un estado pluriétnico donde se hallaban las lenguas nahua, otomí, pame, tepehua y Huasteca, cuyo componente principal fueron los metzcas, es decir hablantes de un náhuatl con elementos otomíes (Fernández, *et al.*, 2006a: 506).

Después de los grupos nahuas, los elementos otomís y pames parecen ser los segundos en importancia, al menos por su presencia en más de la mitad de la confederación y por su influencia sobre el náhuatl. En las diferentes relaciones que se encuentran en el tercer volumen de los Papeles de Nueva España se menciona que en los pueblos de Molango, Tlanchinolticpac, Yahualica, Xochicoatlan Malila, Tianguistengo y Metztitlán los padres confesaban en lengua otomí y nahua (Vázquez, 2001: 144).

El nombre de Metztitlán deriva de la raíz nahua *metztl*-luna, *tetl*-piedra y *tlan*-

lugar (Cantú,1953: 11). Respecto al posible origen del nombre Juan de Grijalva dice lo siguiente:

“..a la entrada de esta sierra esta una que dio harto que pensar a los que la vieron por estar señalada con la señal de la salud, que es el Tao tan bien cortado y en una punta tan elevada... a su lado está una Luna de la misma obra, de donde tomo nombre aquel pueblo que se llama Metztlán. Porque Metztl quiere decir luna, tetl, piedra; y así Metztlán quiere decir luna sobre la piedra. El lugar donde están esculpidas estas dos imágenes y la escultura, son tales que admiran a los que la ven... porque además de ser el lugar muy alto, está en una peña tajada donde no parece posible que hayan llegado hombres. La figura de la Cruz es esta T, labrada a cuadros como tablero de ajedrez, en un cuadro del color de la peña, que es blanquizca, el otro de un muy perfecto azul... El tamaño de la cruz desde abajo es de un codo; pero según la perspectiva debe de ser grandísima... La luna que está a su lado es del mismo corte y colores... los indios reverenciaban a la luna sin parar mientes en esa otra señal que estaba a mano derecha...teniendo ellos creído que tenía aquello particular deidad, si sola estuviera la luna, entonces tuviera más dificultad la predicación, y ahora estuviera su ídolo en su altar, porque no es posible borrarla del lugar donde está. Y con estar allí también esculpida la cruz fue fácil persuadirles la menguante de su luna, la declinación de su imperio, la oscuridad de sus supersticiones...” (Grijalva, 1985: 77)

Gabriel de Chávez también hace alusión a esta figura esculpida como el posible origen del nombre de Metztlán:

“...Otros dicen que el nombre de Metztlán tuvo origen de una luna pintada, que está en un cerro altísimo y aguso, y por la parte del norte está de peña tajada, y en la misma peña está pintada una luna y un escudo con cinco pintas, a manera de dados, que parece cosa imposible que hombre humano ni con ningún artificio pudiese hacer aquella pintura; y así los habitantes desta provincia en su principio llamaron este lugar de Metztlán, que quiere decir junto á la luna”. (Chávez, 1986 [1579])

En la pintura que acompaña la relación geográfica de 1579 Gabriel de Chávez dejó registro de estas figuras que se piensa dieron origen al nombre de este *altepetl* (Fig. 10).

Según se puede ver en la pintura y por la descripción que hace, creemos que el cerro donde estuvieron representadas estas esculturas es el que se encuentra en la barranca de San Juan, frente al pueblo de San Juan Metztlán, que “por la parte del norte está de peña tajada” (Fig. 11).

Los símbolos que representan una luna menguante están presentes por toda el área en pinturas rupestres de color blanco y rojo. Esto nos remite a un elemento del paisaje que se encuentra en nuestra área de estudio, el cual puede tener un valor y significado para explicar las recurrentes lunas y el nombre de este lugar, por lo que consideramos que no esta por demás mencionarlo.

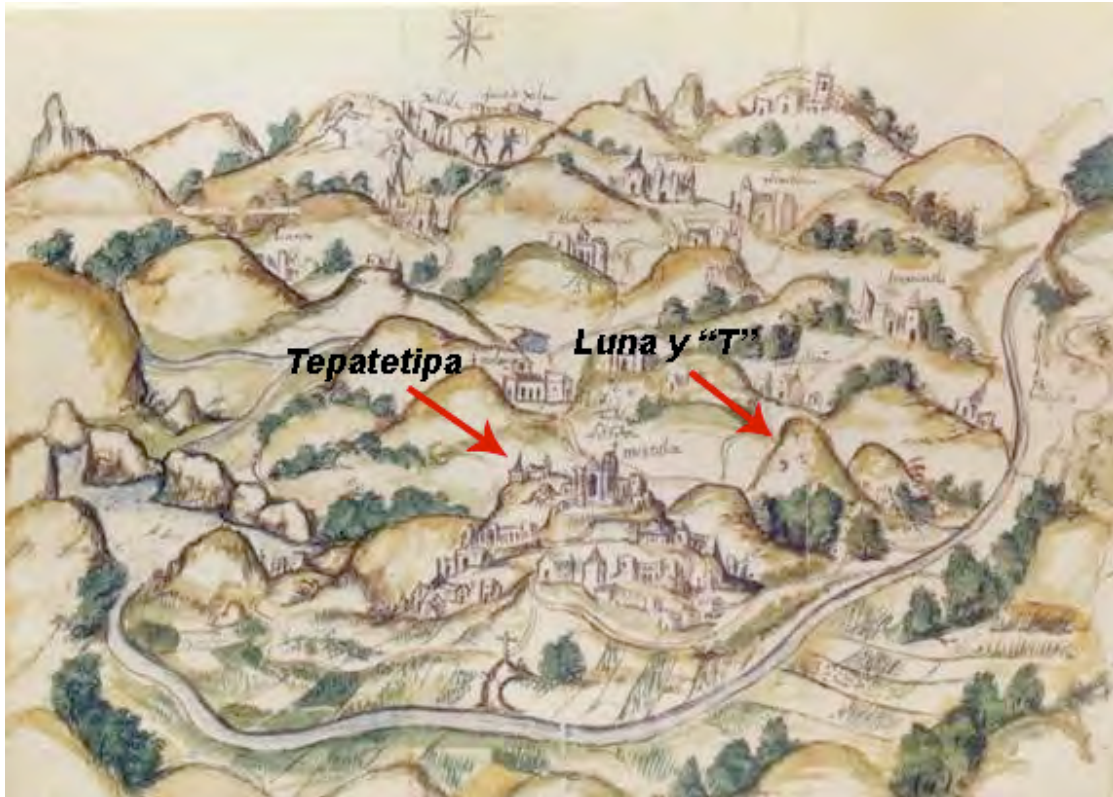


Figura 10. Pintura de Metztlán, 1579. Fuente: Acuña, 1986.



Figura 11. Cerro en San Juan Metztlán. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Se trata del paraje conocido como Mesa Grande, una meseta basáltica que por su origen volcánico y material de roca constituida representa un material más resistente a la erosión que los materiales de origen sedimentario que lo rodean.

Si se asciende por las veredas que llevan a la cima del cerro El Escorpión en un día despejado y se mira rumbo al sureste podrá percatarse la luna menguante que forma dicho paraje (Fig. 12).



Figura 12. El paraje Mesa Grande visto desde la cima del cerro El Escorpión. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Esto toma mayor significado si se tiene en cuenta que en los alrededores de este paraje se encuentra un gran número de lugares que corresponden con terrazas y posiblemente a talleres y asentamientos poblacionales prehispánicos. También en sus inmediaciones encontramos tres ermitas que quedaron abandonadas, estas son: Choncotlan al sureste, perteneciente al poblado de Amajatlan; San Lucas al sur y San Mateo en Metlatiapa al este, dentro del área que le pertenece a Tepatetipa (Fig. 13).

Por otro lado, el medio natural del altepetl de Metztlán explica en buena medida su capacidad de resistencia ante los embates enemigos en tiempos previos a la conquista. La base de toda la estructura descansaba sobre una eficiente organización militar, pues sólo ella, así como el valor de los guerreros metztlitecas, explican que la confederación, rodeada como estaba de enemigos, haya podido subsistir frente a tantos peligros (Cantú 1953: 109).



Figura 13. Imagen satelital con perspectiva desde cerro El Escorpión. Fuente: Google Earth, 2009.

Entre sus numerosos enemigos de la última época previa a la conquista, los más belicosos y temibles eran los mexica, ante los cuales los metztlitecos se mantuvieron firmes. Es otra vez Gabriel de Chávez quien dice:

“Esta provincia de Metztlán... traía guerra con los de Atotonilco por la banda del Sur, y con los de Izmiquilpan y Actopan por la banda del poniente, y con los de Chapulhuacan por la banda del Norte, y con los de Guayacocotla y Tzicoac por la banda del Oriente. Y... de todas estas guerras nunca fueron vencidos, y así los tenían por gente de mucho valor y esfuerzo; y siempre fue reino por sí, nunca sujeto a Moctezuma ni a otro Señor, hasta que llegaron los españoles”...(Chávez, 1986 [1579]).

La confederación de Metztlán se componía al menos de nueve altepeme confederados que conformaron una unidad territorial, estos son: Metztlán-Tepatetipa, Malila, Molango, Xochicoatlan, Tianguistengo, Ilatatlan, Huazalingo, Yahualica y Tlanchinol (Fernández, et al., 2006a: 514).

Tanto Tepatetipa como Malila fueron los núcleos en torno a los cuales se aglutinaron el resto de los territorios (Fernández, et al., 2006a: 505). Se puede decir que Malila funcionó como la contraparte de Tepatetipa. Mientras que Tepatetipa estaba en la vertiente interna sometido a un clima más seco, Malila

estaba en la vertiente externa bajo un clima húmedo; casi equidistaban de la punta del cerro El Escorpión y cada uno tenía su territorio de influencia. Lo que parece probable es que los españoles atribuyeron a Tepatetipa una jerarquía mayor.

Tras la caída de México-Tenochtitlan, los españoles buscaron asimilar los territorios de la confederación de Metztlán. Según asienta en su Carta de Relación, Hernán Cortés pactó con la jerarquía de Metztlán, que le había enviado una embajada (Cortés, 1970 [1524]: 178). Meses después, Cortés se vio en la necesidad de someterlos militarmente luego de un levantamiento ocurrido muy probablemente en 1522 (Osborn, 1970: 9) (Fig. 14).

Una vez derrotado, quedó reconocido el Señorío de Metztlán y por su preeminencia Metztlán-Tepatetipa fue reconocido como cabecera (Fernández, et al., 2006a: 495), El hecho de atribuir a Tepatetipa una mayor jerarquía quizá sea porque en este lugar vivía el Señor universal de Metztlán, “el señor de Tipa” (de Tepatetipa) como reza la tradición oral de la localidad, es decir, el cacique reconocido por la autoridad colonial.



Figura 14. Lienzo de Tlaxcala. Fuente: Cantú, 1953.

La morfología de Tepatetipa le permitía ser un punto militarmente estratégico, por tanto poseía las características idóneas para albergar la sede política de un *altepetl*. Un hecho muy significativo es que al encontrarse en la parte montañosa se tenía el acceso a distintos pisos altitudinales, esto ofrecía considerables ventajas en cuanto a la obtención de recursos.

El paisaje que define a este pueblo representa un espacio cultural muy característico de los asentamientos mesoamericanos y por tanto la sede más adecuada para establecerse en concordancia con la cosmovisión mesoamericana.

La ubicación de la cabecera en medio de los cerros seguramente no era del agrado de los españoles llegados a la región. Su preferencia fue estar cerca de los suelos planos y fértiles de la vega, opinión que seguramente fue compartida por los agustinos, quienes iniciaron su penetración en la Sierra Alta en el año de 1536 (Fernández, et al., 2006a: 496).

Con base en la hipótesis de que Tepatetipa era originalmente el lugar más importante de la confederación prehispánica, es muy probable que los españoles desearan levantar en este sitio una unidad conventual para convertirla en sede religiosa de la cabecera. En consecuencia es probable que la primera casa de la orden en terrenos de este *altepetl* se comenzó a construir en Tepatetipa (Escalante, 1994: 75).

Tal vez en un principio se pensó en construir una pequeña unidad conventual, para lo cual se edificó la iglesia y perpendicular a ella una crujía anexa provista de cuatro celdas (Artigas, 1996: 154). No se puede descartar que durante la construcción se haya decidido dejar Tepatetipa como simple pueblo de visita e imponer la cabecera en otro paraje, sobre todo ante la opción de residir sobre una planicie extensa e irrigada por un caudaloso río. Así entonces se dieron a la tarea de buscar un nuevo emplazamiento más cerca de la vega de Metztlán para levantar sus iglesias.

Durante el tiempo que pudo haber durado la construcción de la iglesia de San Agustín, los habitantes de Tepatetipa que contribuyeron con su mano de obra, vivían dispersos dentro de los límites del *altepetl*. Años más tarde cuando la población había disminuido se decidió congregarlos en las proximidades de esta iglesia para lo cual se trazó el pueblo con sus calles principales formando una trama ortogonal (Fernández, et al., 2006a: 497).

Este desfase temporal puede explicar la razón por la cual la puerta de la iglesia no mira hacia el pueblo sino hacia el exterior, tal vez hacia un rumbo de importancia prehispánica. Al haber sido construida sobre el borde de la parte más llana del *altepetl*, tampoco pudo trazarse el pueblo por sus cuatro flancos, sino exclusivamente a sus espaldas. Esto hizo que quedara, no en posición central como en casi todos los pueblos coloniales, sino en un extremo de la aglomeración (Fig. 15).

Es posible que la caída de la jerarquía política de Tepatetipa, junto con el despoblamiento y la posterior congregación, expliquen el abandono paulatino de al menos tres barrios cercanos que le eran sujetos: San Lucas, San Mateo en Metlatiapa y Choncotlan. Las ruinas de la ermita de San Lucas son todavía visibles desde Tepatetipa, las de Choncotlan siguen en pie y de San Mateo en Metlatiapa sólo se distingue el contorno en el piso de lo que fueron sus muros.



Figura 15. Vista de Tepatetipa desde el noroeste. Al frente del pueblo se observa la iglesia de San Agustín. Fotografía: J.L.Cárdenas, 2007.

De esta manera el poder del señorío indígena fue trasladado de Tepatetipa a la actual cabecera de Metztitlán y la actividad política de la nueva cabecera haría entonces que Tepatetipa pasara definitivamente a segundo término. Así, el sitio que hoy ocupa Tepatetipa antiguamente se llamaba Metztitlán y la villa actual es una refundación de la época colonial sobre un antiguo barrio periférico (Fernández, et al., 2006a: 523).

Quizá por eso se conserva la tradición oral de que al señor de Metztitlán, en reconocimiento a su voluntaria sujeción a la corona española y otros servicios prestados, se le concedió la facultad de retirarse con los suyos al cercano poblado de Tepatetipa, donde tuvo casa y vivía con relativa comodidad, conservando su casa en Metztitlán un poco abajo del primitivo convento conocido como “la Comunidad” (Lozano, 2000: 12).

Consideraciones finales.

Hasta aquí hemos visto cómo en la época prehispánica los asentamientos poblacionales estaban ligados al paisaje circundante y cómo la concepciones del espacio que tenían los pueblos originarios era muy distinta a la visión de los europeos recién llegados a estas tierras. Estos al intentar reorganizar sus nuevos dominios borrarón en apariencia las formas autóctonas de organización y concepción del espacio que tenían los antiguos habitantes.

La conquista, el encuentro de dos universos culturales desmembró la estructura coherente de la sociedad prehispánica. No obstante los pueblos de indios refundados por los españoles conservaron en su esencia las características del *altepetl* prehispánico, no sólo en el aspecto político, territorial y de organización comunitaria, si no también como la “montaña llena de agua”.

Después del encuentro de esos dos mundos ajenos se comenzó a tejer un nuevo universo bicultural definido por la producción de paisajes en los que se detectan rasgos procedentes de sus culturas originales, pero también otros totalmente inéditos que comenzaron a crear la nueva identidad mestiza.

En el siguiente capítulo veremos como cinco siglos después en el paisaje de Tepatetipa encontramos elementos que claramente corresponden con la tradición mesoamericana junto con otros que son de origen europeo, pero que cada vez es más definido por una nueva identidad.

Capítulo 2: El paisaje de Tepatetipa en la actualidad

2.1 Lectura del paisaje

El paisaje de Tepatetipa se presenta como un texto a cuya lectura se exponen cotidianamente sus habitantes. En él se pueden leer rasgos impresos tanto por las fuerzas propias de la naturaleza como por las actividades humanas, en donde aparecen elementos, formas y objetos de diferentes épocas plasmadas en el mismo espacio.

En la introducción de este trabajo hemos acordado que el enfoque cultural en geografía estudia frecuentemente el espacio mediante la definición de unidades llamadas paisaje, y que dicha unidad puede definirse como un espacio preciso compuesto de elementos físicos no desintegrados, ya sea de origen natural o cultural cuando un grupo social lo produce, o bien como la representación de un espacio preciso, cuando lo describe o cartografía un investigador (Fernández, 2006b: 235).

También mencionamos como en el lento proceso de adaptación al ambiente local que experimenta un grupo social que se asienta en un determinado lugar ocurre otro proceso simultáneo en el que dicho grupo empieza a transformar ese ambiente; estos dos procesos en realidad son uno mismo: el de la producción de un paisaje en donde se advierten rasgos impresos por los humanos y metáforas de las fuerzas naturales llevadas al terreno de la explicación ontológica del propio grupo (Harvey, 2003; en Fernández, 2006b: 230).

Para que opere este proceso el grupo social que se ha establecido en un lugar tiene que “reconocerse en él”, “orientarse a partir de él”, “marcar su territorio”, “nombrarlo” e “institucionalizarlo” (Claval, 1999: 162-187).

Como resultado de estas cinco acciones a menudo simultáneas e inscritas en plazos largos, el lugar escogido pasa a ser un “país” refiriendo con esto a la tierra entrañable que un pueblo ocupa y a la que está indefectiblemente ligado por tradición e identidad. O bien, pasa a ser, en términos de la geografía cultural, un paisaje, que también ha sido definido como “lo que se ve del país” (Brunet, 1992; en Fernández, 2006b: 232).

Además de las acciones propuestas por Paul Claval (1999) para comprender la manera en que se produce el paisaje, Fernández (2006b) señala algunas de sus características que son centrales y que se deben tomar en cuenta para realizar su lectura:

- El paisaje forma parte de una cosmovisión completa y constituye el centro de un universo imaginado por los habitantes, ya que fue producido intelectual y materialmente por el grupo social que lo habita.

- El paisaje es una entidad de larga duración en donde aparecen rasgos, elementos y objetos de diferentes épocas.
- El paisaje es un espacio modelado tanto por fenómenos de la naturaleza como por la acción humana.
- El paisaje es una unidad física. No obstante que los componentes físicos del paisaje tengan además un significado cultural haciendo del paisaje un rito, una composición de puntos sagrados o un almacén de recursos, entre otras lecturas subjetivas que se puedan hacer de dicha unidad.
- El paisaje posee una escala humana, esto es que sus distancias son recorribles a pie. Además de que sus objetos son visibles a simple vista.

Una vez vistas las acciones con que se produce el paisaje y mencionar algunas de sus características nos enfocaremos en nuestro lugar de estudio. Para la tarea de comprender el paisaje que se nos presenta a la vista y hacer una lectura de este, trataremos de seguir el mismo recorrido intelectual que el grupo social utilizó al producirlo:

Reconocerse en el paisaje.

Como hemos mencionado, nuestra metodología se basa principalmente en el trabajo de campo, de tal manera que el primer paso fue realizar recorridos a pie por todos los lugares a los que fuera posible acceder, lugares recomendados por la gente local y algunos a los que llegamos por nuestro propio interés. Es un hecho que la curiosidad ha sido el motor para recorrer muchos de estos lugares así como para indagar y escuchar con atención los testimonios de los habitantes acerca de sus paisajes.

Los recorridos los realizamos por veredas bien definidas y en algunos casos abriendo nuevas brechas, ya que existen importantes parajes que en la actualidad la gente no frecuenta. En estos casos fue necesario abrir camino teniendo siempre cuidado de los matorrales espinosos, y de los “cascabeles” que hay por estos lugares.

Las caminatas no sólo se limitaron al área de Tepatetipa, sino que tratamos de abarcar la zona NE de Metztitlán, esto con el fin de darnos una mejor idea del lugar en un contexto más amplio, aunque aquí sólo nos referiremos a Tepatetipa por ser nuestro objeto de estudio.

Reconocerse en el paisaje resulta de una relación sensorial con el espacio, más allá del círculo familiar, recorrido a pie y en todas direcciones; en memorizar las imágenes concretas, marcas visuales (a veces olores y ruidos) sobre todo aquellas que permiten saber si estamos en tal o cual lugar (Fernández 2006b: 231). Son la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato los sentidos que captan ese clima y ese relieve

Reconocerse supone una apropiación del espacio a través de los sentidos. Es un asunto enormemente individual, aún si los saberes colectivos y la culturización participan en el (Claval 1999: 166).

Orientarse en el paisaje.

Dentro del área de Tepatetipa orientarse no es una tarea complicada, la vegetación formada por matorrales y arbustos permite divisar cualquier punto en el paisaje, aunado a que existen muchos referentes que ayudan a no perder el rumbo. En todo caso lo que en algún momento resulta complicado es llegar de un lugar a otro. Aunque el objetivo al que se quiera llegar sea visible, el terreno difícil no lo permite, ya que con frecuencia hay que atravesar barrancos y lugares donde la vegetación de matorral xerófilo es muy concentrada.

En las partes altas al norte de Tepatetipa las condiciones de vegetación cambian y el orientarse se vuelve más complicado. Por ejemplo, para llegar al paraje conocido como Metlatiapa e ir rumbo al poblado de La Mesa Grande se puede perder el rumbo y no encontrar la vereda correcta; sin embargo en el punto más alto existe una señal muy visible. Se trata de una pintura rupestre de color blanco con forma de estrella que se encuentra sobre una laja. Esta la mejor señal para orientarse y un buen ejemplo que ilustra como los habitantes del lugar desde épocas pasadas hacían marcas en el paisaje para orientarse, independientemente del simbolismo que la señal pudiera representar para ese lugar.

Respecto a los habitantes de la comunidad, la mayoría sabe orientarse y definir el rumbo y los nombres de los elementos más representativos del paisaje circundante, como los cerros, los parajes y los pueblos con los que se colinda.

Con el propósito de darnos una aproximación a la forma en que se orientan los habitantes de Tepatetipa realizamos un ejercicio en el que pedimos que hicieran un reconocimiento de los pueblos colindantes. En la mayoría de los casos su inicio fue hacia al poniente y con sentido opuesto e las manecillas del reloj, señalando en primer lugar hacia el poblado de Coyometeco seguido de Tlatepexe, luego “arriba” Tolapa, “más arriba” Iztayatla, la Mesa Grande para terminar en Amajatlan (Fig. 16). Lo mismo sucedió al identificar los linderos, que en algunos lugares están señalados con mojoneras.

Para la gente local, el espacio está fundamentalmente estructurado entre la vega de Metztlán y las partes montañosas del este-noreste. Entre los principales referentes espaciales que utilizan los habitantes de Tepatetipa para orientarse al exterior de su entorno inmediato figuran la Vega de Metztlán, la cabecera municipal de Metztlán, el poblado de la Mesa Grande, Los Arcos, Zoquizoquipan y Zacualtipan.

Orientarse consiste en situar los lugares en un espacio de referencia más amplio y abstracto, implica saber hacia donde moverse al interior de ese espacio en el que

nos reconocemos; también implica saber dónde están unos objetos con respecto a otros al interior y al exterior del entorno inmediato (Fernández 2006b: 232).

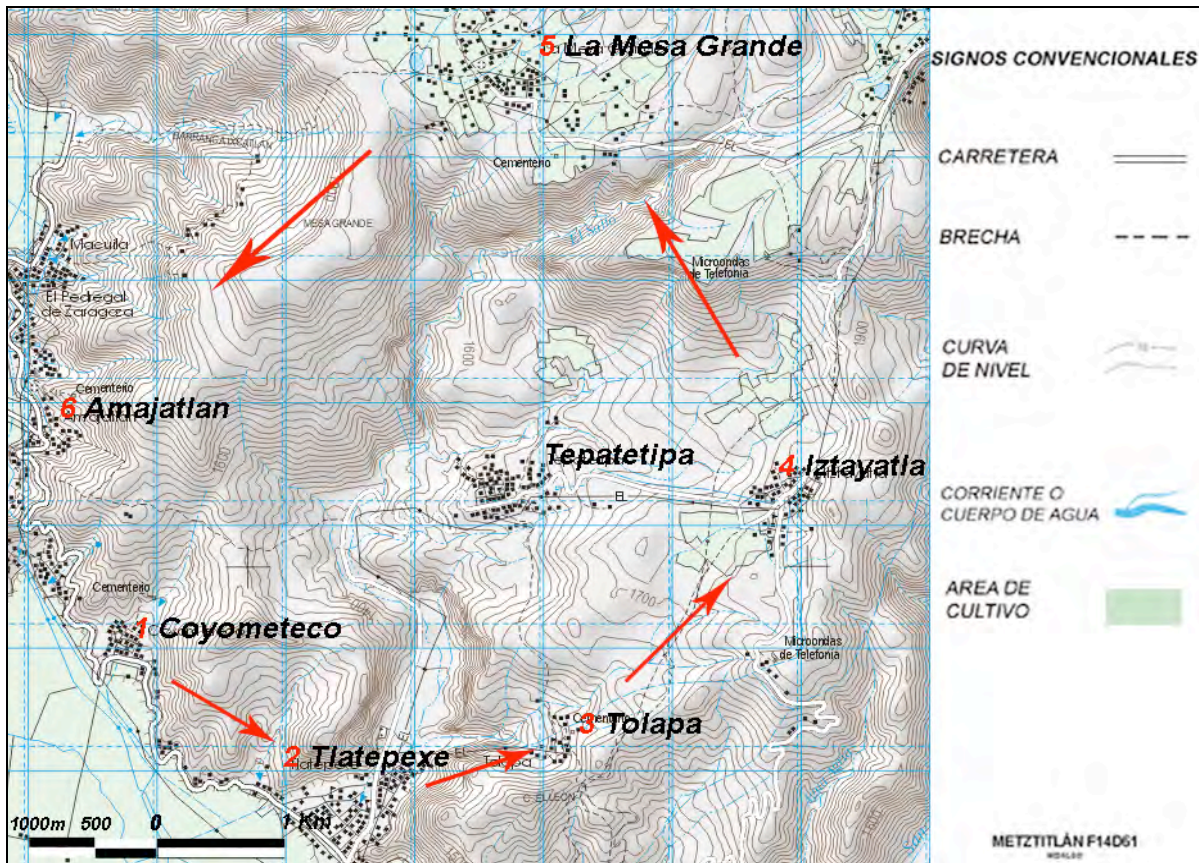


Figura 16. Mapa en el que se muestra los pueblos colindantes con Tepatetipa, así como el sentido y orden en que son reconocidos. Fuente: elaboración propia a partir de la carta topográfica 1:50 000, F14D61, Metztlán, Hidalgo. INEGI, México, 2000.

Para ir hacia un más allá lejano, invisible y más imaginado que conocido, es necesario orientarse. Esto implica procesos mucho más abstractos: saber utilizar el sistema general de estructuración y de marcación del espacio que imaginó el grupo social.

Para muchas civilizaciones las direcciones fundamentales están ligadas a la observación de las estrellas. Así el mundo se ordena en torno a un eje esencial, alrededor del cual las estrellas giran en la noche y que define los cuatro puntos cardinales, los cuales han sido utilizados por la mayoría de las culturas para orientarse (Claval, 1999: 166).

Para algunos pueblos el espacio está fundamentalmente estructurado por un eje fluvial, para otros el eje estructurante está representado por la oposición entre mar y montaña. Entre los aymará de Bolivia, por ejemplo, la montaña constituye el primer dato: urco, son las tierras altas y uma, el agua del lago y de los valles. Este par opuesto se cruza con el de derecha-izquierda para definir el sistema general del espacio (Claval, 1999: 167).

Hay una tendencia a considerar que el este, el oeste, el norte y el sur, determinados por la marcha del sol, constituyen para todos los pueblos los únicos puntos verdaderamente cardinales que permiten la orientación en el espacio geográfico y su recorte. De hecho, algunos le dan preferencia a las grandes líneas del relieve, otros privilegian una dirección particular, y muchos añaden el centro a los cuatro puntos cardinales más comúnmente retenidos. (Condominas, G.1977; en Claval, 1999: 167)

Marcar el paisaje.

Marcar el lugar es una actividad que consiste en imponer sobre el espacio rasgos artificiales que permita hacer más evidente el sistema de orientación. La marcación implica un abanico de direcciones fundamentales y una forma de medir las distancias que permite definir la posición. Para delimitar el territorio del que se ha tomado posesión pueden hacerse mojoneras, señales, cercos o líneas fronterizas (Fernández 2006b: 232).

En el caso de Tepatetipa las marcas para definir los límites y extensión del territorio son visibles en el paisaje. El territorio perteneciente a Tepatetipa, según nuestros informantes, consta de más de 900 hectáreas de “cerril” (sobre el que nos referiremos en este trabajo). Además cuentan con 150 hectáreas de ejido de riego en la vega de Metztlán. Este último se localiza en la parte oriente del cerrito de Tlacotepec, ubicado a unos 11 kilómetros al noroeste de Tepatetipa, muy cerca de la actual orilla del lago de Metztlán.

El primer lindero que define los límites de Tepatetipa se encuentra en el lugar conocido como La Cañada, por donde pasa el camino que sube a Tepatetipa, en un punto de colindancia con el poblado de Tlatepexe. En este lugar hay una mojonera de piedras apiladas medio destruida.

El siguiente lindero está en un lugar conocido como Tzompeztla donde se colinda con el pueblo de Tolapa. Aquí también existe una pequeña mojonera y hay quien identifica este lindero con el nombre de Piedra Borracha, que refiere a una piedra muy grande que se encuentra ladeada. En realidad se trata de dos puntos distintos muy cercanos entre sí; el hecho de que la gente refiera con mayor importancia a la Piedra Borracha posiblemente sea porque es un elemento del paisaje que destaca más que la mojonera.

El lugar conocido como Texoloco es un punto de colindancia con el poblado de Iztayatla, al oriente de Tepatetipa. A decir de las personas en este lindero, que se encuentra sobre una pequeña loma, existía una mojonera. El siguiente punto es conocido como Cupilteno, el cual se ubica en la parte alta de un cerro escarpado y en su definición no se ha podido llegar a un acuerdo con las autoridades del poblado de Iztayatla.

Este último punto que mencionamos también es el inicio de colindancia de

Tepatetipa con el pueblo de la Mesa Grande. Para definir la línea que divide a los dos poblados no existe mayor problema, ya que a decir de nuestros informantes es pura “ceja de cerro”, refiriéndose con esto al escarpe que forma la meseta basáltica. Siguiendo toda esta ceja de cerro, que en algún momento se “brinca” el arroyo de El Salto, se llega hasta un punto de colindancia con Amajatlan conocido como Chiateno. En este lugar, que se encuentra en la parte alta del cerro, baja una “cerca doble” que divide las tierras de Amajatlan con las de Tepatetipa; siguiendo la bajada se llega nuevamente al primer lindero conocido como La Cañada (Fig. 17).

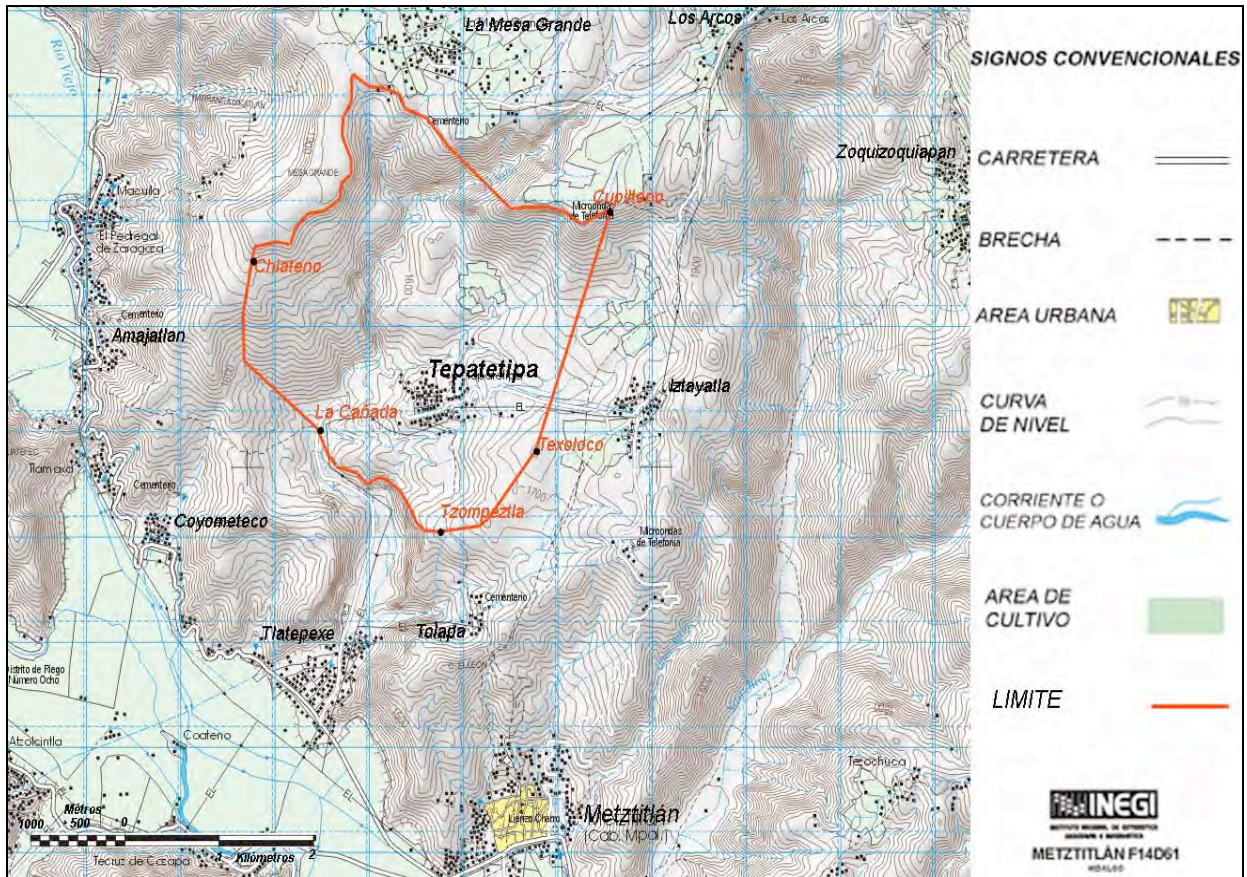


Figura 17. Mapa en el que se muestran los linderos y el límite aproximado del área perteneciente a Tepatetipa. Fuente: elaboración propia con base la carta topográfica 1:50 000, F14D61, Metztlán, Hidalgo. INEGI, México, 2000.

En el reconocimiento de los linderos que definen el territorio de Tepatetipa nos percatamos que gran parte de los lugares referidos por nuestros informantes les ha sido asignado un nombre. La mayoría de estos son en náhuatl, o mexicano como lo conocen los pobladores. Esto nos conduce directamente al siguiente punto tan importante para la nuestra lectura del paisaje: la toponimia.

Nombrar el lugar.

Nombrar el lugar consiste en generar una toponimia que habla en ocasiones de

las propiedades del sitio, de su historia o de las leyendas y asociaciones que la gente tiene con dicho lugar (Fernández 2006b: 232). La toponimia es un rasgo de la cultura y una herencia cultural. El bautismo del espacio y de todos sus puntos notables no se hizo solamente para ayudar a distinguir unos de otros, se trata de una verdadera toma de posesión (simbólica o real) del espacio. Nombrar los lugares es impregnarlos de cultura y poder (Claval 1999: 173).

En el paisaje de Tepatetipa la toponimia nahua es muy rica. Muchos de los elementos del paisaje son nombrados en “mexicano”, y son pocos los que han sido rebautizados en español. Según pudimos constatar, algunos de estos nombres describen las características del lugar. Para Miguel León-Portilla los topónimos nahuas están estructurados morfológicamente como formaciones locativas y tienen con frecuencia un carácter descriptivo, o son ricos en denotaciones culturales (León-Portilla, 1981: 7-58).

Entre los conceptos que con más frecuencia se expresan en los locativos nahuas están los siguientes: descripciones de rasgos geográficos, elementos de la fauna y flora, recordaciones de acontecimientos en el pasado, ideas religiosas y referencias a actividades artísticas o de carácter económico. (León-Portilla, 1983: 22). Un grupo especial de nombres de lugar consigna fechas del calendario indígena, estas fechas evocan el día de la fiesta de una determinada deidad.

Como había sucedido con la penetración de los pueblos nahuas, también la de los españoles trajo muchos cambios en el ámbito de la cultura, incluyendo los nombres geográficos. Aunque la mayoría de los topónimos indígenas, en particular aquellos expresados en náhuatl, habrían de subsistir, en cambio su pronunciación y grafía se vieron alteradas con el paso del tiempo.

En tanto que algunos nombres se vieron alterados, otros muchos perduraron sin cambio, aunque en múltiples casos se vieron enriquecidos o complementados de algún modo por obra del celo religioso de los frailes misioneros (León-Portilla, 1983: 25). A la mayoría de esos topónimos se les antepuso a modo de prefijo el nombre de un santo cristiano (como en este caso San Agustín Tepatetipa). En algunos casos los frailes sagazmente escogieron el santo más adecuado para sustituir con él a la deidad tutelar de una población o barrio determinado (León-Portilla, 1983: 26).

A continuación hacemos la descripción de los lugares que se nos presentan ante la vista. Esto es, de los elementos del paisaje a los cuales se les ha asignado un nombre, y que de alguna manera son los más representativos para los miembros de la comunidad. Para dicho propósito ha sido necesario hacer una división en dos escalas, de la misma forma que hicieron nuestros informantes al nombrarlos.

En una primera escala que podemos llamar general se nombra todo lo incluido en el “cerril” perteneciente a Tepatetipa, y en una segunda escala, digamos local, los que están dentro del pueblo. Para la escala que aquí nombramos general haremos la descripción de los distintos elementos del paisaje siguiendo este orden: los

cerros, los arroyos o cañadas, manantiales, cuevas, parajes y por último algunas formaciones especiales.

Cerros

Los cerros y lomeríos son uno de los elementos que más caracterizan al paisaje de Tepatetipa. En sus laderas podemos observar múltiples terrazas dispersas por toda el área, y lo más probable es que algunas de ellas fueron ocupadas por los antiguos pobladores. Este hecho ha propiciado que los habitantes de la comunidad llamen con el mismo nombre, sin hacer distinción, a los cerros y a algunos de estos parajes que se encuentran en sus laderas. Aquí damos algunos ejemplos:

Cerro de Cotoco. A nuestro parecer es el más representativo para la comunidad. Es el primero que la gente identificó cuando se les pregunto sobre los cerros y sus nombres. Es el único cerro reconocido como tal sin hacer referencia a otro elemento del paisaje (Fig. 18). Su pendiente es muy pronunciada lo que posiblemente no permitió ningún tipo de asentamiento en sus laderas, solamente hasta su base.



Figura 18. El cerro de Cotoco y la oquedad formada naturalmente. Fotografía J.L.Cárdenas, 2008.

Hay varios elementos que hacen muy significativo a este cerro para la comunidad de Tepatetipa. Uno de ellos es la cueva que se encuentra en su ladera Sur, de la cual hablaremos más adelante. Otro es que de él se aprovechan distintos recursos, un ejemplo es la recolección de las ramas de un arbusto que crece en su parte baja, las cuales son utilizadas en la fabricación de escobas para barrer, por tal motivo algunas personas lo nombran como el cerro de las escobas.

Otro aspecto importante es que solamente en este cerro crece la “cucharilla”. Este es un tipo de agavacea con la que se elaboran las “estrellas de cucharilla” o “estrellas de monte”, con las cuales se adornan las cruces el día de la Santa Cruz, el 3 de Mayo (fecha muy importante que tiene relación con el culto a los cerros y al ciclo agrícola). Es por estas mismas fechas cuando se asigna un comité para que suba al cerro a cortarlas. A este cerro también acuden por pezmo y hojas de laurel para hacer ramilletes y adornar las cruces, y como sólo se crece en la parte alta del cerro piden permiso a las autoridades de la Mesa Grande para sustraerlas. Los mismos ramilletes también se utilizan en Semana Santa.

Los demás cerros son identificados por el nombre del paraje más representativo que hay en el. Así por ejemplo se nombra a distintos cerros, como el de Huatepec donde se encuentra un importante paraje conocido con el mismo nombre, el cerro donde está el paraje de Metlatiapa, Tiaco el cerro o loma donde está el lindero de Tzompeztla, el cerro donde está el lindero de Cupilteno, el cerro de las campanas o Tetziline, el cerro de La Mesa, etc. (Fig. 19). Por eso creemos más conveniente mencionarlos como parajes. Aunque podría decirse que para la gente local estos lugares juegan un doble papel, como cerros y como parajes.

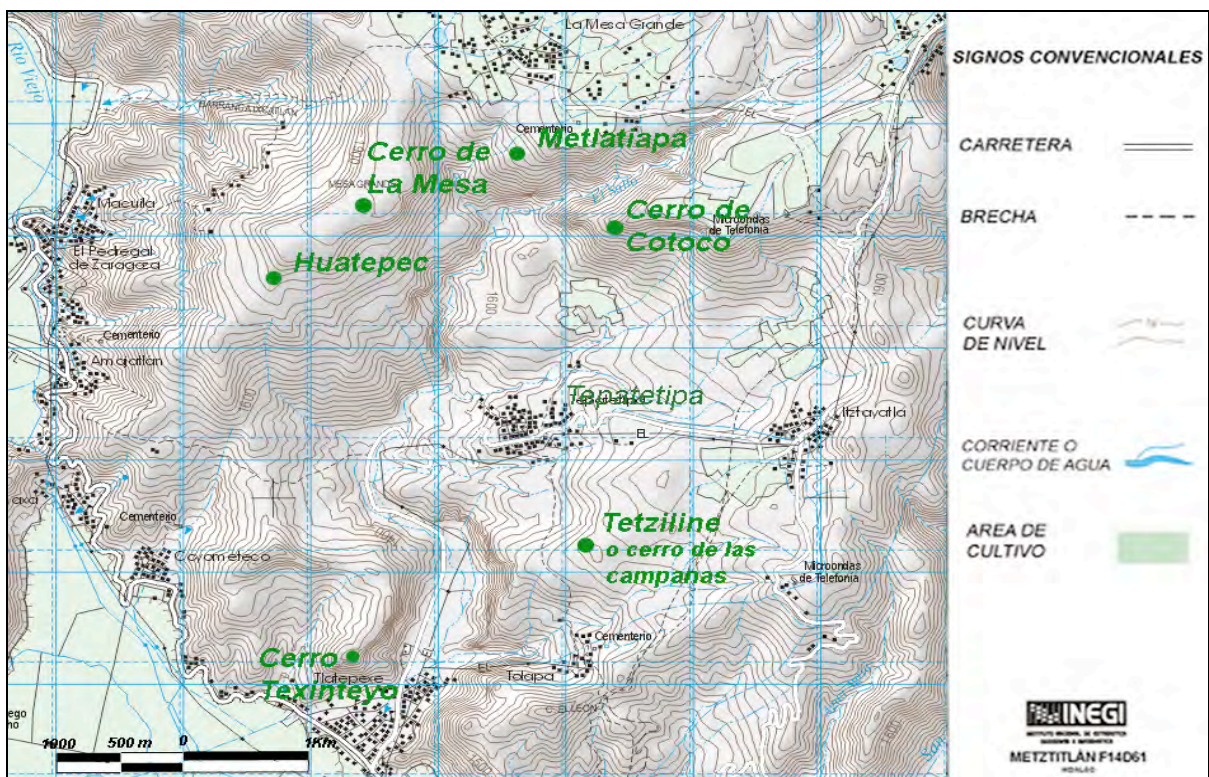


Figura 19. Mapa con el nombre de algunos cerros reconocidos por habitantes de la comunidad de Tepatetipa. Fuente: elaboración con base en la carta topográfica 1:50 000, F14D61, Metztlán, Hidalgo. INEGI, México, 2000.

El cerro Texinteyo, aunque no está dentro del área de Tepatetipa y pertenece al poblado de Tlatepepe, es un referente en el paisaje para los pobladores de Tepatetipa. Es conocida la práctica de rituales en la cueva que se encuentra en

este cerro, este tema lo abordaremos en el siguiente apartado.

El cerro Escorpión es el más alto de la región, su cumbre se localiza a 8 Km. de Tepatetipa y también es muy identificado por las personas de mayor edad. Aunque cuando se les preguntó acerca de este cerro también hacían referencia al cerro Blanco, al manantial que nace de este y el arroyo que forma. El cerro Blanco es el segundo más alto y se encuentra “arriba” del pueblo de Malila.

Arroyos

Arroyo es el término utilizado por los habitantes de la comunidad para referirse también a las profundas cañadas. Recordemos que el tipo de clima favorece el régimen torrencial y aunque la mayor parte del año no corre agua por estos arroyos en época de lluvias pueden tener una gran capacidad de arrastre.

Arroyo Xiximotla. Este es el arroyo más importante en cuanto al tamaño y su capacidad de arrastre en época de lluvias (Fig. 20). Es un eje que divide por la mitad al territorio de Tepatetipa, así como paso obligado para ir a San Lucas y Metlatiapa o cualquier lugar al norte y oeste. Este mismo arroyo dio origen al paraje conocido como Tepenamique que en realidad es un segmento de esta profunda cañada de la que hablaremos más adelante.



Figura 20. Arroyo Xiximotla. Fotografía: J.L.Cárdenas, 2008.

Arroyo Cuamixco. También conocido como El Salto o Salto Venado. Este arroyo es parte de una gran cañada que se origina por el rumbo del pueblo de Los Arcos

y al final se une con el arroyo Xiximotla.

Arroyo Zimatla. Antiguamente era un arroyo donde fluía agua durante todo el año, debido a que en él corrían las aguas de los dos manantiales más importantes para la comunidad: el de Tierra Blanca y el de Zimatla que lleva el mismo nombre que el arroyo (Fig. 21). Las personas acudían a este lugar para acarrear agua, también para lavar su ropa y bañarse. Desde que se entubó el agua del manantial sólo corre agua en época de lluvias.

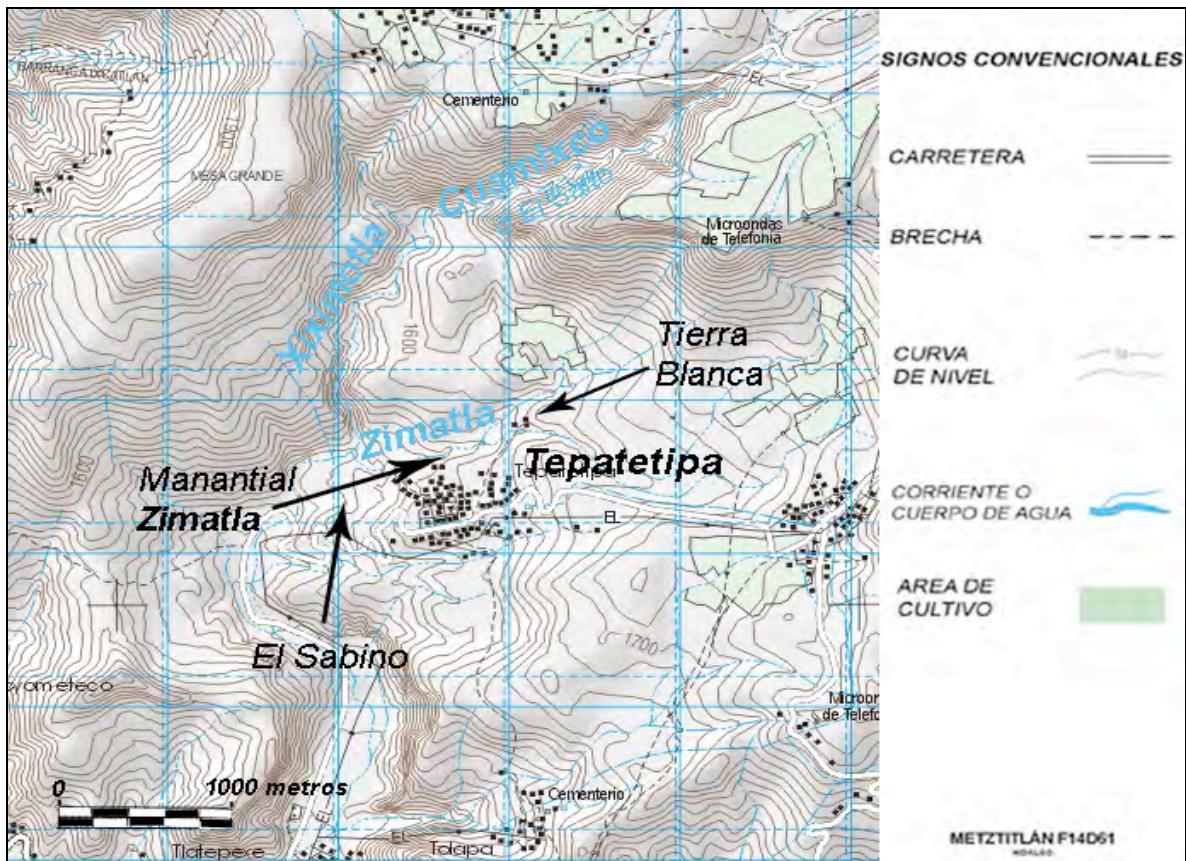


Figura 21. Mapa con los principales arroyos y manantiales de Tepatetipa. Fuente: Fuente: elaboración con base en la carta topográfica 1:50 000, F14D61, Metztitlán, Hidalgo. INEGI, México, 2000.

Manantiales

Manantial Tierra Blanca. Este manantial ha sido el más importante para la comunidad. En el pasado su abundancia era tal que se mandó a construir un acueducto para llevar agua a Metztitlán, a decir de Don Pedro Sebastián, para la construcción de la parroquia de los Santos Reyes en Metztitlán. Todavía se ven partes de este acueducto en Tepatetipa, en Tolapa y en Metztitlán. Recientemente un derrumbe tapó parte del manantial y en la actualidad sólo abastece a veinte casas en Tepatetipa.

Manantial de Zimatla. Se encuentra a un lado del arroyo Zimatla y muy cerca del manantial de Tierra Blanca (Fig. 22). Según las personas, cuando los dos

manantiales tenían agua en abundancia había para escoger, si querían que los frijoles se cocieran más rápido la tomaban de este manantial. En la actualidad es muy poca agua la que hay en este manantial.

Manantial de El Sabino. Este también está cerca de el pueblo, no se ha secado pero es mínima el agua que tiene. Debe su nombre a una “mata” de sabino que antes había.

Manantial de Chochitla. Se encuentra en una parte más baja siguiendo al arroyo Zimatla, el agua también es muy escasa y ahí beben agua los animales que andan por La Cañada.



Figura 22. Manantial Zimatla. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Existen otros manantiales, por ejemplo hay uno en Metlaltiapa del que se intento llevar agua a la comunidad pero las obras se quedaron a la mitad. El mayor abastecimiento de agua para la comunidad lo reciben del manantial de Tocatla, este se encuentra fuera de Tepatetipa y abastece de agua a varias comunidades, entre ellas a Iztayatla y Meztlán.

Cuevas

En Tepatetipa existen dos cuevas de las cuales no encontramos nombre específico que les refiriera. Generalmente son reconocidas por el nombre del lugar donde se encuentra. La primera, que más bien es una oquedad con poca profundidad, está ubicada en una ladera del cerro de Cotoco. Para llegar a ella es

necesario ascender y atravesar por un área densamente cubierta de matorrales. En el fondo de su interior se encuentran dos pequeños nichos, uno de los cuales tiene ahumada la parte superior y a su alrededor una serie de piedras acomodadas (Fig. 23 y 24).



Figura 23. Nicho en el interior de la cueva de el cerro de Cotoco. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.



Figura 24. Vista de Tepatetipa desde la cueva del cerro de Cotoco. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

La otra cueva se encuentra en una ladera del paraje conocido como “cerro encanto” o Tepenamique (Fig. 25, 26 y 27). Para llegar a esta es un poco más complicado, puesto que está al borde de un desfiladero. Su interior es más profundo en comparación con la descrita anteriormente. En su bóveda se ha formado de manera natural una oquedad como chimenea que deja entrar los rayos del sol cuando este se encuentra en el cenit. También se puede observar una parte ahumada en la bóveda.

El cerro de Cotoco y el Tepenamique, donde están ubicadas estas dos oquedades (Fig. 28), han tenido una gran carga simbólica para los habitantes de Tepatetipa. Posiblemente se trate de dos “cueva rituales” donde los curanderos llevaban ofrendas a los *aires*. Esto se puede deducir por la parte ahumada en el fondo de las oquedades, ya que las velas (o ceras) son uno de los principales elementos en las ofrendas a estos entes. Sobre este tema hablaremos en el siguiente apartado.

La cueva del Cerro Texinteyo en Tlatepexco, es mucho más grande y tal vez la de mayor carga simbólica para las comunidades de los alrededores incluyendo Tepatetipa. Según el padre Fr. Andrés Lozano en fechas relativamente recientes eran visitadas las “cuevas” de Texinteyo y la de Yo Hua en la barranca chica, en las que se llevaban ofrendas para impetrar la fecundidad (Lozano, 2000: 7).



Figura 25. En la parte superior izquierda se observa la cueva en el paraje conocido como “cerro encanto” o Tepenamique. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.



Figura 26. Entrada a la cueva ubicada en la ladera del Tepenamique. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.



Figura 27. Vista de Tepatetipa desde la cueva del "cerro encanto". Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

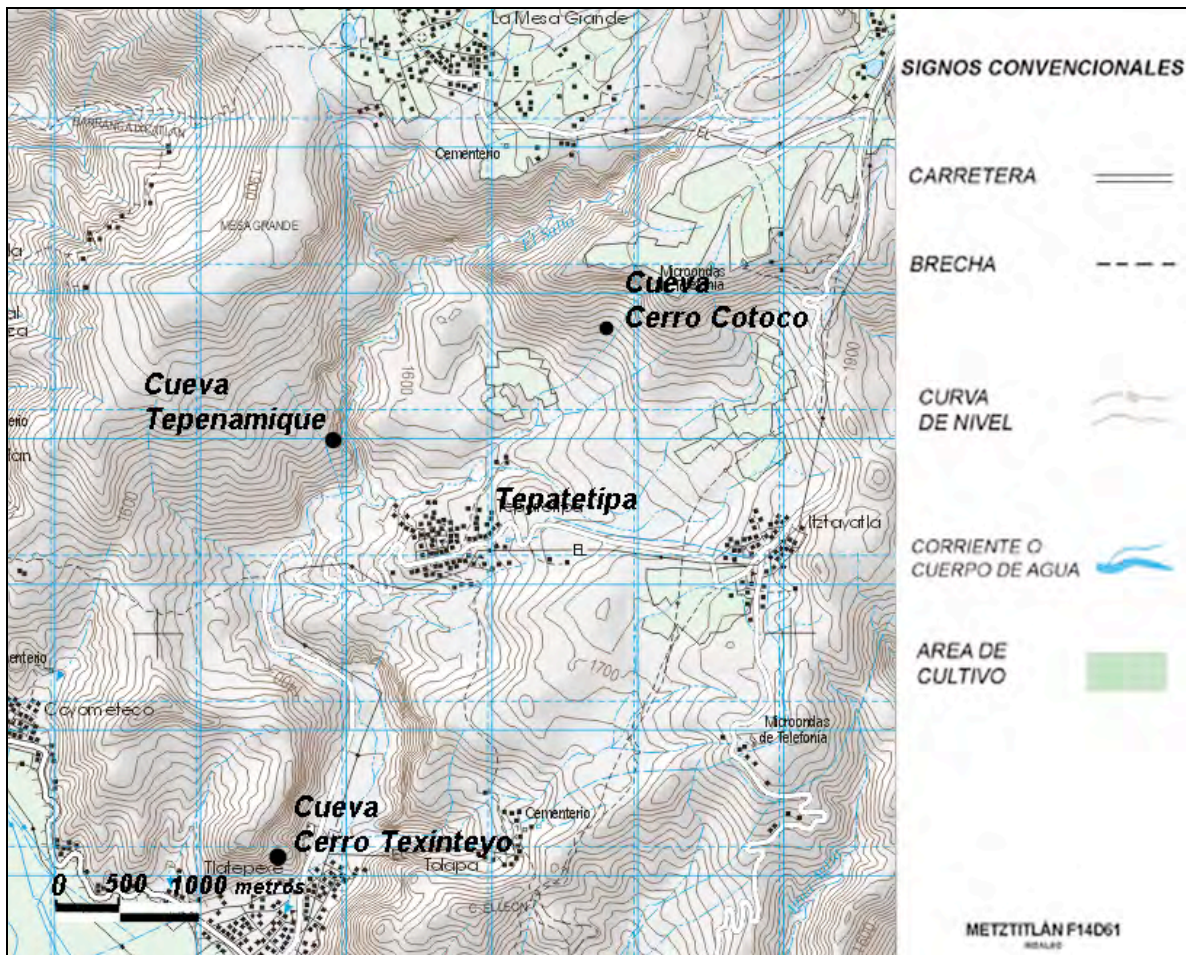


Figura 28. Mapa de la ubicación de las cuevas. Fuente: Fuente: elaboración propia con base en la carta topográfica 1:50 000, F14D61, Metztlán, Hidalgo. INEGI, México, 2000.

Parajes

Un paraje lo podríamos definir como un lugar cuyas características se prestan para hacer un alto en el camino y observar con mayor detenimiento eso que lo hace especial y distinto de los otros elementos del paisaje. Los parajes aquí descritos forman parte del paisaje en el que distintos grupos sociales han participado en su producción a través del tiempo. A estos les fue asignado un nombre en el que posiblemente se describían sus características.

Algunos de los lugares aquí descritos coinciden con terrazas en las que es posible que hubiera asentamientos humanos; esto se infiere por la concentración de tepalcates y restos de obsidiana labrada. Otros corresponden con lugares especialmente dedicados a las labores agrícolas, y unos más donde se encuentran las marcas de los linderos. A continuación haremos su descripción, para lo cual llevaremos el mismo orden en el que nos fueron señalados. En primer lugar todos los de la periferia y después los del interior o centro (Fig. 30).

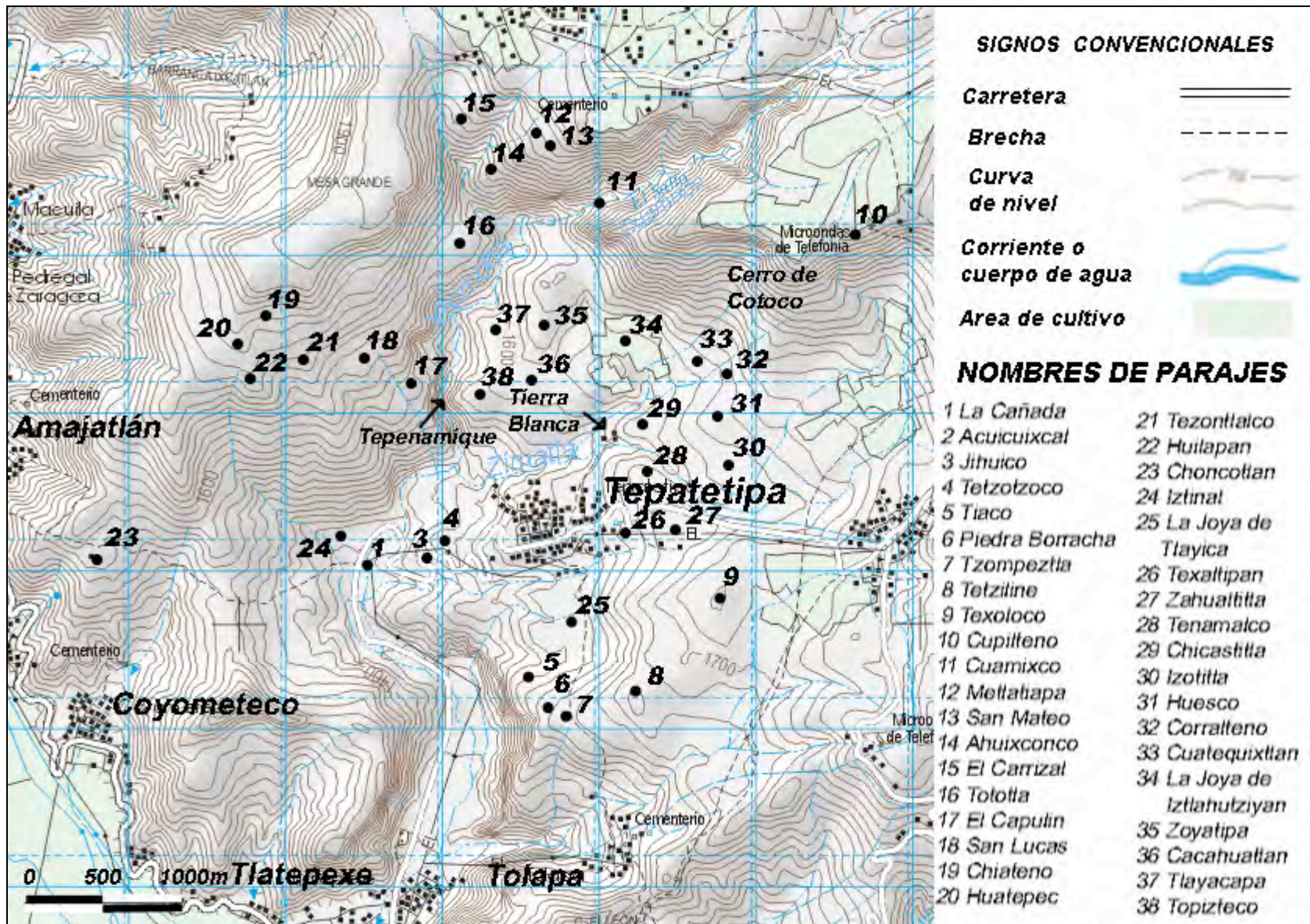


Figura 30. Mapa con los nombres de algunos parajes en Tepatetipa. Fuente: Elaboración propia usando como base el mapa Topográfico 1:50 000, F14D61, Metztlán, Hidalgo. INEGI, 2000.

La Cañada. Los habitantes locales ubican este lugar donde empieza a subir el camino de los automóviles rumbo a Tepatetipa, muy cerca del cruce del camino con el arroyo que viene de Xiximotla y Zimatla. En este lugar también se encuentra el punto de colindancia con la comunidad de Tlatepexe.

Acuicuixcal. Este es señalado como un pequeño lugar dentro de La Cañada.

Jihuico. También este lugar lo señalan dentro de La Cañada. Este paraje lleva el mismo nombre de un pueblo que está dentro de la zona de Metztlán.

Tetzotzoco. Se encuentra en un punto más alto que La Cañada, aquí se paran las personas cuando quieren mirar hacia la cañada.

Tiaco. Es el nombre de la loma donde se localiza el lindero de Tzompeztla.

Piedra Borracha. Con este nombre se apoda a una piedra que está ladeada. Algunas personas identifican a este punto con el lindero que divide Tolapa de Tepatetipa.

Tzompeztla. En este lugar se encuentra una mojonera, ya que es el lindero que divide a Tepatetipa de Tolapa.

Tetziline, también llamado Piedra de Campana; la piedra que suena como campana. Este es un conjunto de rocas de origen volcánico que sobresalen en una loma. Algunas personas lo llaman cerro de las campanas.

Texoloco. En este lugar, que está sobre una pequeña loma, se encuentra el lindero que divide a Tepatetipa de Iztayatla. Aquí el arqueólogo Gianfranco Cassiano realizó algunas excavaciones donde encontró algunas puntas de flecha.

Cupilteno. Es el lugar donde se localiza el segundo lindero con Iztayatla. Está ubicado en lo alto de un cerro, muy cerca de una antena de telefonía. Es en este punto no se ha llegado a un acuerdo en cuanto a su ubicación con las autoridades del vecino pueblo de Iztayatla.

Cuamixco. Esta es una profunda cañada por donde pasa un arroyo que se origina por el rumbo del pueblo de Los Arcos y que después se une con el arroyo de Xiximotla. Es más conocido con el nombre de El Salto o Salto Venado.

Metlatiapa. Es un paraje que se ubica en la ladera un cerro, en una zona nivelada en forma de terraza, muy cerca de la cumbre de La Mesa Grande. En este lugar se encuentran los restos de una ermita conocida como San Mateo. Esta forma de terraza en la ladera de un cerro parece un modelo de asentamientos de los antiguos pobladores y se encuentra presente en toda el área. También algunos de estos lugares coinciden con una gran concertación de

tepalcates y restos de obsidiana.

San Mateo. Es el nombre con el que se conocía a la ermita que se encontraba en Metlatiapa, posiblemente de la misma época que la iglesia de San Agustín. De esta sólo es reconocible el contorno de lo que fueron sus muros, que se levantan unos cuantos centímetros del suelo.

Ahuixconco. Se trata de otra pequeña planicie en forma de terraza que se encuentra en la misma ladera del cerro donde está Metlatiapa, pero un poco más abajo.

El Carrizal. Es un lugar que está en una cañada entre Tototla y Ahuixconco. Este es uno de los lugares bien identificados por la gente de la comunidad.

Tototla. También es una planicie en forma de terraza pero con mayor dimensión que las descritas anteriormente. Se encuentra entre Metlatiapa y San Lucas, y es otro de los lugares muy identificados por los habitantes de Tepatetipa.

El Capulín. Es un paraje también en forma de terraza en el que se puede observar algunos terrenos agrícolas circulados con piedras. Este se encuentra en el mismo cerro donde se encuentra San Lucas, sólo que un poco más abajo.

San Lucas. Con el mismo nombre se conoce al paraje y a la ermita que ahí se encuentra (Fig. 31).



Figura 31. Ermita de San Lucas. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

En las inmediaciones de este paraje se observan terrenos agrícolas ligeramente nivelados, algunos de estos están “circulados” con piedras. También se encuentran muchos restos de tepalcates y obsidiana.

La ermita de San Lucas posiblemente sea del siglo XVI, esto se deduce por las pinturas que todavía se aprecian en su interior, que son semejantes a las que se encuentran en la iglesia de San Agustín y el convento de la Santos Reyes en Metztitlán. La bóveda de esta ermita se colapso y a diferencia de la de Metlatiapa y Choncotlan esta cuenta con un anexo, el cual tiene un pasillo y dos habitaciones.

Chiateno. Este es un punto en el que se colindan con el poblado de Amajatlán, se encuentra en la parte alta pegado al cerro de La Mesa. Para su ubicación se hace referencia a un *jahuey*, que es un lugar donde se junta el agua cuando llueve.

Huatepec o Ahuatepec. Este también es un paraje muy nombrado y reconocido por la gente de la comunidad. Se trata de una gran extensión de terreno con pendiente ligera que está ubicada en la ladera de el cerro, más arriba de San Lucas. Aquí, como aseveran nuestros informantes, la gente tenía cultivos de maguey pulquero y desde Tepatetipa venían los *tlachiqueros* a “raspar”.

Choncotlan. Aunque este lugar queda fuera del área que le pertenece a Tepatetipa creemos conveniente mencionarlo por encontrarse muy cerca de nuestro lugar de estudio. Se trata de otra ermita abandonada, que a diferencia de la de San Lucas ésta todavía conserva su bóveda (Fig. 32).



Figura 32. Ermita de Choncotlan. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Tezontlalco. Este lugar es identificado porque antes había un horno para cal.

Huilapan. Es otro paraje por donde pasa la cerca doble que divide Tepatetipa de Amajatlán.

Iztinal. Es un paraje que se encuentra antes de llegar a La Cañada si viene uno bajando del cerro de Huatepec.

La Joya de Tlayica. Se le nombra joya por ser una parte baja y plana en la que el agua no encuentra salida fácilmente. Estas características lo hacen uno de los lugares más aptos para las actividades agrícolas. Se localiza en la parte sur, a un costado de Tepatetipa (Fig. 33).

Texaltipan. Es un lugar que está a orillas del pueblo, en un “plancito”, como le llaman la gente local a los lugares planos en el cerro. Se encuentra muy cerca del depósito de agua y de un antiguo panteón del cual todavía se observan piedras apiladas que sirven para ubicar las sepulturas.

Zahualtitla. Esta es otra extensión plana con algunos terrenos agrícolas que se encuentra a un lado del camino que va rumbo a Iztayatla. En este lugar los tepalcates abundan.



Figura 33. La joya de Tlayica. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Tenamalco. Es un paraje en la parte alta y plana de una loma, es un lugar con muchos tepalcates y sobre todo fragmentos de obsidiana labrada.

Chicastitla o Chichicastitla. Con las mismas características que Tenamalco, se encuentra arriba del manantial de Tierra Blanca. En el centro de este lugar se puede observar en el suelo un círculo formado con piedras que según nuestros informantes era utilizado para juntar y desgranar el maíz.

Izotitla. Es un lugar también apto para cultivo con pendiente muy suave. Al igual que los lugares antes descritos se observan terrenos agrícolas que están circulados con piedra o ramas para evitar que entren los animales y dañen los cultivos.

Coatequixtlan. También otro lugar para cultivo aunque hay quien refiere con este nombre al arroyo que pasa por Tierra Blanca y confluye con el de Zimatla. Esto posiblemente sea porque el arroyo pasa por este lugar.

Huesco. Al igual que los anteriores, una parte plana apta para cultivo, pero en una parte más alta.

Corralteno. También otro lugar con terrenos agrícolas.

La Joya de Iztlahuetzian. Este es un lugar muy extenso y apto para las labores agrícolas. Por su dimensión es el lugar de cultivo que más destaca en el paisaje.

Zoyatipa. Este es un lugar se encuentra sobre una pequeña loma cercano al arroyo Xiximotla.

Cacahuatla. Es otro lugar con las mismas características de ser una pequeña planicie sobre una loma.

Tlayacapa. También una pequeña planicie con áreas de cultivo que se encuentra muy cerca del arroyo Xiximotla.

Topizteco. En esta lugar se encuentran restos de obsidiana y también se observan terrenos cercados.

Formaciones Especiales

A continuación describimos algunos lugares que por sus características físicas destacan de los demás elementos del paisaje antes descritos. Lugares a los que la gente de la comunidad les ha asignado un valor simbólico especial, ya que algunos mitos y leyendas se han creado en torno a estos.

Tepenamique o Cerro Encanto. Se trata de un segmento de una profunda cañada que sus paredes casi verticales serpentean el terreno. Las partes más altas casi se encuentran, por eso el nombre de Tepenamique que según nuestros informantes significa el encuentro de los cerros (Fig. 34). El nombre actual de Cerro Encanto se debe a la creencia de que en este lugar se encanta

la gente y los animales que pasen por ahí. Además este es uno de los lugares donde se puede “topar” un *aire* malo.



Figura 34. Tepenamique, el encuentro de los cerros. Arriba al fondo la serpiente en Metlatiapa. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Aquí antiguamente como recuerdan algunas personas era el “tiradero de tamales”; se refieren con esto a las ofrendas a los *aires* que constantemente venían a dejar o “tirar” los curanderos. Esta manifestación cultural que relaciona

las creencias con elementos del paisaje se tratará a detalle más adelante, cuando hablemos de los *aires*: creencia que tiene sus orígenes en la cosmovisión mesoamericana y que todavía sigue presente en la región en alguna de sus modalidades.

Los Muñecos. Con este nombre se conoce a una formación rocosa de origen ígneo que da la apariencia de dos personas petrificadas. Para los habitantes locales estos representan a un hombre y una mujer (Fig. 35). Existe la creencia generalizada de que en los cerros se abren encantos en ciertas épocas del año; momento en el cual la gente puede entrar y obtener muchas riquezas contenidas en el. Pero existe el peligro de que si se pasa mucho tiempo adentro se cierre el encanto y la persona puede quedar petrificada o pasar un año ahí adentro y al salir tener la sensación que sólo pasó una hora.



Figura 35. Formación rocosa conocida como Los Muñecos. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Serpiente y Águila. La serpiente, también llamada la “m” por presentar esta forma, es un escarpe de falla que se encuentra en un cerro al norte de Tepatetipa, debajo del paraje conocido como Metlatiapa. En el cerro que está enfrente, cruzando el arroyo de Cuamixco y en la parte más escarpada se dibuja un águila en vuelo. Son dos elementos del paisaje de grandes dimensiones que se ven claramente desde cualquier punto de Tepatetipa y a los que la gente les confiere un valor especial (Fig. 36).

Existe una leyenda sobre la serpiente y el águila que hace algunos años contaban las personas de mayor edad. Sobre esta hace falta indagar más,

puesto que no encontramos una versión que aclare muy bien la relación entre estos dos elementos, pues al parecer se le atribuye mayor importancia a la serpiente. En ella se afirma que aquí había sido el lugar escogido para fundar México. Dicha idea se encuentra muy generalizada por la gente mayor de los pueblos vecinos, y por tal motivo algunas personas le nombran a Tepatetipa como el México Chiquito .



Figura 36. La Serpiente y el Águila formadas en los cerros.

Las serpientes tenían un especial simbolismo para las culturas mesoamericanas. Pensamos que este importante elemento cultural representado en este escarpe de falla de alguna manera influyó para el establecimiento del antiguo altepetl prehispánico, o al menos un barrio o adoratorio sobre el que construyó la ermita de San Mateo en la terraza de Metlatiapa.

Al respecto José de Jesús Montoya Briones (1981) ha realizado investigación etnográfica en la Huasteca serrana hidalguense, zona aledaña a nuestro lugar de estudio; especialmente en poblaciones indígenas de Molango, Tlanchinol, Lolotla, Tepahuacan etc.. En esta destaca un variado sistema de creencias y ritos de carácter agrícola en asociación con fuerzas naturales, como la de la lluvia y el rayo donde las serpientes juegan un importante papel.

La estrella. Se trata de una pintura rupestre de color blanco donde se figura un sol. Esta se encuentra en una laja a un lado del camino que va de Metlatiapa a la Mesa Grande justo antes de encumbrar (Fig. 37).

“..ahí le dicen la estrella, está un círculo y un...así estrella, está pintado

en una piedra desde cuando se formó el mundo yo creo, blanco está pintado, parece que pintada con cal pero es una estrella que está en una laja.. ora si que es eterno..” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal).



Figura 37. Pintura rupestre conocida como La Estrella. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Los nombres dentro de la comunidad

Como hemos mencionado Tepatetipa se encuentra a espaldas de la Iglesia de san Agustín. Sus calles principales, trazadas ortogonalmente, no están divididas por barrios, tampoco tienen un nombre con qué identificarlas ni numeración. De esta manera las casas se reconocen comúnmente por el nombre de la familia o el del propietario. Sin embargo existen algunos nombres que refieren a lugares dentro de la comunidad, los cuales son bien identificados por la gente de edad muy avanzada y totalmente desconocidos por los jóvenes. Estos nombres se refieren en algunos casos a áreas definidas por las condiciones del terreno, a lugares donde se realizaba alguna actividad o donde se encontraba algún elemento que lo caracterizaba.

A continuación presentamos los nombres de estos lugares junto con otros que corresponden a lugares públicos que son de importancia para la comunidad (Fig. 38).

Tepatetipa. Es el nombre con el que se conoce a la comunidad. Para la gente

local Tepatetipa significa sobre piedra. Existe una terraza agrícola un poco abajo del pueblo, rumbo a La Cañada, que es reconocida con el mismo nombre. Según el señor Godofredo Lorenzo antiguamente el nombre sólo hacía referencia a este terreno y después fue asignado como nombre del pueblo.

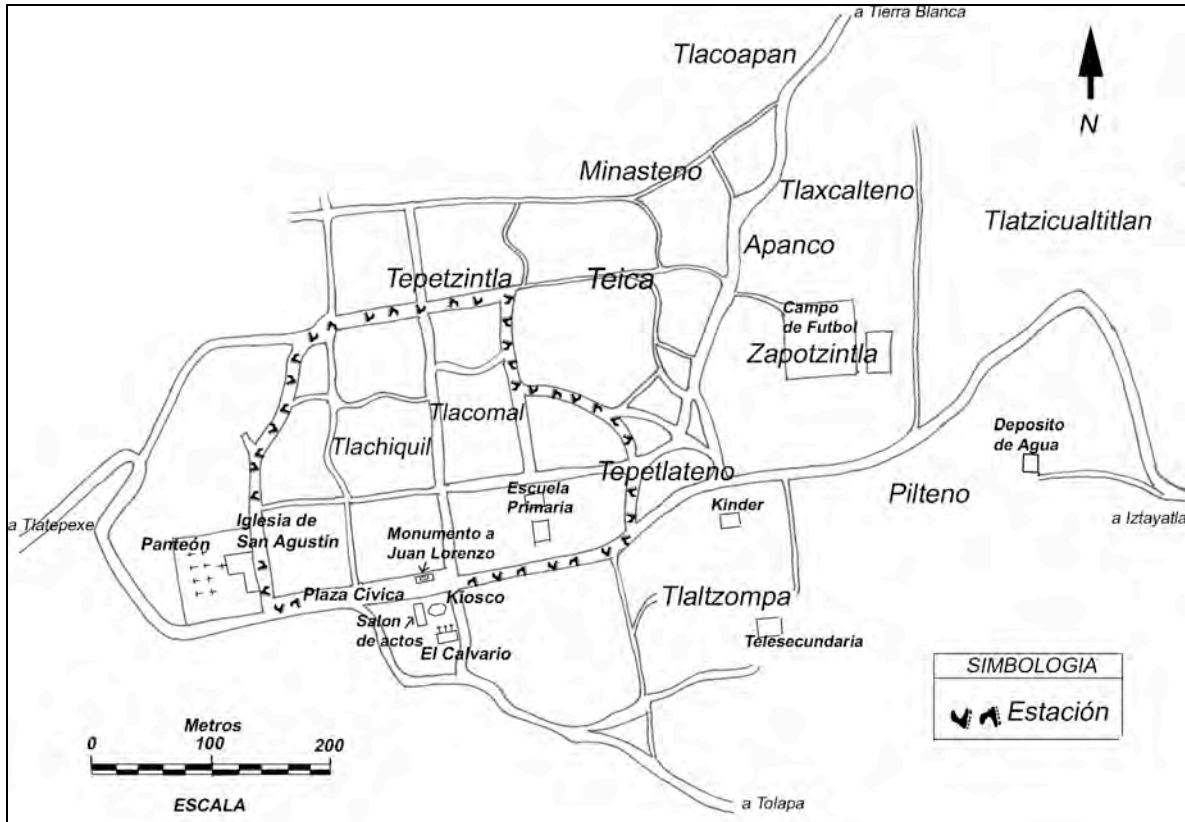


Figura 38. Mapa con algunos nombres dentro de Tepatetipa. Aquí se señala la Estación, que es el lugar que recorren las procesiones que parten de la iglesia. Fuente: J.L. Cárdenas, 2009.

Tlachiquil. Corresponde con el primer cuadro de la traza que se encuentra justo atrás de la iglesia de San Agustín. A decir de Don Pedro Sebastián se llama así porque está en la ladera, si se considera que está en medio entre el punto más alto que para este lugar es El Calvario y el punto más bajo que es Tepetzintla.

Tlacomal. Corresponde con una parte del segundo cuadro de la traza donde vive la familia Lorenzo Rivera, al oriente de Tlachiquil.

Tepetlateno. Es nombrado así por el suelo que es de puro tepetate. Para tener una mejor referencia, este lugar se encuentra donde está una pequeña cruz a la orilla del camino que va a Iztoyatla, conocida como la cruz de olvido.

Tlaltzompá. Este es el lugar donde actualmente se encuentra la Telesecundaria y abarca un área aproximada de una hectárea.

Pilteno. Es el lugar donde está un “paredón” a la orilla del camino que va a Iztayatla. Según se cuenta:

“..ahí vivió un virrey anteriormente, por ahí está un paredón le dicen Pilteno, por ahí paso el agua la trajeron de Tierra Blanca para construir la parroquia de Metztitlán allá los Santos Reyes. Por que fue primero aquí, la construcción fue primero aquí después allá fue, de aquí llevaron lagua, ya tiene muchos años más de cuatrocientos yo creo..más..si por eso se llama ahí Pilteno. Por ahí paso el canal de agua que llevaba para allá, si vivió un virrey antes, bueno me cuentan yo no.. ya tiene muchos años, ahí vivió el virrey que mandaba como representante de esta comunidad o del pueblo, si ahí vivió, vivió ahí después cuando tuvo que terminar..” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal).

Se trata de una pequeña construcción con cuatro muros de piedra y sin techo que actualmente se usa como corral para unos cuantos animales (Fig. 39). Siguiendo el rastro del antiguo acueducto o canaleta que viene del manantial de Tierra Blanca, este debió pasar si no por de bajo, a un lado de esta construcción.



Figura 39. “Paredón” en el lugar conocido como Pilteno. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Zapotzintla. Es el nombre con el que se conocía al lugar donde actualmente se encuentra el campo de fútbol y la cancha de baloncesto. Se llama así porque antiguamente había una “mata” de zapote.

Tlatzicualtitlan. Es un lugar más arriba de las canchas, en una ladera antes de llegar a Tenamalco. Su nombre se debe a que abundaba la flor de ocotillo.

Apanco. Es reconocido por ser el lugar donde vive Don Tranquilino.

Tlaxcalteno. Se encuentra donde están las últimas casas, a un lado de la vereda que va rumbo al manantial de Tierra Blanca. Se llama así porque en este lugar se hacía mucho Zacahuil o tamal de tierra.

Tlacoapan. Es otro terreno que se encuentra después de pasar Tlaxcalteno, siguiendo el mismo camino rumbo a Tierra Blanca,

Minasteno. Es un área grande en la parte noreste del pueblo. Aquí no hay construcciones sólo terrenos agrícolas cercados.

Teica. Se llama así porque hay mucha piedra grande. Es un lugar en la parte central, por ahí dan vuelta y bajan las procesiones.

Tepetzintla. Se llama así porque está en la parte más baja del pueblo. “..Tepetzintla porque está como pie del cerro... ellos viven abajo y con el cerrito arriba.. quiere decir abajo del cerrito..”. Algunas personas dicen que Tepetzintla y Teica son el mismo lugar, tal vez por su cercanía.

El Calvario. Con este nombre se le conoce a una pequeña plataforma con tres cruces de color blanco que está sobre un conjunto de piedras (Fig. 40). Se ubica en la parte más alta del primer cuadro de la traza del pueblo, esto si se toma en cuenta que hay una inclinación de sur a norte, y la parte más baja es el lugar llamado Tepetzintla.

El Calvario se ubica en un área donde se llevan a cabo la mayoría de los actos públicos. Ahí se encuentra la denominada Plaza Cívica, el “monumento” a Juan Lorenzo, el kiosco y el Salón de Actos. En este último se realizan las reuniones de los ejidatarios y las asambleas donde se asignan los cargos públicos. En el Calvario se realizaba una ceremonia el día de la Santa Cruz (3 de mayo), seguida de un gran baile con música y comida. En la actualidad, a decir de nuestros informantes, la celebración no es tan grande como antaño pero se sigue realizando una ceremonia y adornando todas las cruces del pueblo.

En el Calvario se puede ver como se ha mantenido una continuidad de los lugares de culto prehispánico relacionados con el ciclo agrícola y la petición de lluvias. Es de llamar la atención como el cerro, representado por el Calvario, es integrado a la comunidad en un área de lugares públicos donde se le sigue rindiendo culto. Este lugar tiene un gran valor simbólico, ya que en los alrededores no existe algún cerro con una cruz en la cumbre al que se le rinda culto el día de la Santa Cruz, como es común en algunos pueblos circunvecinos.



Figura 40. El Calvario. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Plaza cívica. Como ya se mencionó es el lugar donde se realizan la mayoría de los actos públicos. Corresponde a una parte de terreno plano que va de la iglesia de San Agustín hasta el monumento a Juan Lorenzo y es parte de la vía principal que atraviesa el pueblo, sólo que en esta parte se ensancha un poco.

Salón de actos. Es el lugar donde se realizan las asambleas y las reuniones de los ejidatarios. Está ubicado en el conjunto de lugares públicos.

El Kiosco. Este se encuentra a un lado del salón de actos. Antiguamente se encontraba en la plaza cívica, en medio de lo que ahora es el camino principal para automóviles, ya que este último es relativamente reciente.

Estación. Se conoce como Estación a las calles por donde transita la procesión los días de fiesta. En especial es reconocida con este nombre la que está a espaldas de la iglesia de San Agustín.

La cruz de olvido. Es una pequeña cruz de color blanco que está a la orilla del camino principal que atraviesa el pueblo. Se dice que aquí fue donde murió Juan Lorenzo.

“Monumento” a Juan Lorenzo. Es un busto del personaje más importante para la comunidad y ocupa un lugar muy especial dentro de la Plaza Cívica. Se trata del héroe del pueblo quien marco posiblemente un nuevo inicio en la historia

contemporánea de Tepatetipa. De este se hablara más adelante.

Institucionalizar el lugar.

No hay sociedad sin un lugar que le sirva de soporte. La institución de la sociedad es entonces inseparable de la del espacio (Claval, 1999: 177). Institucionalizar el lugar quiere decir conferirle un significado colectivo, fundarlo a partir de un mito y mediante un ritual, festejarlo mediante la repetición de ese ritual cada año. También significa clasificarlo, confeccionarle una historia o leyenda, dotarlo de una memoria, imponerle un genero y una connotación donde este asentado su orgullo identitario (Fernández, 2006b: 232).

El mito juega un fuerte papel en la institucionalización de lugar. Los mitos están repletos de precisiones topográficas y de nombres de lugares; la toponimia se carga de una dimensión sagrada; se convierte en una escritura secreta, un lenguaje que, estructurando el espacio, crea los nombres de los hombres (de los ancestros, de los héroes civilizadores o totémicos) y en un mismo movimiento los encadena a los lugares. Toda una geografía sagrada se deriva de esto. Por el mito, la tierra se convierte en patria y el paisaje, en una matriz de arraigamientos (Claval, 1999: 178).

La institucionalización no es un acto único. Los ritos evocan el acto fundacional y permiten restablecer las condiciones originales ahí donde la práctica cotidiana los hizo olvidar (Claval, 1999: 179).

A continuación se describen las instituciones que consideramos son las más representativas para la comunidad de Tepatetipa.

Juan Lorenzo

Juan Lorenzo es un héroe civilizador quien marcó un nuevo inicio en la historia contemporánea de Tepatetipa. Su historia y sus hazañas son bien conocidas por la gente de la comunidad y por algunas personas en la región (Fig. 41). Sus actos han sido registrados por el cronista de Metztlán Isaac Piña Pérez en su *Breve Reseña Histórica de Metztlán*, una parte de este se menciona en un pequeño fascículo escrito por el Padre Fr. Andrés Lozano Mejía del cual tomamos el siguiente fragmento:

“En Tlatepexe vivió a principios de siglo un propietario de apellido Hernández, que no sostenía buenas relaciones con los naturales e Tepatetipa, **descendientes de los señores metzcos**, el cual cuando no había pastos en la vega, encaminaba sus rebaños en las milpas que los de Tepatetipa **cultivaban en las laderas de los cerros**, mandando a golpear a quienes le maltrataran a alguno de sus animales. Lo que colmo la paciencia de los naturales, fue que, en una ocasión, en época de inundación de la vega, el terrateniente ocupara las celdas y el corredor de la iglesia del pueblo para albergar al ganado e intentara ocupar el templo como troje. Por la noche los de Tepatetipa bajaron a Tlatepexe y quemaron la casa del propietario. Llamadas las

autoridades llevaron presos a varios vecinos y al que aparecía como líder, Juan Lorenzo, lo enviaron a la prisión de San Juan de Ulúa, de donde al salir se incorporó a la acción armada, trabando conocimiento con un joven militar llamado Lázaro Cárdenas del Río...Terminada la lucha armada, el indígena Juan Lorenzo regresó a Tepatetipa y se dedicó a recobrar para los suyos las tierras comunales, ahora bajo el régimen ejidal, iniciando sus caminatas a pie hasta la capital del país para entrevistarse con el presidente Calles, consiguiendo la resolución de señalar el ejido de Tepatetipa. Como la ejecución de la entrega del ejido se retrasara por años, don Juan Lorenzo continuó sus caminatas a la capital siendo recibido deferentemente por el nuevo mandatario su antiguo conocido don Lázaro Cárdenas. Asegurado el ejido, Juan Lorenzo atendió otros aspectos de utilidad para el pueblo, consiguiendo que la maestra María Escamilla llegara a Tepatetipa a dar clases en una escuelita de paredes de varas enjarradas y techo de palma. Al reanudarse el culto público, Juan Lorenzo, formo parte del comité de vecinos que recibieron la responsabilidad del templo y sus pertenencias. Deseando que los vecinos no fueran engañados, se esforzó porque todos aprendieran y usaran el idioma castellano. Cuando el pueblo celebraba la fiesta patronal de San Agustín, el 28 de agosto de 1942, Juan Lorenzo fue asesinado por varios hombres por motivos nunca aclarados" (Lozano, 2000: 18-22).



Figura 41. Monumento a Juan Lorenzo. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

La historia que cuentan los habitantes del pueblo es muy semejante a la registrada por Isaac Piña. Algunos nombres cambian y se han creado mitos en relación a este personaje y la manera en que obtuvo las tierras para la comunidad. A continuación presentamos unos fragmentos transcritos de la entrevista realizada a Don Pedro Sebastián respecto a este personaje:

“...era un señor que se llamaba Juan Lorenzo, ese es el que recurrió todo y ese señor como lo asesinaron pues por envidia, el fue que dejó luchado todo el cerro y consiguió mucho ejido en la Vega que tenemos ahora, consiguió 172 hectáreas de ejido de riego para nosotros porque antes no había nada no teníamos nada, nomás la gente se

mantenia de hacer petate y de vender por ahí por la sierra, la parte de Zacualtipan y vender lechuguilla, bueno la gente pobre... aquí todo el pueblo de Tepatetipa ignorante, gente que no sabia ni nada, ya todo el pueblo mandaba un señor hacendado de Tlatepexe que se llamaba Tomas Pérez, ese señor Tomas Pérez ya había tomado todo aquí, sembraba maíz como llovía, antes llovía más, cosechaba y ya tenía bodega en nuestra iglesia y ahí almacenaba su maíz y eso no le pareció al señor. Luego otro aquí a lado en Ahuatepec luego de San Lucas pa'riba ese era otro ese uno de Metztlán creo, Gregorio Badillo hacendado también nos quitó.. nosotros ya no teníamos nada y todo eso peleó el señor defendió para nosotros, ¡híjole! se hecho la bronca con ellos y ni modo armo unos cuantos que tenían valor a perseguir aquel que estaba allá.. y el se puso muy inteligente el señor, no sabia nada de letras pero la inteligencia y fue a explicar al gobierno a México, andando se iba, cuando era el gobierno de Lázaro Cárdenas entonces cuando repartió las tierras, el agrarismo, entonces cuando ya fue a luchar y pedía cooperación al pueblo y no le daban, la gente como es ignorante decían que no es cierto lo que estaba haciendo que no iba a lograr nada,...le tardaron una semana a México en el palacio donde se encontraba el gobierno de Lázaro Cárdenas y de tanto insiste e insiste y creo... como la suerte pues de ese señor ahí lo tenemos el monumento a Juan Lorenzo, que encontró, la suerte ya, que encontró oro dicen que por ahí en el cerro se colgó con cables donde está una cuevita en un cerro quien sabe por donde ni... no dijo, eso no dijo y encontró polvo de oro, llevo una jícara, antes se usaba mucha jícara, fue meter la jícara y lo llevo el polvito de oro al presidente Lázaro Cárdenas allá a México, en su palacio lo recibió y entonces ya le dijo si Juan Lorenzo, si juanita te voy a... entonces ya esas tierras era de un hacendado que se llamaba viuda de Quintero acá de Chilaco, si 172 hectáreas lo logró para Tepatetipa que no tienen ni... pobres que se mantienen de petates que lechuguilla que venden.. ¡huu no tienen nada!... el se preocupó por toda la comunidad, gracias a él tenemos ahora nuestras tierras allá y estamos aprovechando gracias a él, y él fue que lucho... fue re bueno para todo el pueblo, buenísimo, por eso recordamos alguna santa misa en su monumento vamos a cooperar, gracias a él tenemos ejido sino cual... cuanta envidia no nos tuvieron los pueblos alrededor, los colindantes, Metztlán, San Cristóbal todos, no lo querían, ese Juan Lorenzo como le hizo ¡vivo! ¡rico Tepatetipa! gracias a Juan Lorenzo, y así nos han dicho por el ejido que tenemos gracias a Juan Lorenzo, ¡rico! no tienen porque por flojos, porque son burros pero ejido tienen, y gracias si cierto, y no sabemos aprovechar, no lo quieren trabajar, lo rentan, pero esas tierras lo dejó luchado, ¡puro oro jijo! puro dinero ahí dos cosechas al año y no quieren y de ahí se mantiene la gente pero la gente es ignorante, se va para México, se va para Estados Unidos, no siembran, no quieren.." (Don Pedro Sebastián, comunicación personal).

La iglesia católica y sus festividades

A lo largo del año son muchas las fiestas que se celebran en Tepatetipa. Una de las principales es la del santo patrono del pueblo, San Agustín, el día 28 de agosto conocida como "la fiesta grande". Para este día se nombra un presidente de festejo que se encarga de formar un comité para las diferentes necesidades como buscar la banda de música, contratar el castillo, recabar fondos para los gastos en toda la comunidad, etc.

Un día antes, el 27, como en la mayoría de las festividades, sale una procesión de la iglesia con un santo con el que se recorre el pueblo. El día 28 se celebra una misa en la iglesia donde el padre junto a los representantes de la comunidad hacen un recorrido por las 4 esquinas del atrio de la iglesia en sentido opuesto a

las manecillas del reloj, haciendo una parada en cada una de estas para dar una bendición.

Una vez terminada la ceremonia se les invita a comer en la iglesia a los peregrinos representantes de las comunidades vecinas. Después de esto las personas se retiran a hacer su propio festejo en sus casas con sus invitados. Una vez caída la noche la gente asiste a la feria a ver el espectáculo del castillo para después asistir al baile que se realiza con música en vivo.

La procesión alrededor del pueblo y la celebración de una misa católica se repite año con año en la mayoría de las festividades que se llevan a cabo en la comunidad, como en semana santa el “seis viernes” y los días previos a esta, el 12 de diciembre dedicado a la virgen de Guadalupe, el 4 de julio de san Isidro Labrador etc.

Hay muchos medios de renovar los lazos por los que se institucionaliza el lugar; se puede, como se hace en el momento de la lenta deambulacion de las *procesiones*, restablecer la sacralidad controlada que caracteriza el espacio de los hombres pasando por los puntos cuya carga simbólica es la más fuerte, o recorriendo el conjunto del lugar a purificar como es la formula de las celebraciones católicas de las pascuas (Claval, 1999: 179).

A lo largo del año también se realizan peregrinaciones los días de los santos patronos de los pueblos vecinos. Los peregrinos se organizan para salir de la iglesia de San Agustín llevando consigo una imagen del santo patrono de Tepatetipa. (Fig. 42).

De todas las celebraciones las que consideramos que posee un fuerte arraigo dentro de la comunidad, tal vez por su relación con el origen campesino y la tradición indígena, es la de el 1 y 2 de noviembre de “Todos Santos” y la de la Santa Cruz el día 3 de mayo. Estas dos fiestas tienen su origen en tradiciones muy antiguas en Mesoamérica. Su simbolismo sigue estando vinculado con la sequía de la estación, el culto a los cerros, la petición de lluvia, la siembra del maíz y la fertilidad agrícola en general.

Como ya hemos dicho, en la sociedad prehispánica a los cerros se les daba culto en su función de proveedoras de agua y lugares que controlaban el temporal; su culto estaba íntimamente vinculado con el ciclo estacional. Se le propiciaba al inicio de la estación de lluvias y su función generadora fue reconocida al termino del ciclo agrícola (Broda, 1997: 67).

Como ejemplo, en el caso mexicana, en tepeilhuitl (correspondiente a finales de octubre), que en náhuatl significa precisamente la fiesta de los cerros, la gente hacía imágenes en miniatura de los principales cerros en agradecimiento a la fertilidad agrícola y en memoria de los muertos (Broda, 1997: 68). Esto demuestra que había un vinculo entre los cerros abundantes de riquezas, el ciclo

agrícola, los muertos y los ancestros.



Figura 42. Peregrinación a La Mesa Grande en el paraje conocido como las escaleras. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

El culto a los cerros y los ritos agrícolas, son aspectos de la vida ceremonial de los pueblos actuales en los que se a creado un cúmulo de creencias y prácticas de origen prehispánico; no se trata de remanentes congelados en el pasado, sino de elementos que se encuentran en un continuo proceso de reelaboración simbólica que hoy en día forman parte orgánica de la religiosidad popular indígena (Broda, 2001: 322).

En el sincretismo que se produce después de la conquista, la tradición religiosa indígena queda relegada a prácticas en el accidentado paisaje alrededor de los pueblos: en la cumbre de los cerros, en rocas y peñascos, en barrancas y cuevas, en los manantiales. Estos elementos del paisaje se convirtieron en lugares de refugio donde se han conservado importantes elementos de identidad colectiva a través del tiempo (Broda, 2001: 322).

El día de la Santa Cruz (3 de mayo), en Tepatetipa se adornan los arcos y todas las cruces que se encuentran en el pueblo con estrellas de cucharilla o estrella de monte y listones de colores. La cucharilla es un tipo de agavacea que unicamente crece en el cerro de Cotoco, con esta se fabrica una especie de flor que tiene la forma de una estrella. También se adornan las cruces con unos ramilletes hechos de pezmo y hojas de laurel. El pezmo es una planta que

también solamente se da en el cerro de Cotoco y es por estas fechas cuando suben a cortarlos.

Las cruces que se adornan son las de El Calvario, la de el atrio de la Iglesia, la cruz de olvido, la cruz que está en el manantial de El Sabino, un árbol con figura de cruz en el arroyo de Zimatla y en el manantial de Tierra Blanca se adornaba un sauce que ya se murió por lo cual ahora se adorna un mezquite cercano al manantial “figurado a una cruz”.

Las celebraciones que se hacían este día las recuerdan con gusto las personas de mayor edad:

“..el calvario si, antes, ya tiene años, hacíamos convivio ahí, bueno la procesión sale como a las siete de la noche del señor que sacábamos el 3 de mayo, ya entrando la procesión ya íbamos con toda la gente, los que gustaban acompañar allá en aquel calvario, llevábamos nuestros candeleros para encender luces y veladoras y ahí iba el rezandero a hacer el rosario, primero antes que todo, ya terminado el rosario hacíamos el convivio, ya están las botellas de aguardiente, tepache pulque bueno toda la bebida, café tamales, bueno hacer convivio entre nosotros nada más y ahí amanecíamos comiendo y tomando, gustando la música de cuerda que tocaba antes, tocar y bailar, ya tomadito ya te animaba a bailar, la gente las señoras con los señores a bailar un rato con gusto y así nuestra costumbre que había antes..” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal).

En la actualidad se siguen adornando los arcos y todas las cruces. También sale una procesión de la iglesia, se adorna el calvario donde se realizan algunos rezos y tocan unos músicos. El convivio y el baile durante toda la noche que se realizaba anteriormente con tanto animo y voluntad ya no se realiza.

El día de muertos (1 y 2 de noviembre), “todos santos” como se le conoce aquí, es un día muy importante para la comunidad. Si uno recorre las calles del pueblo el día primero se podrá dar cuenta que en todas las casas sin excepción hay en el suelo una cruz de pétalos de flor de cempasúchil que siguen un camino hacia el interior de las casas donde está preparado un altar con una ofrenda (Fig. 43). La mayoría de las puertas de las casas permanecen abiertas. La ofrenda consiste de fruta, pan, tamales, atole, etc. También se adornan las sepulturas en el panteón y se da permiso a cualquier persona de ir a tocar las campanas de la iglesia, sobre todo a los niños.

Para este día (1 noviembre) se preparan unos tamales pequeñitos de pura masa y sin carne, envueltos en hojas de la planta del maíz que se llaman “piltamales”. Este mismo día, cuando comienza a anochecer se empieza el preparativo del Zacahuil, conocido también como tamal de tierra o Zacatamal. Este es un tamal gigante que se hornea en la tierra. Está hecho a base de masa de maíz, un tipo de mole con variedades de chiles y carne, envuelto en hojas de plátano.

En el patio de cada una de las casas se abre un hoyo en la tierra donde se

ponen a calentar piedras basálticas, “chinitas”, hasta que estén al rojo vivo. Se acomodan pencas de maguey con las que se envuelve el Zacahuil y se tapa con la tierra. Por lo general se preparan dos tamales y con el calor que guarda se cocina en aproximadamente 12 horas.

Para este día en la noche se ponen unas ceritas o velas sobre un trozo de órgano enfrente de la ofrenda. También en este mismo día casi a media noche se realiza un juego conocido como Tizonazos; este consiste en hacer un encuentro entre dos equipos y realizar una batalla, para esto se pone a arder unos palos secos de “palma ratonera” hasta que salgan las brasas al moverlos y con estas se combate al oponente:

“...hacíamos dos partidos, de la estación para arriba uno y de la estación para abajo otros... con esos palos de palma ratonera hacen lumbre y con ese se van dando ¡y donde le caiga!.. si es la costumbre que tienen aquí, o tenemos, o sea nosotros como viejos ya no pero nuestros hijos nietos lo acostumbran todavía.” (Don Eduardo Rodríguez, comunicación personal)



Figura 43. Cruz y línea de cempasúchil que indica el camino hacia la ofrenda. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

El día 2 antes de medio día se sacan los zacahuiles del horno, uno de ellos se pone en la ofrenda y el otro se come con los miembros de la familia. Es hasta esta hora que a las “animas benditas” se les permite estar aquí con sus familiares para después regresar. En el transcurso de la tarde la gente de la comunidad acostumbra intercambiar los alimentos de las ofrendas.

Organización comunitaria

Institucionalizar el lugar implica también institucionalizar el grupo social, distribuir cargos mediante una jerarquía, establecer funciones, sistematizar un lenguaje, diseñar un icono, componer un canto común, cocinar un platillo con ingredientes locales, etc. (Fernández, 2006b: 232).

De las instituciones reconocidas, una de ellas es la organización comunitaria. Aquí todo se decide en asambleas. Uno de los principales cargos asignados es el de delegado municipal y un suplente; este tiene que conocer y ver por todas las necesidades del pueblo. Esto lo lleva a cabo nombrando comités para cada una de las necesidades, por ejemplo se nombra comité para los asuntos del centro de salud, de la escuela, de obras y materiales, de festejos etc. Los comités también se someten a votación en las asambleas.

Dentro de cada uno de los comités se asignan los cargos de presidente del comité, secretario y tesorero. El delegado cumple la función de coordinar los diferentes comités y de ser el representante de la comunidad ante la presidencia municipal; también de hacer las solicitudes a esta última para las necesidades más apremiantes.

Los habitantes de la comunidad están obligados a dar “faena”, es decir realizar trabajo para la comunidad. Para esto se nombra un comisionado, al cual el juez le da una lista de diez o veinte personas a las que les tiene que dar aviso de que les toca dar faena en tal fecha. Actualmente la mayor parte del trabajo realizado en las faenas es para las obras de abastecimiento de agua en el manantial de Tocatla.

Para los asuntos que tienen que ver con la iglesia se nombran dos fiscales junto con dos señoras y un campanero. Los dos fiscales son los responsables del templo, los que tienen contacto con el padre en Metztitlán y los que conocen todos los rituales en las diferentes festividades. Las dos señoras están al pendiente de la misa, arreglan el altar y se encargan de mantener limpia la iglesia.

Para algunos festejos existen los mayordomos, este es un cargo voluntario aparte del comité de festejos, y los gastos que se realicen en las fiestas corren por cuenta propia. Para el día 27 de agosto al mayordomo le toca pagar la misa y adornar la iglesia; en semana santa las personas que quieran ser mayordomo se anotan para cada día de misa. En navidad los que se comprometen tienen que pagar los gastos de la posada que le corresponda, así como la música y la comida de la gente que se junte cuando a su casa llega la virgen del rosario, el 24 de diciembre.

Arquitectura

Hay un acento muy especial que la gente de la comunidad hace al describir como ha ido evolucionando el pueblo en cuanto a la forma de construir sus viviendas y la manera de vivir en ellas. En la actualidad la mayor parte de las casas está construida con tabique o bloques y techo de colado, pero todavía se ven remanentes de los diferentes tipos de construcciones que se realizaban.

Como recuerda la gente mayor, antiguamente todo el pueblo se veía con casitas hechas de órganos con techo de palma ratonera: “..nomás donde cabía la gente, ahí estaban, en el suelo, en un cuartito..”. Se acostumbraba hacer todo al ras del suelo, no se usaban sillas ni mesas y se dormía en petates. Después comenzaron a construir casas de “embarre” con varitas y tierra y techo de palma, algunos con tablones de madera y techos de cartón. Más adelante las construcciones consistían en muros de piedra a la mitad y la parte alta de bloques de adobe con techos de lámina. Ya en épocas muy recientes y hasta la actualidad se edifican las casas con ladrillos y colado.

El idioma mexicano

Este cambio en la manera de construir sus viviendas fue de la mano con la pérdida de algunas costumbres, como la de hablar el idioma mexicano (nahua). También con la tradición de elaborar petates, que fue por muchos años la única fuente de ingresos, y con la de algunas prácticas rituales realizadas por los curanderos o “brujos”, sobre todo las que tenían que ver con la salud; y en general con el desvanecimiento de la tradición indígena.

Tepatetipa es uno de los pocos pueblos de origen nahua de toda esta zona de Metztitlán que se mantuvo reacio a perder sus costumbres indígenas. Esto posiblemente favorecido por su situación geográfica de aislamiento, ubicado entre los cerros, y por saberse, en cierta forma, herederos de los antiguos señores metzcas, quienes les legaron esta manera de vivir de mayor integración con el paisaje.

En el excelente trabajo geográfico que realizó Sara Cantú sobre Metztitlán en 1953 dejó registro sobre este importante elemento cultural: “Hacia el Norte de la Vega se habla mexicano en los pueblos de *Iztayatlá*, *Tolapa*, *Tepatetipa*, *Amajatlán* y *Tlatepexi*, algo corrompido, con excepción de *Tepatetipa*” (Cantú, 1953: 127). Como se puede ver, los pueblos que acostumbraban este idioma son los que rodean a Tepatetipa y posiblemente era hasta donde se extendían los asentamientos de este altepetl prehispánico, ubicado sobre los cerros.

En la actualidad hay una generación de personas en Tepatetipa que nacieron con el idioma mexicano y la tuvieron como primera lengua. Estas personas tienen edades de aproximadamente 75 años en adelante (Fig. 44). Y otra generación de personas entre 55 y 75 años que no la habla completamente pero la entiende de sus mayores:

“..los más ancianitos que todavía viven, ancianitas, casi lo más mujeres, están

como tres cuando mucho, ya abuelitas que todavía viven, no si, y eso lo acostumbran todavía el mexicano, si, eso no se les olvida, si porque no llegaron a tener escuela... yo si le se hablar en mexicano, no diario pero si me encuentro yo con esas abuelitas a su modo de hablar les contesto, si..." (Don Eduardo Rodríguez, comunicación personal).

"..si hay personas, hay algunas cuantas personas que lo saben, las señoras saben hablarlo como doña Chavela, solamente de repente entre ellos por ahí.. Don Abraham si lo sabe, Don Pedro, doña Ángela Hernández allá abajo si lo saben hablar, Doña Concepción, Doña Margarita, el que le digo que no tendrá vergüenza para hablar eso es Don Antonio Hernández.. allá abajo Doña Severiana.. y hay otras señoras que les da pena que hablen ese idioma y luego más con personas que no conocen se chivean.." (Sr. Pompeyo Monsalvo, comunicación personal).



Figura 44. Doña Concepción de 82 años de edad. Una de las personas que sabe hablar el idioma mexicano. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

El Zacahuil

Una tradición que en la actualidad se conserva fuertemente es la elaboración del Zacahuil o tamal de tierra (Fig. 45). Esta tradición que identifica y da arraigo a la gente con su lugar sigue presente en toda la región, sobre todo en la sierra y la Huasteca. El Zacahuil se elabora para fiestas muy importantes como la del día de "todos los santos". Además este es el elemento principal que se utiliza en las

ofrendas a los *aires* que los curanderos llevan a distintos lugares del paisaje donde viven estos entes. Esta importante práctica, que tiene que ver con el tema de las representaciones simbólicas en el paisaje, es una de las lecturas culturales que haremos del paisaje de Tepatetipa, la cual veremos en el capítulo siguiente.

Consideraciones finales

En la introducción de este trabajo hemos mencionado que mediante la geografía cultural no sólo se estudian los aspectos culturales del espacio sino también el espacio visto a través de los cristales de las diferentes culturas; y que más que un área del conocimiento, es una posición desde la cual el investigador observa su objeto de estudio.



Figura 45 . El Zacahuil antes de introducirlo al horno. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

De la misma manera la geografía cultural exige que el investigador se introduzca hasta los límites de lo posible en la lógica espacial del grupo que estudia, así que nuestro propósito mediante el trabajo en campo ha consistido en vincularnos con la cultura local para aprender a leer su paisaje y al mismo tiempo indagar sobre acuerdos colectivos que se tienen sobre este. Es un hecho que cada individuo de la colectividad tiene una manera particular de percibir sensorialmente su ambiente, sin embargo para la geografía cultural la versión que es válida es aquella que se basa en los acuerdos tácitos o explícitos de toda la colectividad local.

Como dijimos en un principio el paisaje de Tepatetipa se presenta como un texto, y para leerlo desde una óptica cultural tratamos de seguir el mismo recorrido intelectual que el grupo social utilizó al producirlo. De esta manera realizamos recorridos a pie para reconocernos y orientarnos a partir del paisaje, para reconocer las marcas e indagar acerca de los nombres y las instituciones más visibles. Esta indagación nos lleva a descubrir que existen importantes elementos culturales, algunos relacionados con tradiciones muy antiguas.

Debemos destacar que en la lectura del paisaje la toponimia ha sido el elemento que salta a la vista. Un cúmulo de nombres han sido utilizados para bautizar los lugares: las marcas en el terreno que han servido para orientarse y delimitar su territorio, las áreas agrícolas, los antiguos asentamientos, cerros, arroyos, manantiales.. etc., a todos les fue asignado un nombre, la mayoría de estos en nahuatl, lo que nos habla de una valiosa herencia y nos deja ver un paisaje impregnado de cultura.

Para poder analizar la información recabada en lectura de dicha unidad espacial fue necesario separar cada uno de sus elementos, esto con el fin de llevar un orden y que su análisis resultara más sencillo. Aunque podemos decir que para los habitantes locales todos estos elementos juntos forman el paisaje, que redundando podemos llamar cultural. Porque paisaje y cultura son semejantes, ya que son sus lectores las personas que lo perciben, interpretan y simbolizan.

En los apartados siguientes veremos otras formas de lectura que se pueden hacer del paisaje: como un cúmulo de recursos que ofrece la naturaleza y sobre las adecuaciones que se hacen de este con fines agrícolas. La que veremos a continuación es una forma de lectura donde los elementos físicos del paisaje pueden tener una representación simbólica para la colectividad local.

2.2 Las representaciones simbólicas en el paisaje: el caso de los *aires*

Al hablar de los aires nos referimos a un complejo sistema de conceptos mágico-religiosos que se encuentra presente en muchas comunidades campesinas, indígenas y mestizas de México. Este complejo posee características particulares para cada región pero en general se pueden encontrar algunas similitudes entre sí. Su origen tiene que ver con elementos de la cosmovisión mesoamericana, que después de la Conquista se vieron mezclados con un sincretismo de la religión católica y desde entonces experimenta en un continuo proceso de reformulación.

Este elemento cultural, que se encuentra presente en Tepatetipa en alguna de sus modalidades, vincula de una manera muy especial a la comunidad con su entorno. Se trata de las representaciones simbólicas en el paisaje. En el trabajo realizado por Sara Cantú sobre Metztitlán dejó registro de esta manifestación

cultural:

“Existe entre los habitantes de Meztitlán y los demás pueblos del Municipio infinidad de supersticiones respecto al origen de las enfermedades y modos de curarlas. Tienen la costumbre de atribuir al *aire* toda clase de padecimientos, diciendo que ‘toparon airecito’ y para curarse practican lo que ellos llaman ‘hacer una limpia’, valiéndose para tratar de conseguirlo por lo general de un huevo y de un cigarro, que una vez batidos untan en el cuerpo del enfermo. Para evitar que los niños ‘topen aire’ suelen colgarles una rama de pirú.” (Cantú, 1953: 155).

Para tratar de entender este amplio concepto a continuación veremos su origen prehispánico, trataremos sus manifestaciones en la actualidad con algunos datos etnográficos y después abordaremos el tema en Tepatetipa.

2.2.1 Origen de los *aires* en el México Prehispánico

El hombre al tratar de conocer y explicar el mundo que lo rodea, formula principios y creencias, normas y valores en los que se proyecta como individuo y como ser social, dotando de vida antropomorfa a lo que existe en su entorno (Montoya, 1981: 5).

En la personificación y divinización de las fuerzas cósmicas, los dioses y espíritus que los representan a menudo tienen entre sí íntimas relaciones o bien son divinidades contrapuestas. Los elementos naturales y sus divinidades asociadas compiten, luchan y en ocasiones mueren, pero también se relacionan y ayudan mutuamente.

Las características atribuidas a los dioses abarcan elementos de la observación de los procesos naturales como en el caso de los fenómenos atmosféricos que, en conjunto con las condiciones geográficas, en Mesoamérica son particularmente variados. Estos pueden ser de una vehemencia imprevisible y destructora pero también aportan las lluvias benéficas necesarias para la agricultura.

De acuerdo con la genealogía divina que exhiben las religiones de los grupos nahuas del altiplano, los dioses primordiales proceden de la pareja original Ometecuhtli y Omecíhuatl, que residían en el Omeyocan o “lugar de la dualidad”; ellos dieron origen a los cuatro Tezcatlipoca: a Tezcatlipoca Rojo, a Tezcatlipoca Negro o simplemente Tezcatlipoca, patrón de los hechiceros, de la noche y la obscuridad; a Quetzalcóatl o Tezcatlipoca Blanco, y a Hutzilopochtli o Tezcatlipoca Azul (Montoya, 1981: 8).

Este grupo de las 4 divinidades fundamentales fueron a su vez los encargados de crear a los demás dioses y a la humanidad en las sucesivas edades o soles. Así, de estos cuatro dioses primordiales, Quetzalcóatl, una deidad sumamente compleja, comprendía 4 diferentes dioses: a Xiuhtecuhtli, numen del fuego, a

Tláloc, dios de la lluvia, a Tezcatlipoca, y por último Ehécatl-Quetzalcóatl, dios del viento (Montoya, 1981: 9).

Si aceptamos la identificación de Ehécatl-Quetzalcóatl y Tláloc entendemos más fácilmente el complejo de los aires en la actualidad, sobre todo entre los grupos con tradición indígena de México.

Tláloc, el dios mexica de la lluvia y la agricultura era una deidad ambigua que representaba tanto las fuerzas benéficas de la lluvia que engendraban la vida, así como los aspectos negativos de la atmósfera, donde las tormentas, las heladas y las inundaciones constituían una constante amenaza para los cultivos (Broda, 1989: 39).

Dice la tradición que su casa o aposento es de cuatro cuartos, en medio de los cuales hay un gran patio donde se encuentran cuatro grandes ollas de agua. El agua era de dos clases: *la buena*, cuando se producía el buen tiempo y se criaban bien las semillas, y el agua *mala*, cuando llueve demasiado y se echan a perder las semillas, así como cuando hiela y graniza (Montoya, 1981: 9)

Tláloc, para que lo auxiliaran en la producción de la lluvia, creó a muchos “**ministros pequeños de cuerpo**”, los cuales se encuentran en los cuartos de dicha casa, y tienen ollas menores con las que toman agua de las cuatro grandes ollas, y unos palos en la otra mano, de tal modo que cuando Tláloc les manda que vayan a regar la tierra, toman sus ollas y palos, y riegan el agua que se les manda, y cuando truena es cuando truenan las ollas con los palos, y si cae el rayo, el ruido se produce a consecuencia de lo que tienen adentro dichas ollas (Caso, 1962 en Montoya, 1981: 9); (Fg. 46).

Tláloc también era una deidad de la tierra y sobre todo un dios de los cerros, y estaba íntimamente relacionado con el rayo, la tormenta y otros fenómenos atmosféricos, así como con el complejo simbolismo de las serpientes (Broda, 1997: 55).

Como ya hemos mencionamos en párrafos anteriores, para los mexica los cerros eran sagrados y se les concebía como deidades de la lluvia; se les identificaba con los Tlaloque, estos **seres pequeños que vivían en los cerros**, que producían la tormenta y la lluvia y que formaban el grupo de servidores del dios Tláloc (Broda, 1989: 39).

La montaña arquetípica era el Tonacatepetl, “el Cerro de los Mantenimientos” y según varios mitos Aztecas, los dioses de la lluvia (Tlaloque) eran los dueños de los alimentos y del maíz desde tiempos inmemoriales (Broda, 1989: 40). El hombre para obtenerlos tenía que robarlos de los dioses de la lluvia u obtenerlos por medio de un contrato con ellos.

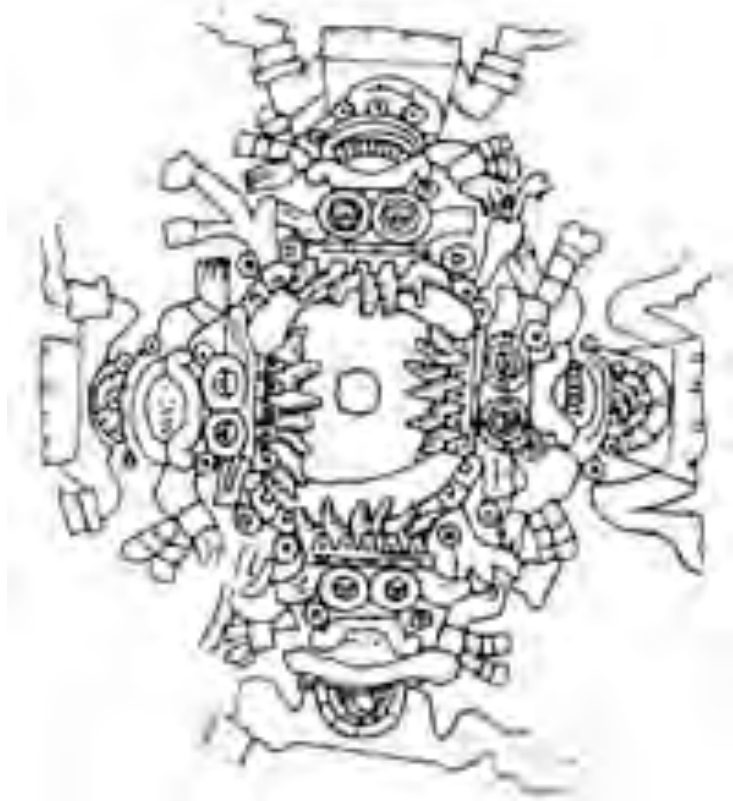


Figura 46. Los cuatro tlaloque. Fuente: López-Austín, 1994.

La relación de Tláloc con los cerros y las cuevas, con el culto agrícola de la fertilidad, a la tierra y la petición de lluvias eran típicamente mexica, sin embargo tenían raíces mucho más antiguas y más amplias en las culturas mesoamericanas (Broda, 1997: 65). Así por ejemplo al Tláloc azteca le correspondía el dios maya Chac, el dios zapoteca Cocij, etcétera.

En la actualidad el complejo de los *aires* tienen una estrecha relación con los Tlaloque y Ehecatontin, estos **pequeños ministros** de Tláloc y Quetzalcóatl (Maldonado, 2001: 399), y como conceptos o entidades se encuentra sumamente generalizada tanto en la población indígena como en la mestiza.

2.1.2 Creencias actuales sobre los *aires*

El concepto de los *aires* en la actualidad es muy complicado ya que tiene variadas significaciones. Puede estar asociado con aspectos aparentemente naturales como los vientos fríos, “aires fríos”, que al entrar al cuerpo pueden enfermar al individuo provocándole dolor de cabeza o fiebres. En otras ocasiones se considera que son emanaciones malsanas asociadas con lo fétido que proceden de cadáveres, personas, animales y otros objetos, produciendo también enfermedad y malestar.

A veces los *aires* presentan un nivel de significación eminentemente sobrenatural o mágico-religioso, del tipo de las fuerzas que se dice manipulan los brujos a fin de provocar muerte y enfermedades; o aquellos personificados y con voluntad propia que a menudo se identifican con duendes y enanos, cuya existencia se ha mencionado tanto entre grupos mayas como nahuas. Entidades capaces de ocasionar muerte, susto, pérdida del alma y otros tipos de malestar.

Existe otro tipo de *aires* que no sólo se relacionan con la suerte y la salud del individuo, sino que tienen un estrecho vínculo con el ciclo agrícola, ya que en muchas comunidades son los que provocan la lluvia, en forma parecida a como lo hacían los ehecatotontin y los tloaque, pequeños ministros de Ehécatl-Quetzalcóatl y Tláloc.

En su clasificación generalmente son concebidos bajo una dualidad: malignos y benignos. Los aires malignos son los dueños de los cerros de las cuevas de los lugares feos e inaccesibles que para transitar en ellos hay que pedirles permiso, de lo contrario pueden provocar enfermedades tales como el “mal aire” que consiste en ataques, boca chueca, tumores e incluso perder la vida.

Los aires benignos son entidades agrarias dadoras del buen temporal; no obstante, el hecho de señalarlos como aires benignos no quiere decir que siempre traigan lluvia “buena”, aunque ese es el objetivo de su definición. Más bien son aires relacionados con el ciclo agrícola que también juegan ante una concepción de dualidad, buena o mala, dependiendo de los factores meteorológicos que traigan en beneficio o perjuicio para los cultivos. Quizá debido a esto se manejan categorías de aires como: aires de lluvia, de rayo, de los manantiales de las tormentas del granizo y de la milpa.

Para cada una de estas clasificaciones existen especialistas que juegan el papel de mediadores entre los habitantes de la comunidad y los aires, ya que los *aires* son entes invisibles y sólo estos pueden verlos y platicar con ellos. Entre estos especialistas se encuentran los brujos, hechiceros, curanderos y los graníceros o tiemperos. Con la denominación de brujos se generaliza a estos especialistas, sin embargo existen diferencias entre cada uno de ellos.

Para ejemplificarlo podemos mencionar a los nahuas de la Sierra Huasteca hidalguense, quienes consideran que los *aires*, que ellos denominan “rayos” o “santos rayos”, pueden atacar y robarle el alma a un individuo, en cuyo caso hay que acudir a un curandero, quien le dará de tomar la yerba llamada “bordón de rayo” que crece en los cerros y peñascos, además que le practica 7 barridas con aquella yerba y con los otros elementos rituales acostumbrados, o sea, un gallo, flores, ceras, aguardiente y tabaco; después de lo cual se va a dejar una ofrenda al cerro y le dirige una oración” (Montoya, 1981: 12).

En algunas ocasiones se expresa el sincretismo con la religión católica, como por ejemplo los nahuas en la Sierra de Puebla señalan que los *aires*

originalmente eran individuos, eran aquellos hombres que persiguieron, maltrataron y dieron muerte a Jesucristo, razón por la cual desde entonces fueron malditos y enviados como castigo a vivir en las cuevas, en las barrancas y en los lugares feos e inaccesibles de los cerros, dedicándose desde entonces a hacer maldades a los humanos.

Aquí creemos necesario ejemplificar claramente la persistencia tradicional de este sistema de creencias que guarda un vínculo muy especial entre la comunidad y el paisaje que lo circunda. Por tal motivo a continuación presentamos un ejemplo del trabajo etnográfico realizado por Montoya (1981) quien ha estudiado este elemento cultural en la Sierra de Hidalgo y la Sierra Norte de Puebla.

Los habitantes de Atla, comunidad indígena situada dentro del municipio de Pahuatlán, en la Sierra de Puebla, afirman que los aires o yeyécatl son entidades que tienen vida, volición y pensamiento propios, al igual que un ser humano; están hechos de una materia fina y sutil que los hace invisibles para los hombres comunes teniendo sólo los brujos o tlamatki el privilegio de verlos, consultarlos y platicar con ellos cuando los invocan en el tlamatkakali –que es la casa del curandero- o bien cuando realizan sus danzas y ceremonias en los cerros y cuevas, que son las residencias oficiales de los aires.

Los aires ocasionan beneficios y maleficios, se alían a los hombres o se vuelven sus enemigos mortales, provocan fenómenos naturales como la lluvia, los truenos y los relámpagos, presiden los cultivos; reciben ofrendas en sus lugares de residencia, en especial los martes y los viernes que son los días malos. Las casas de los aires se denominan caliyeyécatl y se conocen más de treinta de ellas repartidas en la comunidad y sus alrededores, lugares que corresponden a **cerros, cuevas, grutas, oquedades, manantiales y cruces de camino**, cada casa tiene su toponímico respectivo que nombrado reverencialmente corresponde al “señor aire” que la habita.

Los aires poseen diversas cualidades: desde el punto de vista moral y terapéutico pueden ser buenos y malos; en cuanto a su color, asociado a lo anterior, pueden ser blancos y negros; por su sexo hombres o mujeres, y por su edad, jóvenes, maduros y viejos. Los aires buenos siempre son blancos, la mayoría son masculinos, y sólo unas cuantas veces femeninos, jóvenes y ancianos. En cambio, todos los aires malos siempre son negros, masculinos y maduros, o sea que ni las mujeres, ni los jóvenes, ni los ancianos participan en la cualidad de aire malo.

Las ofrendas que se hacen a los aires para mantenerlos contentos y a favor del individuo consisten en alimentos, papel de china de colores para que se vistan, flores, cigarros, aguardiente, monedas y ceras para que los aires se alumbren. Con el aguardiente y las flores los aires hacen sus fiestas en donde se emborrachan, danzan, fuman y en ocasiones discuten y se pelean.

La enfermedad más grave que provoca un aire malo es el ataque y robo del alma de un individuo. En este caso el curandero le practica una limpia y hace una ofrenda que consiste en un gallo negro, vivo, amarrado y apresado en un pequeño huacal; el brujo se encargara de llevar el ave a la cueva del aire malo. El aire negro toma el gallo y deja en libertad al alma del enfermo (Montoya, 1981: 12-16).

Como se puede ver con este ejemplo, los aires pueden ayudar y proteger, pero también atacar y hacer maldades a los humanos. Además de que se alimentan, se visten, se emborrachan y se pelean entre sí, bailan fuman y se divierten. Pero **el elemento más importante para nuestro enfoque cultural en geografía es que los aires residen en “casas” en distintos puntos del paisaje y constituyen el alma de los lugares en que se encuentran**, además que provocan la lluvia, los rayos y truenos,

Este complejo de creencias refleja plenamente las características de la vida diaria de la comunidad, ya que los aires presentan conductas similares a las de los seres humanos. El sistema de valores implícito en este complejo nos hace descubrir en su ambiente local, social y geográfico, un mundo poblado de seres misteriosos y omnipresentes que llenan de vida el paisaje.

2.2.3 Los *aires* en Tepatetipa

Por su tradición indígena Tepatetipa era considerado por los habitantes de la zona como un pueblo de brujos. Aún en la actualidad cuando una persona de la región busca a un curandero lo mandan a Tlaxco o a Tepatetipa. En realidad estos especialistas indígenas dejaron de existir hace ya algunos años en este lugar y con ellos también la mayor parte de las prácticas rituales relacionadas con la salud.

Sin embargo las creencias sobre el origen de algunas enfermedades y la manera de contrarrestarlas siguen muy presente en toda la comunidad, por lo cual existen personas que todavía tienen conocimiento de cómo aliviar utilizando ciertas plantas o practicando una limpia o barrida. A decir de la gente ya no es igual que con los antiguos curanderos.

Algunas de estas enfermedades son las producidas por el “mal aire”. Para la propia población resulta difícil definir el concepto de aire. Con el fin de comprender los *aires* en Tepatetipa y los lugares donde estos se encuentran, haremos un análisis de la manera que eran realizados los rituales por los antiguos curanderos, como todavía las personas adultas lo tienen muy presente.

Uno de los motivos principales por el cual puede una persona encontrarse con un *aire* y enfermarse es por el olor de la comida en el aliento acabando de comer,

como a continuación se describe:

“..es que por ahí encontraba uno cosas, así, en el camino, dicen, por ahí en los cruceros, va al camino, va al aguamiel, o va a la leña o va al agua y ahí encontraba malas cosas y por eso estaba uno enfermo.. es que sale uno por ahí en el camino y luego de repente, deja tomado pulque, va uno con dulce soplando, sacando el aire.. comida, tortilla o va lleno eructando, erutaste por ahí, acababas de comer, encontrabas esa ‘mala ora’ por ahí...” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal)

Otro motivo puede ser por el tipo de sangre que tenga la persona, si es de “sangre dulce” los *aires* se lo agarran, por eso los niños son las principales víctimas.

“...depende de la sangre de uno también, según dicen cuando es sangre dulce pues fácil se lo regoldan y cuando tiene uno la sangre amarga puede dormir bajo de un árbol, donde sea y no le pasa nada..” (Don Eduardo Rodríguez, comunicación personal)

También si el espíritu es débil se es candidato para ser topado por el mal *aire*:

“.. pues si, en cualquier lugar así como hay oras, como dicen hay una mala ora que encuentras en el camino y uno, como dicen, está en la sangre y en el espíritu, lo que tiene la sangre dulce se lo siguen, y ora si que el que es fuerte de espíritu casi no, porque dicen que si hay personas que tienen el espíritu fuerte, le llegara pero cualquier cosa, pero hay unos que si se llegan a morir por no saber preguntar..” (Sr. Faustino Duran, comunicación personal)

Las consecuencias de haber “topado” *aire* se manifiestan de formas variadas en el cuerpo: se hincha la boca, salen granos, dolor de cabeza, calentura, escalofríos o falta de apetito. La primera forma de atenderse es practicarse una barrida de forma casera con huevo, esquites asados y alguna planta como pirú o estafiate y tirarlo a la calle o por donde se anduvo.

Si el malestar persiste se tiene que acudir al curandero, este, como afirman nuestros informantes, hacía una pequeña entrevista donde le preguntaba al enfermo en primer lugar por donde anduvo y que comió y que dejó hecho en su casa, terminaba diciéndole que está muy mal, que le había agarrado un aire y que si quería lo “acomodaba”.

“...pues empiezas como que no quieres comer o estas desguanzado del cuerpo o te viene un dolor de cabeza o no quieres hacer nada, una flojera que te da cualquier cosa.. bueno ¿pues que tienes? pus no se, y que ya no quieres comer y que ¿ya te quieres acostar a la cama? pues si, y pues entonces ¿qué tienes? no se, vamos al medico, y si el medico dice, pues no este hombre no tiene nada, ta’ limpio, entonces de ahí te vas a aquellos médicos, los otros médicos, con del huevito y ahí te dicen que, no tu’stas re mal, tu’stas jodido, ¿a dónde juistes?, ¿qué dejastes hecho en tu casa?, ¿qué comistes? y todo, y ahí te dice no tu’stas.. te vamos a dar una barrida...” (Sr. Faustino Duran, comunicación personal)

personal)

Lo primero que hacía era barrerlo con un huevo, con esquites calientes y algunas plantas, daba un soplido de aguardiente, después exprimía el huevo en un recipiente con agua (vaso o plato), y ahí veía lo que tenía, en que lugar lo había contraído y lo que quería ese mal para soltarlo. Por lo general era un gallo, a veces prieto, tamales, aguardiente, cigarros y una cera.

“..limpiaban con huevo de gallina, limpiaban a todo y luego pedían un plato con agüita y le exprimía ahí y veían que enfermedad tenía uno, el enfermo, a veces si le atinaban, y luego dice tu tienes una enfermedad, has encontrado un aire por ahí en el camino, en el crucero y ahorita lo vamos a quitar, entonces llevaba unos esquites de maíz bien calientitos, los va a poner todo el cuerpo y por acá el huevo que ya lo vio donde es, lo revuelve y pide aguardiente y le da un soplido al aguardiente y entonces ya le limpian al enfermo y todo lo limpian y el mismo lo va a tirar por allá donde sabe, dice donde le encuentra a uno la enfermedad, en algún lugar en el crucero o por ahí lejos en los puntos donde va camino uno... porque cual doctor, cual médicos había, pura limpia, desas limpias con yerbitas, con huevo y con pollo, pollo negro pedía, gallo prieto pa' limpiar..” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal)

Este especialista se encargaba de ir a dejar la ofrenda al cerro o al lugar que ya había visto en el huevo, “ya sabía como iba a decirle para que soltara a su enfermo”. Estos lugares correspondían con cruces de camino, con los arroyos, las cuevas, el Tepenamique y los lugares más feos e inaccesibles de los cerros, por donde no es común el paso de la gente (Fig. 47).

“... de repente alomejor le tienes miedo algún cerro, dicen, que por ejemplo vas a ver un arrollo grande y alomejor ¡a pues este como que me sospechó!, o te llegastes a no tener valor y que por ahí pus... ¡a no!, pues nomás un lugarcito que está por ahí, aquel arroyo que se ve.. ¡un arroyo que está pero..! y el cerro así ya se encuentra.. cerro encanto le dicen.. no pues por ahí en medio de ese cerro dicen que hay mucha majada abajo, que dicen que es la majada del cerro, el estiércol del.. si puede pasar, entra uno de aquí, sale uno hasta por allá, pero sí, para salir necesita uno con valor, se ve que por dentro han hecho lumbre, yo creo pa' comer, pero si, está feo el cerro ese.. si porque por ahí hay muchas cosas, está la tiradera por ahí, que esquites que hasta pollos muertos.. y alomejor los que van no tienen valor !y entonces donde se asustan, al rato!...” (Sr. Faustino Duran, comunicación personal).

Dependiendo la situación del enfermo, el curandero también podía decir que para su alivio necesitaba una limpia de casa o también de todo el terreno. Para la limpia de casa solicitaba la preparación de un zacahuil, el especialista se subía al techo y realizaba una especie de danza y rodaba los tamales hacia abajo, seguido de esto también iba a dejar una ofrenda en algún lugar en el cerro.



Figura 47. Interior del “cerro encanto” o Tepenamique. Fotografía: J.L.Cárdenas, 2008.

Para la limpia de terreno, si así lo requería, el curandero decía “necesito un zacahuil aquí porque la tierra quiere comer”, entonces se tenían que hacer un horno de tamal a medio terreno, una vez preparado, en las cuatro esquinas del terreno se abría un cuadrado, se enterraba la comida y se prendía una velita junto con un ramillete de flores. Para cada esquina quedaba una persona encargada de vigilarla y una vez consumida la velita el curandero los llamaba, ya todos juntos se disponían a comer con tepache y pulque.

“...del terreno son las cuatro esquinas, por ejemplo si yo aquí lo hago, aquí cuatro esquinas, primero empezaba una esquina, las cuatro esquinas, con un tamalito y su vela, antes eran velas de cebo, no cera, y una crucecita adonde ahí, en cada esquina... por ejemplo ahí en una esquina va a poner un tamalito, deja su agua bendita, lleva una velita encender, ya decía que se calma estas enfermedades, hablaba el mismo que iba a poner el curandero, el curandero llamaba, entonces todo alrededor que ya anduvo, ya después los tamales más grandes esos están junto al altar, ya venía a repartir, dice arrímense vamos a repartir, ese es pa' todos, cada quien su plato a comer todos juntos calentito... entonces ya con gozo a comer, y si se componía uno de la enfermedad, no se porque será, antes así era..” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal).

Aparte del “mal *aire*”, los curanderos sabían atender múltiples padecimientos como el mal de ojo, espanto, sacar basura del cuerpo con un carrizo etc. Además eran conocedores de una gran variedad de plantas de uso medicinal que crecen en su entorno.

Estos especialistas indígenas, que cumplían la función de intermediarios entre la comunidad y los *aires*, ya no existen en Tepatetipa, los últimos dos que quedaban ya tiene tiempo que murieron. La desaparición de los curanderos va de la mano con la pérdida de la tradición indígena. “Habrá personas que sabrán quitar un *aire*, pero así como los meros buenos ya no, porque no cualquier persona sabe, sólo ellos sabían, eran escogidos, ya es de su nacimiento, ya traen el trabajo vaya, es como una herencia que ya viene de lo alto..” (Sr. Pompeyo Monsalvo, comunicación personal).

La relación de los aires con el ciclo agrícola, como la petición de lluvias, no está muy presente en Tepatetipa, lo único que se cuenta es que cuando se plantaban las secas y estaban muy castigados de agua lo que se hacía para que viniera el tiempo era sacar un santito de la iglesia y llevarlo en una procesión hasta el manantial, ahí lo iban a bañar para que lloviera.

La práctica para aliviarse por medio de curanderos sigue vigente en Tepatetipa y en varios pueblos de la zona de Metztitlán. En la actualidad la gente va a buscarlos a otros lugares. Aunque la mayoría tiene acceso a servicios médicos modernos, las personas tienen muy claro que para aliviarse hay que andar con los dos. En algunos casos los propios médicos al ver que los medicamentos no surten efecto los mandan con los curanderos a que les practiquen una barrida y que se alivien con plantas.

Los curanderos, estos especialistas indígenas, jugaban (y todavía juegan en muchas otras comunidades del país) un papel de intermediarios o interlocutores en el dialogo entre la sociedad y las fuerzas propias de la naturaleza que se realiza en el paisaje en el que coexisten.

Los lugares donde puede uno enfermarse siguen siendo los mismos lugares en el

paisaje donde habitan los aires, en los lugares feos y poco accesibles de los cerros, los arroyos, los manantiales, las cuevas y los cruces de camino donde todavía la gente va al aguamiel, a la leña, a la milpa o a recolectar algunos de los múltiples recursos que ofrece el cerro.

Capítulo 3: Saberes locales: conocimientos tradicionales sobre el acceso y manejo de la diversidad ecológica y paisajística

3.1 Diversidad cultural, ecológica y paisajística en el área mesoamericana

Los elementos naturales del paisaje de Tepatetipa, caracterizado por un relieve complejo que da origen a variaciones altitudinales y por consecuencia una variedad de microclimas, han contribuido a formar un mosaico de condiciones ambientales y microambientales que promueven una gran variedad de hábitat y formas de vida.

Estas condiciones de gran biodiversidad fueron un elemento importante en la selección de sitio que realizaron los antiguos pobladores en este lugar. Dicha selección fue hecha en base a la observación y la experiencia sobre el lugar, donde desarrollaron una serie de conocimientos sobre el medio que se tradujeron en beneficios prácticos respecto el acceso a los recursos naturales, al manejo del paisaje con fines agrícolas y a la protección contra invasiones.

La enorme diversidad paisajística y la presencia de regiones ecológicas diversificadas son rasgos muy característicos de Mesoamérica. Su accidentado relieve con una compleja topografía, las variaciones altitudinales y demás elementos del medio natural han dado por resultado que en México se reúnan paisajes, culturas y ecosistemas muy diversos.

De acuerdo con la categorización de países megadiversos, México ocupa uno de los primeros cinco lugares con mayor biodiversidad en el mundo, por su alto grado de riqueza y en particular por su alto grado de endemismo (Benítez, 2003). Generalmente esta diversidad se asocia con los ecosistemas tropicales del país, sin embargo de los bosques templados puede decirse que los de pino y encino de México son los más diversos del planeta (Mittermeier y Goettsch 1992).

México no sólo es un país con alta diversidad biológica, sino también cultural. La diversidad biológica se ve acompañada siempre de la existencia de un gran número de etnias o culturas indígenas. Esto no es casual, la variedad de riqueza de los ecosistemas permite y alienta el desarrollo de diversos grupos humanos que se adaptan, descubriendo las mejores formas de apropiación, utilización y manejo de los recursos como garantía de supervivencia y reproducción a largo plazo. De esta forma, se concibe a la naturaleza como productora de una gran variedad de bienes de uso, y se establece con ella relaciones de intercambio desarrollando expresiones culturales que reflejan la complejidad biológica y de los paisajes en la que se sustentan.

En el país existen más de 60 grupos indígenas, muchos de ellos localizados en zonas con alta biodiversidad (Benítez, 2003). Durante siglos han producido diversidad de paisajes, desarrollando culturas que en el pasado prehispánico alcanzaron un elevado nivel de conocimiento y manejo del entorno, bajo

modelos de producción material y reproducción social muy distintos en su lógica a la visión occidental.

Tampoco es casual que México pertenezca al grupo de países reconocidos como centros de origen y domesticación de varias especies como el maíz, jitomate, calabaza, chile, algodón, chocolate, frijol y aguacate entre muchos otros (Challenger, 1998), lo cual indica el uso que los pueblos indígenas le han dado a la biodiversidad desde tiempos precolombinos, puesto que el proceso de domesticación implica una cercana asociación entre el hombre y estas especies.

3.1.1 Metztitlán: Área Natural Protegida

El paisaje del que forma parte Tepatetipa se localiza en un área de alta diversidad biológica. Esta área cuenta con una representatividad biogeográfica de varios ecosistemas terrestres, una biodiversidad con buen grado de conservación y un alto nivel de endemismo, así como la presencia de ecosistemas acuáticos aunado a una gran riqueza cultural (CONANP 2003). Todo esto le dio las características para que la zona conocida como Barranca de Metztitlán fuera decretada como Área Natural Protegida con la categoría de Reserva de La Biosfera en el año 2000 (CONANP 2003).

La diversidad de ecosistemas en el área de reserva se encuentra representada por matorrales xerófilos, bosque tropical caducifolio, matorral submontano, bosque de coníferas, pastizales y vegetación ribereña (CONANP 2003). Para esta área el lago de Metztitlán tiene una gran importancia ecológica. Este cuerpo de agua sirve como regulador el clima local, también representa un refugio para las aves que habitan en la barranca así como para las especies migratorias.

Los ecosistemas presentes en el área de reserva contienen una riqueza de flora y fauna en la que los habitantes de las comunidades encuentran un cúmulo de recursos de utilidad diversa. Dada la gran productividad de los suelos agrícolas en la vega, en realidad el uso de los recursos vegetales en la zona, aunque variado, no es de tal intensidad que comprometa la estructura y función del ecosistema en las laderas de los cerros.

Este fenómeno agrícola ha sido una especie de válvula de escape que alivia la presión sobre la vegetación de las laderas de los cerros, ecológicamente más representativa, pues al ser valiosos los suelos de la vega para la agricultura, el uso de la vegetación de los cerros es menor.

3.1.2 Saberes tradicionales sobre el aprovechamiento y uso de los recursos naturales en Tepatetipa

En Tepatetipa el uso tradicional de los múltiples recursos que ofrece el cerro ha ido variando a través de los años. este cambio esta en íntima relación con la perdida paulatina de la tradición indígena. Aquí hacemos un recuento de los

saberes y usos tradicionales de los recursos naturales presentes en Tepatetipa. Uno de los principales recursos que influyó en gran medida para los primeros asentamientos poblacionales fue el agua. En Tepatetipa se puede ver que los principales asentamientos estaban ligados a este recurso, como se puede observar en Metlatiapa y Tototla o en San Lucas, donde los manantiales eran cercanos.

El manantial de Tierra Blanca, en Tepatetipa, era el mayor abastecedor de este recurso. Tal era su importancia que en la época colonial se construyó un acueducto para abastecer de este recurso a la actual Cabecera municipal. Hasta la fecha este manantial sigue abasteciendo de agua a la comunidad, sin embargo debido a un derrumbe reciente, la cantidad de agua que aporta ha disminuido. El abastecimiento de agua lo reciben de otro manantial fuera de Tepatetipa.

La gente de Tepatetipa sabe de los beneficios que se tiene estando cerca de los montes grandes (en este caso el Escorpión), donde “cae el agua a cada rato”, ya que esto garantiza la recarga de los manantiales y la lluvia para los cultivos de temporal. Además de la variedad de recursos vegetales que aportan sus laderas.

Los usos que se tiene sobre los recursos vegetales son los que más se pueden enumerar. Entre ellos están los que se utilizan para la construcción. Antiguamente todo el pueblo construía sus casas con pencas de maguey y de órganos como paredes, con techos de palma ratonera. Otras construcciones eran hechas de varitas de las ramas de los matorrales y de embarre, este último elaborado con tierra, vegetales secos y agua.

Estos mismos materiales todavía se utilizan en la actualidad para construcciones menores como corrales para los animales, para cercar terrenos o para construir pequeñas chozas junto a los terrenos agrícolas que están fuera de la comunidad.

De los usos alimenticios podemos encontrar el que se le da a las cactáceas. Una de ellas muy apreciada por la gente es el conocido como “chamorro”. Esta es una especie de biznaga y con el se prepara un platillo llamado “texmole”:

“..hay unos que les llaman chamorro, hay por ahí en el cerro y ese va uno a traer, es bueno pa´comer con frijoles, pero frijoles de ese grande, le dicen, bueno, anteriormente le dicen texmole, le echan con salsa y masa y lo hacen bien sabroso y luego le echan unas ramitas de cilantro, queda muy sabroso, dese comíamos mucho antes, esos del cerro nomás lo va uno a traer donde hay..” (Don Pedro Sebastián, comunicación personal).

También se consumen variedades de nopales, tunas, garambullo y xoconostle.

Las plantas silvestres comestibles que se utilizan comúnmente son las

verdolagas, los quelites, el pápalo, romero, venado. Algunas de ellas con propiedades medicinales como la sangre de drago, epazote de zorrillo, ortiga, ruda y pericón. Este último era muy común tomarlo diariamente en la mañana como infusión, práctica que fue sustituida por la toma de café instantáneo.

Las florecencias de algunas agavaceas son utilizadas con fines alimenticios y también son muy apreciadas por la gente, como los bolumbos de maguey y los de cucharilla. Así como también las flores de palma ratonera o palma de monte.

Otro uso que se les da a los recursos vegetales es como combustible, de este se recolectan las ramas secas utilizadas como leña para cocinar. Aunque en la actualidad se cuenta con gas, la gente prefiere cocinar con leña por tradición, sobre todo para echar tortillas. Además es un recurso que siempre está presente y es más económico.

“..del mezquite es muy bueno para la leña, la lumbre pues para la cocina, antes cual gas no había, pura leña de garambullo, de mezquite, de otros palitos, de capulín, de mucha leña que encontraba uno, otro que se llama palo xolote, bueno si todo juntábamos, cortábamos, pues es para la cocina, para el comal, hacer lumbre, ahí coces las tortillas, comida, mezquites para poner frijoles, la carne se coce rápido porque la leña hace mucha brasa y arde bonito..” (Don Tranquilino, comunicación personal).

Con motivos religiosos se utilizan recursos como la cucharilla (un tipo de agavacea) para elaborar estrellas con las que se adornan las cruces y los arcos en las principales festividades, especialmente el día de la santa cruz (3 de mayo). Esta es una especie amenazada debido a la demanda que tiene en la región; por este motivo las autoridades de la Reserva de la Biosfera han sugerido utilizar unas elaboradas de plástico, a lo cual la gente no está dispuesta porque parte del ritual consiste en ir al cerro a cortarlo en cierta época del año.

El pezmo y las hojas de laurel se recolectan y son utilizadas para hacer ramilletes con los que se adornan las cruces y en ceremonias efectuadas en semana santa. También es común que la gente vaya al cerro a recolectar hojas secas que utilizan como abono para sus plantas.

El tener acceso a estos recursos implica una serie de conocimientos. En primer lugar hay que saber los lugares, la temporada y bajo que condiciones se dan, ya que muchos de los lugares son muy específicos. El manejo se realiza sin dañar a la propia planta ni a las demás especies, como en el caso de la recolección de leña para combustible, donde sólo se utilizan las partes secas. Se sabe que al podar las partes secas a la planta le sirve:

“..el mezquite o cualquier arbolito que troza uno vuelve a retoñar, hasta como que le sirve de podar la planta, solamente se seca cuando meten lumbre al tronco o lo arrancan, así ya no, por eso nomás lo trozan para la leña..”(Don Pedro Sebastián)

Los conocimientos que tiene la gente sobre el acceso y manejo de los recursos naturales se complementan con las creencias y formas de concebir a la naturaleza.

La mayoría de los recursos se encuentran en el cerro, en los lugares que no son de los hombres, por esta razón los antiguos curanderos llevaban ofrendas a los aires, para mantenerlos contentos o bien cuando habían sido molestados al entrar en su espacio, ya que estos son los dueños de los cerros y de los recursos que este contiene. Por este motivo se guarda la costumbre de prender un cigarro mientras se recolecta leña o algún otro recurso en el cerro, para evitar ser topado por un aire.

En los habitantes de Tepatetipa se percibe un espíritu de conservación y de respeto hacia la naturaleza y a la tierra donde se cultiva. Al igual que se guarda un especial afecto por el maíz, la milpa y por la lluvia, por eso es común escuchar decir refiriéndose a ellos en diminutivo: agüita buena para la milpa y el maicito.

3.2 Saberes tradicionales y manejo de la diversidad ecogeográfica con fines agrícolas

La agricultura es la actividad con mayor importancia en Tepatetipa. Esta se desarrolla en la modalidad de temporal y se realiza en los cerros y lomeríos, en suelos pobres en comparación con la vega de Metztlán. Se cultiva en parcelas muy reducidas con técnicas tradicionales y fuerza de trabajo familiar.

Las especies que más se cultivan son maíz y frijol asociados al cultivo del maguey pulquero, destinados principalmente para autoconsumo. En esta modalidad es común la asociación de cultivos de maíz-frijol, maíz-calabaza y maíz-haba, buscando con esta práctica satisfacer sus necesidades de alimento y fertilizar los suelos de forma natural.

Con el fin de comprender el porque de la integración de las pequeñas parcelas de cultivo con el entorno ecológico, a continuación hablaremos sobre los conocimientos agrícolas tradicionales en el área mesoamericana. Seguido de esto nos enfocamos en el paisaje agrícola de Tepatetipa.

3.2.1 Los saberes tradicionales de la agricultura en Mesoamérica

Los conocimientos agrícolas tradicionales de las comunidades campesinas indígenas de Mesoamérica son de una diversidad y profundidad que aún no se conocen plenamente. Cada uno de estos conocimientos es distinto para cada localidad y las condiciones geográficas y ambientales amplían y profundizan la complejidad.

Una característica central de los saberes tradicionales de la agricultura en Mesoamérica es la pequeña dimensión de la parcela de cultivo (Ramos, 2003). Eso tiene una razón tecnológica elemental, pues el cultivo de la tierra se hacía desde épocas prehispánicas y hasta hoy en muchas partes del país con herramientas manuales.

La pequeña parcela obliga a realizar un manejo individualizado de las plantas, lo cual estimula la observación cuidadosa, la experimentación y la selección rigurosa. Esto demanda un mayor esfuerzo físico y un intenso trabajo cotidiano (lo que contradice el prejuicio de que los campesinos pobres son perezosos).

También la pequeña parcela contribuye a buscar el mayor provecho posible a todos los productos biológicos potencialmente útiles que se dan en ella, por ejemplo, del maíz, el frijol y la calabaza se obtiene múltiples alimentos (granos secos y maduros, granos tiernos, “verduras” como elotes, ejotes, calabacitas, puntas tiernas de frijol y de calabaza, flores de frijol y calabaza, polen de maíz...), así como otros productos útiles no comestibles (tallos, médula de tallo, elotes como combustible, hojas para preparar alimentos, tocones para combustible etc.).

Las malezas, siempre presentes, se convirtieron en aliados temporales en vez de ser enemigos permanentes, porque en muchos casos se utilizaron como alimento, de mayor valor nutricional que cualquier hortaliza traída del Viejo Mundo, como los quelites. Estas especies no sólo son de alto rendimiento y producción rápida, sino inmunes a plagas y enfermedades. En varias regiones del país con tradición prehispánica de manejo, una gran proporción de las malezas que surgen espontáneamente en los cultivos son aprovechables.

El gran aprovechamiento biológico de la parcela se refleja también en el consumo de plagas y enfermedades de los cultivos, como es el caso del huitlacoche y diversos insectos agradables al paladar y muy alimenticios como los chapulines y los gusanos de maguey, cultivo que siempre ha estado relacionado con la milpa.

Otros conocimientos agrícolas de una gran sutileza se originaron en el manejo de predios pequeños, por ejemplo los efectos atribuidos a los ciclos lunares o solares, de los cuales se ha tenido habitualmente a rechazar y se perciben a menudo como meras supersticiones. Ninguna afirmación culturalmente aceptada sobre cualquier conocimiento empírico debería ser rechazada.

Muchas de las grandes civilizaciones prehispánicas estaban ubicadas en un contexto geográfico y ecológico diversificado, el cual permitía la utilización no intensiva de varios ecosistemas (Ramos, 2003). Por lo general el manejo de los recursos naturales renovables no estaba en manos de individuos específicos o demasiado especializados, lo cual, aunado a la propiedad comunal de esos recursos y a la existencia de reglas no convenidas y respetadas socialmente,

garantizaba el acceso a muchos productos naturales que complementaban (y siguen complementando en algunas regiones) la producción de alimentos en las parcelas agrícolas. (Ramos, 2003)

El agricultor indígena era también un recolector, un pescador y un cazador, lo cual abrió una dimensión enorme a los conocimientos sobre las plantas y los animales útiles. En muchas comunidades indígenas se conocen los nombres, la distribución, los ciclos biológicos, el ámbito ecológico y la utilidad de decenas y hasta cientos de plantas silvestres de sus entornos.

La diversidad como estrategia para la obtención de alimentos se aplicó y se sigue aplicando en el manejo de las parcelas agrícolas. Mucho se sabe pero también mucho se desconoce todavía sobre las clasificaciones tradicionales de los suelos, el empleo de mejoradores orgánicos e inorgánicos de los suelos, el manejo de la pendiente y del relieve del terreno, los muy distintos métodos de riego, el aprovechamiento del agua bajo condiciones de temporal, el manejo del espacio dentro de las parcelas de cultivo y el manejo de las variables atmosféricas. En todos estos casos se trata de conservar el suelo y su fertilidad, e incluso aumentarla, partiendo de recursos y materiales disponibles localmente y a bajo costo.

Los antiguos habitantes de Mesoamérica modificaron el paisaje con fines agrícolas, en algunos casos transformaron pantanos en tierras de cultivo y en otros, ampliamente distribuidos en toda el área, transformaron montañas en campos de cultivo mediante la construcción y mantenimiento de terrazas agrícolas (Ramos, 2003).

Esas enormes obras, que requerían gran esfuerzo físico por las limitaciones de los instrumentos de trabajo, exigieron una fuerte organización colectiva del trabajo, una de cuyas manifestaciones actuales en muchos grupos con tradición indígena es el trabajo comunal no remunerado, conocido como faena o tequio. Tan poderosas herramientas sociales permitieron a los grupos indígenas transformar el paisaje con herramientas físicas muy limitadas.

A nivel parcelario, la diversidad como garantía de estabilidad requiere contar con dos o tres pequeñas parcelas a las que no se les maneja de la misma manera ni en los mismos tiempos y en diferentes lugares dentro del paisaje; en ellas se utilizan distintas variedades de los cultivos básicos e incluso de otras especies agrícolas, adaptadas a condiciones distintas de humedad, fertilidad del suelo y otros factores limitantes para la producción.

El conocimiento preciso del paisaje, así como de las condiciones ambientales dentro de la parcela, determina muchas decisiones sobre el qué, el cuándo y el cómo de las labores agrícolas, desde la preparación del suelo y la siembra hasta la cosecha.

3.2.1 El paisaje agrícola de Tepatetipa

En las múltiples lecturas que se pueden hacer del paisaje de Tepatetipa sobresale una, la que tiene que ver con las adecuaciones del paisaje con fines agrícolas que hicieron los antiguos pobladores y que hasta la fecha sigue vigente. Como se puede ver en San Lucas, en Ahuatepec, en Tototla, en Metlatiapa, Auixconco y en muchas otras partes de el cerril se encuentran terrenos propicios para el cultivo, algunos todavía funcionales, sobre todo las más cercanas a Tepatetipa (Fig. 48):

“..hay buenas tierras, si hay pero está lejos, hay buenas tierras ahí en san Lucas, Ahuatepec, hay muchas tierras pero no hay quien vaya a trabajar hasta allá, van a trabajar por ahí cerca, los que vivían antes si por ahí sembraban, ahí era pueblo san Lucas si había gente..”(Don Pedro Sebastián)



Figura 48. Paraje Iztlahutziyan. Una de los terrenos agrícolas que más destacan en el paisaje de Tepatetipa. Fotografía: J.L.Cárdenas, 2008.

Tepatetipa es un pueblo campesino con una tradición mesoamericana de manejo agrícola donde sembrar en los cerros es una práctica común. Hombres y mujeres han trabajado la tierra por generaciones y durante el cual han transmitido el conocimiento sobre los ciclos y las labores agrícolas en condiciones de temporal, sobre la preparación de los suelos, la siembra y cosecha.

“..todos en el campo, aquí la base principal que tenía el pueblo, o sea que desde que yo era niño, el campo, nosotros tuvimos la suerte de ganarnos un

pedazo de tierra pa'cultivo (en la vega), pero de que servia, se inundaba siempre, entonces aquí la gente se vivió de la manufactura del petate, de ahí sacaban para lo que hacía falta porque el sembrar un terreno siempre requiere de dinero y aquí había lugarcitos de hace muchos años (terrenos agrícolas), que ahorita si se está deteriorando porque hay mucha gente que se va y eso de los cultivos la verdad ya no deja..."(Don Tranquilino. comunicación personal).

El fenómeno de la vega como foco de atención de las labores agrícolas ha tenido repercusiones en la comunidad durante los últimos años. Una parte de la población de Tepatetipa se ha ido a vivir a Tlacotepec en el área más extensa de la vega donde se encuentran las tierras del ejido pertenecientes a Tepatetipa (Figura 49). En este lugar por ser de riego y dada la fertilidad de los suelos se logran dos cosechas al año.



Figura 49. Vista de el lago y la vega de Metztlán desde Tlacotepec. En la parte inferior derecha se observa parte del ejido pertenecientes a Tepatetipa. Fotografía: J.L. Cárdenas, 2008.

Pero existe un problema, por ser un área ganada al lago tiende a inundarse con frecuencia, esto hace que la gente no deje por completo la opción de sembrar en los cerros y de seguir viviendo en Tepatetipa. Esto lo hacen no sólo por el ánimo de la productividad agrícola; la gente sabe de los beneficios de vivir y cultivar entre los cerros, de los múltiples recursos que recibe de este, de las costumbres y de la manera de vivir en un pueblo con tradiciones muy arraigadas.

Por tradición y costumbre la gente sigue sembrando en el temporal, en las tierras que les han sido heredadas:

“..si se siembra todavía, yo por ejemplo tengo por acá deste lado donde se llama la Joya, tengo una milpita ya grande, está muy bonita, como llovió ayer orita ya revivió, sembramos en los huertos, el que quiere sembrar, también de aquí pa'bajo tengo una huerta, está la milpa, se siembra frijol, calabacitas y si, sembramos cada año, sembramos en julio, orita ya julio se va a terminar...”

La manera de hacerlo es de la siguiente forma, en primer lugar limpian su terreno y lo “circulan” para evitar que los animales dañen los cultivos, en los terrenos muy pequeños se trabaja con herramientas manuales pero la mayoría de las veces con arado tirado por algún animal.

“..si se limpian los terrenos donde está bueno el lugar, circular para que no perjudiquen los animales cuando está la siembrita y saca uno algo, se trabaja con yunta, con arado, si con yunta de bestias, de ahí siembran con la misma con la yunta, tierras parejas que no haya muchas piedra, se siembra con la yunta, con tubo, tubazo, si, se siembra así...”

Se siembra maíz criollo, frijol y calabaza, muchas veces en asociación y se cuenta con dos o tres parcelas en diferentes lugares.

“...en el cerro por ahí los que tienen cachitos donde está circulado siembran y si se logra maicito, poquito, chiquito, cuando ayuda mucho el tiempo si se cosecha bien, cuando no la pastura sirve para los animalitos, de todos modos se hace la lucha, frijolito también un poquito, también sale ahí de temporal, calabacita..bueno la lucha..”

En fechas recientes se ha incrementado el uso de abonos y fumigantes químicos en los terrenos agrícolas de temporal, aunque en algunos casos dada la poca producción y lo incosteable que esto resulta se prefieren utilizar los métodos tradicionales.

“...aquí lo que hacemos en el temporal es sembrar, cosechar , levantar la pastura y dejar el terreno hasta que llueva para darle otro barbeche, y si lo agarramos con algo de basurita pues eso ya es abonito le sirve...”(Don Tranquilino).

La gente sabe de las consecuencias de hacerse dependientes de los agroquímicos, de lo incosteable que resulta, de las repercusiones en la salud y el ambiente.

“..las alimentan con puros fertilizantes y estamos comiendo químicos.. ora si como dicen unos que ya no, no es igual que como ellos comían (los mayores) maicito, frijol, todo lo que comían... ya ve usted que el frijol ya no es, por el fertilizante que le ponen y yo por ejemplo aquí en el temporal el año pasado sembré y no le eche nada de químicos, entonces salio un maicito pero bonito y el frijolito igual... “(Sr. Faustino Duran).

Otros conocimientos sobre el paisaje en relación a la producción agrícola se han

desarrollado en este lugar, como por ejemplo la relación entre el ciclo lunar y las diferentes etapas de desarrollo de las plantas; todavía algunas personas se guían por esta y saben con exactitud que momento es el mejor para sembrar. También sobre la relación entre los lugares dedicados al cultivo y las variedades de maíz criollo, ya que puede haber un lugar específico para cada variedad de semilla o planta.

Hay mucho que indagar sobre estos conocimientos, no sólo en Tepatetipa sino también en las poblaciones aledañas que comparten la tradición indígena y que todavía acostumbran sembrar de temporal en los cerros y recolectar sus recursos, como es el caso de Iztayatla, población que compartía el área de este antiguo *altepetl* donde los conocimientos agrícolas tradicionales siguen muy presentes.

Conclusión

El paisaje de Tepatetipa constituye un universo en si mismo. Cada elemento del paisaje constituye una letra que, articulada con las demás, nos ofrece una lectura cual libro abierto en la que podemos encontrar todas las aristas posibles de la cosmovisión. El paisaje como algo local es explorado como una expresión de lo universal, del cosmos, lo que nos habla del razonamiento en el que el mundo entero no puede ser muy diferente que el paisaje habitado.

Al inicio de nuestra investigación partimos de la idea de que en las comunidades indígenas campesinas de México existe una herencia cultural de la antigua tradición mesoamericana referida a una serie de conocimientos y creencias que se tienen sobre el paisaje, a las formas tradicionales de percibirlo, de nombrarlo y simbolizarlo. De tal manera que para estudiar el momento presente y realizar una lectura del paisaje nos pareció indispensable revisar las concepciones sobre el paisaje que tenían los antiguos pobladores. Esto nos llevó a dedicar un apartado al *altepetl*, término que fue utilizado por los *nahuas* antes de la conquista para denotar sus unidades básicas de organización territorial y que fue traducido por los españoles como pueblo. Pero para nuestro enfoque lo que nos interesaba es que dicho término también hace alusión al paisaje, puesto que la palabra deriva de la raíz *atl* agua y *tepetl* cerro, y su traducción fue cerro o monte lleno de agua. Este simbolismo engloba dentro de un mismo concepto la categoría sociopolítica que es el pueblo; y su fundamento ideológico en la cosmovisión. Al final de este apartado llegamos a la conclusión de que todo asentamiento poblacional indígena estuvo estrechamente asociado a un paisaje en el que eran importantes los cerros, las cuevas, los manantiales, los ríos, los arroyos, los lagos y lagunas, las grutas, los sumideros, las cascadas, los cenotes y las corrientes subterráneas.

Después hicimos una breve síntesis sobre el *altepetl* de Metztlán, para esto nos basamos en la propuesta de Fernández (2006a et, al.) de que la sede principal de la confederación prehispánica y del señorío colonial temprano no fue la villa de Metztlán, sino el cercano pueblo de Tepatetipa, ya que el lugar donde se ubica este pueblo representa un espacio más acorde con la cosmovisión mesoamericana. Propuesta que fue hecha en base a fuentes históricas pero sobre todo al estudio del paisaje mediante el trabajo de campo. En dicha investigación se resalta al cerro El Escorpión como un elemento fundamental en torno al cual se estructuró la confederación de Metztlán. Sin embargo en el trabajo de campo que realizamos nos percatamos de que el cerro Blanco, el manantial que nace de este y el arroyo que forma, del cual sus aguas escurren hacia el poblado de Malila, es otro elemento de importancia y con gran carga simbólica para los habitantes de la región. Se trata de la segunda cumbre más elevada y se encuentra en el mismo conjunto montañoso que el cerro El Escorpión. También fue durante el trabajo de campo que realizamos un acenso a la cumbre del cerro El Escorpión y pudimos observar la luna menguante que forma el paraje conocido como Mesa Grande. Aquí nos parece apropiado no descartar la posibilidad de que tal elemento del paisaje hubiera podido influir en

la selección del sitio para asentarse; o que tal vez pueda tener un significado para explicar el nombre de Metztitlán y el porqué de las pinturas rupestres en forma de luna en cuarto menguante que se encuentran por toda la zona. Fue también el trabajo de campo el que nos proporcionó elementos para pensar que Tepatetipa está representado en la pintura de Metztitlán que acompaña a la relación geográfica de Gabriel de Chávez de 1579. Esto lo decimos por que desde diferentes perspectivas el cerro El León se observa como un punto intermedio entre Metztitlán y Tepatetipa, como está registrado en la pintura. Del mismo modo a nuestro parecer creemos que la luna menguante y la T que se describen en dicha relación, y que también están registradas en la pintura de Metztitlán, se encontraban en el cerro tajado que está a la entrada de la barranca de San Juan; y con un poco de atención tal vez todavía se pueda distinguir algunos rasgos de estas figuras.

Sobre la lectura del paisaje de Tepatetipa en la actualidad encontramos algunos elementos que creemos importantes para considerar. Uno es el uso de la orientación hacia el poniente y la rotación en sentido inverso a las manecillas del reloj para diferentes aspectos de la vida de los habitantes de la comunidad. Por ejemplo se utilizan para el reconocimiento de poblaciones, linderos y parajes dentro y fuera de la comunidad. De la misma forma esta rotación se utiliza en las procesiones religiosas alrededor del pueblo; y en las ceremonias dentro de la iglesia donde se recorren las cuatro esquinas del atrio en el sentido mencionado. También como nos mencionaron nuestros informantes, en las “limpias” de los terrenos se recorren en este sentido cada una de las cuatro esquinas con su respectiva ofrenda; curiosamente de la misma manera en que se generaba el tiempo en la concepción del cosmos mesoamericano.

Otro aspecto es que se logró identificar algunos elementos del paisaje de importancia para la comunidad, de los cuales se obtuvo una variada toponimia que nos da cuenta de una verdadera toma de posesión (simbólica o real) del espacio, y al mismo tiempo nos habla de una rica herencia cultural. Estos corresponden con cerros, arroyos, manantiales, cuevas y parajes que coinciden con pequeñas terrazas aptas para labores agrícolas. Algunos de estos parajes tienen altas concentraciones de tepalcates y pequeños fragmentos de obsidiana lo que nos da una idea de cómo el antiguo patrón de asentamiento se realizaba de forma dispersa en todo este *altepetl*. De la misma manera identificamos otros elementos del paisaje a los que los habitantes de Tepatetipa les han asignado un valor simbólico especial. Uno de ellos es el lugar conocido como Tepenamique que quiere decir el encuentro de los cerros, lugar del que se tiene noticia de que era el principal depositario de ofrendas. Otro es un escarpe de falla que para los habitantes representa una serpiente, y en un cerro junto se forma un águila en vuelo. Estos dos elementos han generado una serie de leyendas y la idea muy difundida de que en un principio Tepatetipa había sido el lugar escogido para fundar México.

Después presentamos una forma de lectura en donde los elementos físicos del

paisaje pueden tener además una representación simbólica para la colectividad. Se trata de los *aires*: un elemento que se encuentra presente en Tepatetipa y que vincula de una manera muy especial a la comunidad con su entorno. Su origen tiene que ver con elementos de la cosmovisión mesoamericana que después de la conquista ha experimentado un continuo proceso de reformulación. Para nuestro enfoque cultural en geografía lo más sobresaliente es que los aires son entes que residen en “casas” en distintos puntos del paisaje y constituyen el alma de los lugares donde se encuentran. Estos lugares corresponden con los cerros, las cuevas, los arroyos, especialmente el Tepenamique, los cruces de camino, los manantiales y los lugares más feos e inaccesibles por donde no es común el paso de los hombres. Este es un tema muy interesante y poco explorado desde la geografía cultural, donde queda presente el estrecho vínculo naturaleza-cultura-sociedad.

En la última parte de nuestra lectura el paisaje es visto como un cúmulo de recursos que ofrece la naturaleza. Podemos decir que para el acceso y el manejo de estos recursos naturales se requiere de un gran conocimiento de ese paisaje por parte de sus habitantes. Además que estos conocimientos se complementan con las creencias y formas de concebir a la naturaleza, ya que la mayoría de los recursos se encuentran en el cerro, en los lugares que no son de los hombres. En la lectura sobresalen las adecuaciones del paisaje con fines agrícolas que hicieron los antiguos pobladores. En muchas partes del cerril se encuentran pequeñas terrazas propicias para el cultivo, algunos todavía funcionales, sobre todo las más cercanas a Tepatetipa. Aquí pudimos ver que todavía existe una tradición mesoamericana de manejo agrícola donde sembrar en los cerros es una práctica común cuyo propósito es lograr una mayor integración con el entorno ecológico.

El presente trabajo ha sido un intento desde la geografía cultural de resaltar la importancia de valorar, conservar, respetar y defender la diversidad natural y cultural manifiesta en los paisajes, así como de los conocimientos producidos a través de generaciones por los grupos campesinos e indígenas herederos de la tradición mesoamericana. Una preocupación que nos motivó a abordar este tema es el proceso de pérdida de la diversidad cultural y biológica que ocurre a un ritmo alarmante. En la actualidad es necesario saber sobre estos aspectos, porque estamos en una etapa de destrucción de cultura; en un instante desaparecen milenios de construcción cultural, porque así conviene a muchos intereses, que a partir de una visión hegemónica, ni siquiera profunda, pretenden formar muy buenos productores y muy buenos consumidores, dóciles, sin el arraigo tan estorbo de las culturas profundas, sin las cuales el hombre se siente totalmente desarraigado y no le basta la cultura *light* para vivir una vida con sentido.

La diversidad natural y cultural expresada en los paisajes constituye una riqueza invaluable. Saber sobre la herencia de estos paisajes, las manifestaciones culturales y conocimientos respecto a este, desarrollados por las diferentes

sociedades a través del tiempo, deben servir para fomentar una identidad y arraigo con el espacio donde vivimos y estamos.

INDICE DE FIGURAS

Figura	Pagina
Figura 1. Mapa de las provincias fisiográficas del estado de Hidalgo.	9
Figura 2. Imagen satelital del área de Metztlán.	10
Figura 3. Mapa Topográfico de la zona de Metztlán.	11
Figura 4. Cuenca hidrológica del río Grande de Tulancingo, Venados y Metztlán.	13
Figura 5. Columna estratigráfica. Unidades de roca que afloran a lo largo de la carretera de Puente Venados-Metztlán.	16
Figura 6. Pliegues rocosos en Tepatetipa tipo <i>chevrón</i> semejando una "M", producidos por mecanismos de flexión por compresión.	18
Figura 7. "Organo" o "Candelabro" <i>Isolatecereus dumortieri</i> , cactacea candelabriforme de gran tamaño que sobresale de los arbustos espinosos en el área de Tepatetipa.	20
Figura 8 . Cambio de uso de suelo para conversión en terrenos agrícolas o ganaderos en la población de Mesa Grande.	21
Figura 9. Forma tradicional del glifo que indica el cerro, de su parte inferior fluye el agua. La Gran Pirámide de Cholula, Tlachihualtepetl, pintada en la Historia tolteca-chichimeca.	23
Figura 10. Pintura de Metztlán, 1579.	31
Figura 11. Cerro en San Juan Metztlán.	31
Figura 12. El paraje Mesa Grande visto desde la cima del cerro El Escorpión.	32
Figura 13. Imagen satelital con perspectiva desde cerro El Escorpión.	33
Figura 14. Lienzo de Tlaxcala.	34
Figura 15. Vista de Tepatetipa desde el noroeste. Al frente del pueblo se observa la iglesia de San Agustín.	36

Figura 16. Mapa en el que se muestra los pueblos colindantes con Tepatetipa, así como el sentido y orden en que son reconocidos.	41
Figura 17. Mapa en el que se muestran los linderos y el límite aproximado del área perteneciente a Tepatetipa.	43
Figura 18. El cerro de Cotoco y la oquedad formada naturalmente.	45
Figura 19. Mapa con el nombre de algunos cerros reconocidos por habitantes de la comunidad de Tepatetipa.	46
Figura 20. Arroyo Xiximotla.	47
Figura 21. Mapa con los principales arroyos y manantiales de Tepatetipa.	48
Figura 22. Manantial Zimatla.	49
Figura 23. Nicho en el interior de la cueva de el cerro de Cotoco.	50
Figura 24. Vista de Tepatetipa desde la cueva del cerro de Cotoco.	50
Figura 25. En la parte superior izquierda se observa la cueva en el paraje conocido como “cerro encanto” o Tepenamique.	51
Figura 26. Entrada a la cueva ubicada en la ladera del Tepenamique.	52
Figura 27. Vista de Tepatetipa desde la cueva del “cerro encanto”.	52
Figura 28. Mapa de la ubicación de las cuevas.	53
Figura 30. Mapa con los nombres de algunos parajes en Tepatetipa.	54
Figura 31. Ermita de San Lucas.	56
Figura 32. Ermita de Choncotlan.	57
Figura 33. La joya de Tlayica.	58
Figura 34. Tepenamique, el encuentro de los cerros. Arriba al fondo la serpiente en Metlatiapa.	60
Figura 35. Formación rocosa conocida como Los Muñecos.	61
Figura 36. La Serpiente y el Águila formadas en los cerros.	62

Figura 37. Pintura rupestre conocida como La Estrella.	63
Figura 38. Mapa con algunos nombres dentro de Tepatetipa.	64
Figura 39. “Paredón” en el lugar conocido como Pilteno.	65
Figura 40. El Calvario.	67
Figura 41. Monumento a Juan Lorenzo.	69
Figura 42. Peregrinación a La Mesa Grande en el paraje conocido como las escaleras.	72
Figura 43. Cruz y línea de cempasúchil que indica el camino hacia la ofrenda.	74
Figura 44. Doña Concepción de 82 años de edad. Una de las personas que sabe hablar el idioma mexicano.	77
Figura 45 . El Zacahuil antes de introducirlo al horno.	78
Figura 46. Los cuatro tlaloque.	82
Figura 47. Interior del “cerro encanto” o Tepenamique.	88
Figura 48. Paraje Iztlahutziyan. Una de los terrenos agrícolas que más destacan en el paisaje de Tepatetipa.	98
Figura 49. Vista de el lago y la vega de Metztlán desde Tlacotepec.	99

FUENTES ORALES

Don Pedro Sebastian. Entrevistas realizadas en la comunidad de Tepatetipa, en entre el mes de Julio y Agosto de 2008

Don Eduardo Rodríguez.. Entrevistas realizadas en la comunidad de Tepatetipa, el mes de Agosto de 2008

Don Tranquilino Domínguez. Entrevistas realizadas en la comunidad de Tepatetipa el mes de Agosto de 2008

Sr. Faustino Duran Entrevistas realizadas en la comunidad de Tepatetipa el mes de Agosto de 2008.

Sr. Pompeyo Monsalvo. Entrevistas realizadas en la comunidad de Tepatetipa el mes de Agosto de 2008.

Otras personas entrevistadas en cuya información se baso este trabajo:

Don Leonor Vázquez

Doña Concepción Rivera

Sr. Godofredo Lorenzo

Sr. Laurencio Cruz

Sr. Leobardo Gregorio

Sr. Pedro Hernández

Sr. Abraham Rodríguez

Sr. David Rivera

Sr. Esteban Duran Pérez

Bibliografía

- Acuña, René (1984-1988), *Relaciones geográficas del siglo XVI*, 10 Volúmenes, México, IIA, UNAM.
- Armella Villalpando, Miguel Ángel, María de Lourdes Yáñez López y Esther Sandoval Palacios (coords.), (2003), *Metztitlán: lugar de la Luna y de las maravillas*, México, UAM-Iztapalapa.
- Arnold, David (2000), *La naturaleza como problema histórico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Artigas, Juan B. (1996), *Metztitlán, Hidalgo. Arquitectura del siglo XVI*, UNAM, México, 1996.
- Benítez Díaz, Hesiquio y Bellot Rojas, Mariana (2003), "Biodiversidad: uso, amenazas y conservación", en: *Conservación de ecosistemas templados de México* (Sánchez, Oscar, Ernesto Vega, Eduardo Peters y Octavio Monroy-Vilchis, editores), México, INE, CONABIO, pp.93-105.
- Broda, Johanna (1989). "Geografía, clima y observación de la naturaleza en la Mesoamérica prehispánica", en Ernesto Vargas (ed.): *Las mascararas de la cueva de Santa Ana Teloxtoc*: pp.35-51, IIA, UNAM, México.
- Broda, Johanna (1991). "Cosmovisión y observación de la naturaleza: El ejemplo del culto de los cerros", en Broda, Johanna, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.): *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica*, IIH, UNAM, México, pp. 461-500.
- Broda, Johanna (1997). "El culto mexica de los cerros de la Cuenca de México: apuntes para la discusión de graniceros", en *Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica* (Albores, Beatriz y Johanna Broda, editoras), México, El Colegio Mexiquense A.C., IIH, UNAM, pp 49-90.
- Broda, Johanna (2001). "Introducción a la parte III: Montañas sagradas de grupos étnicos de Mesoamérica", en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero (coords.), *La montaña en el Paisaje Ritual*, UNAM, CONACULTA, INAH, México, pp. 319-330.
- Cantú Treviño, Sara, (1953). *La vega de Metztitlán en el estado de Hidalgo*. México. Tesis de Maestría FFyL. UNAM.
- Claval, Paúl (1999), *La geografía cultural*, Buenos Aires, Eudeba.
- CONANP, (2003). *Programa de manejo Reserva de la biosfera Barranca de Metztitlán*. México, Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas.
- Cortés, Hernán, (1970)[1524]. *Cartas de Relación*, México, Porrúa.
- Challenger, A. (1998). *Utilización y conservación de los ecosistemas terrestres de México*. Conabio, México.
- Chávez, Gabriel de, (1986), en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, t.II, vol. 7, UNAM, México, pp. 55-75.
- Davies, Claude Nigel Byam, (1968). *Los señoríos independientes del Impario azteca*, México, INAH.
- Escalante, Pablo, (1994). *La iglesia sumergida. Hallazgos y nuevas ideas sobre las primeras edificaciones agustinas en la zona de Metztitlán*, Anales del instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, núm. 65, México, , pp. 47-76.

Fernández Christlieb, Federico, Gustavo Garza Merodio, Gabriela Wiener Castillo y Lorenzo Vázquez Selem (2006a), “El altepetl de Metztitlán y su señorío colonial temprano”, en *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, Fernández Christlieb, Federico y García Zambrano, Ángel Julián, (coordinadores), México, Instituto de Geografía UNAM, FCE .pp. 479-530.

Fernández Christlieb, Federico (2006b), “Geografía Cultural”. en: Hirtnaux Daniel y Lindón Alicia (coords.), *Tratado de Geografía Humana*, México, UAM-Iztapalapa. pp. 220-253.

Fernández Christlieb, Federico (2001), *Agua Montaña: Los pueblos del siglo XVI*. México, Revista Ciencias N°64, Facultad de Ciencias, UNAM, , pp. 50-51.

Fernández Christlieb, Federico (2003), *Casas de agua*. México. Revista ciencias N° 72, Facultad de Ciencias, UNAM, , pp. 72-76

García, Enriqueta. (1998), *Modificaciones al sistema de clasificación climática de Koepen*. Edición privada, México.

García Romero, Arturo y Julio Muñoz Jiménez, (2002), *El paisaje en el ámbito de la geografía*, Instituto de Geografía, UNAM, México.

García Arizaga, Ma. Teresa (1995), *Origen y evolución de un deslizamiento de tierras en Metztitlán, Hidalgo*. Tesis de Maestría en geografía. FFyL. UNAM.

Grijalva, Juan de, (1985), *Crónica de la Orden de N.P.S. Agustín en la provincia de la Nueva España en cuatro edades dese el año de 1533 hasta 1592*. Porrúa, México.

INEGI, (2004), *Cuaderno Estadístico Municipal de Metztitlán, Hidalgo*. México, Instituto Nacional de Geografía Estadística e Informática.

Lockhart, James (1999), *Los nahuas después de la conquista. Historia social de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, México, FCE.

León-Portilla, Miguel (1981), “*Toponimia Náhuatl, morfología, sintaxis y representaciones glíficas*”. México, Estudios de cultura Náhuatl, v.15, pp. 37-72. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

León-Portilla, Miguel (1983), *La multilingüe toponimia de México sus estratos milenarios*. México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX.

Licate, Jack A., (1980) “The forms of Aztecc territorial organization”, *Geoscience and man*, vol. XXI, pp. 27-45.

López Austin, Alfredo (1994), *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica.

Lozano Mejía, Fray Andrés (2000), *Al amparo de tu Regio Manto*. Fascículo distribuido en la parroquia de los Santos Reyes, Metztitlán, México.

Maldonado, Druzo (2001), “Cerros y volcanes que se invocan en el culto a los Aires en Coatetelco, Morelos”, en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero (coords.), *La montaña en el Paisaje Ritual*, UNAM, CONACULTA, INAH, México, pp. 395-417.

Mittermeier, R. y C. Goettsch (1992). “La importancia de la diversidad biológica de México”, en: *México ante los retos de la biodiversidad* . Conabio , México. pp. 57-62

Montoya Briones, José de Jesús, (1981), *Significado de los aires en la cultura indígena*, Cuadernos del Museo de Antropología, INHA, México.

Pérez Rojas, Alberto (2003), “Las vegas de Metztlán, Hidalgo, México. El medio físico”, en: Armella Villalpando, Miguel Ángel, María de Lourdes Yáñez López y Esther Sandoval Palacios (coords.), *Metztlán: lugar de la Luna y de las maravillas*, México, UAM-Iztapalapa.,pp.13-29.

Ramos Rodríguez, Alberto (2003), “El valor y significado de los saberes tradicionales”, en *sin maíz no hay país*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Culturas Populares Indígenas, pp. 251-258.

Sahagún, fray Bernardino de, (1956), *Historia general de las cosas de Nueva España*. 4 vols. ed. por Angel Ma. Garibay, Ed. Porrúa. México.

Sánchez Mejorada, Hernando (1978), *Manual de campo de las cactáceas y suculentas de la Barranca de Metztlán*. Publicación de difusión cultural No. 2, Sociedad Mexicana de Cactología, A.C., México.

Vázquez Castro, Alberto, (2001), *El Señorío de Metztlán*, Tesis de Licenciatura en Arqueología, México, ENAH.

Agradecimientos

A mis padres Trinidad y José Luis por su amor y apoyo en todo momento.

A Ana y Vero por el apoyo mutuo que nos brindamos como hermanos.

A mi Tia Ani, Itzel, Abue Minga, Tio Beny y a mis primos Pepe, Paty, Carlos y Lilis Moncada.

A Meredith por todo su afecto. Por compartir y convivir estos momentos.

A la UNAM por su función en esta sociedad y su carácter público. Sería difícil concebir nuestro país si esta institución.

A toda la comunidad de Tepatetipa, especialmente a la familia Lorenzo Rivera. Doña Enedina, señor Godofredo, Obdulia, René, Lidia, Carmen y Doña Concepción, por su hospitalidad, su amistad y por brindarme su apoyo incondicional.

A Federico Fernández por su apoyo, paciencia y disposición en todo momento. Y por haberme otorgado todas las facilidades para la realización de este proyecto.

A Narciso Barrera por el apoyo económico dentro del proyecto “Saberes locales y manejo de la diversidad ecogeográfica en áreas rurales”.

A mis revisores Gustavo Garza, Gabriela Wiener, Héctor Mendoza y Juan Carlos Gomes por dedicar su tiempo para leer este trabajo y proponer algunas correcciones.

A Johanna Broda por haberme obsequiado sus publicaciones y provocar una inquietud por estos temas.

A mis compañeros y amigos de la facultad, Juan Carlos Rubio, David Jimenez, Sayab Esparza y Nayeli Zaragoza.

A el Ingeniero Francisco Angeles por su amistad y por haberme acompañado a hacer un recorrido por Tepatetipa. A Julio Muñoz, Fernando Trauvwitz, Diego Angeles y todos los amigos de Ingeniería.

A todos los amigos de Casa de los Amigos: Nico, Jill y Agnita.

A Mitsuko y Perla, por ser mis acompañantes a todos los recorridos en Tepatetipa.